

# cuaderno de *abundancia y libertad*, capítulos 6 y 7, de Pierre Charbonnier n° 174

<continuación del cuaderno n° 159>

Pierre Charbonnier. *Abundancia y Libertad. Una historia medioambiental de las ideas políticas*. París: la Découverte, 2020. Traducido por Luis Alfonso Paláu C., Envigado, co, 1º de mayo de 2026.

6

La hipótesis tecnocrática

---

## **Flujo de materia y disposiciones mercantiles**

Hemos definido el socialismo como una tradición de pensamiento para la que el nuevo régimen ecológico inducido por el crecimiento debe repercutir en el nivel político produciendo una mutación de magnitud al menos equivalente. En otros términos, el logro de la razón del pueblo tiene que ver con la construcción de una sociedad en la que la posición de los unos y de los otros en el juego de las rivalidades industriales no augure nada sobre su acceso a derechos y a condiciones de vida satisfactorias. Pero esta estrategia que consiste en asignar una filosofía política a la toma de consciencia de las determinaciones que las nuevas condiciones tecnocientíficas hacen pesar sobre el despliegue de la libertad, conoce muchas variantes. En particular, al lado de la que acabamos de estudiar, hay que concederle toda su importancia a lo que yo propongo llamar la “hipótesis tecnocrática”. Ésta mantiene una relación compleja con el socialismo mayoritario, tal y como él se ha estructurado a lo largo de las luchas políticas de las que somos herederos, pero ella constituye un enfoque original de las relaciones entre abundancia y libertad, y por tal motivo no puede ser descuidada.

Los representantes más elocuentes de esta hipótesis son el filósofo francés Saint-Simon (1760-1825) y el economista y sociólogo norteamericano Thorstein Veblen (1857-1929). Con un siglo de diferencia ellos han sabido poner en el centro de sus consideraciones el envite que constituye la emergencia de un pueblo de productores. Estas dos figuras intelectuales demasiado a menudo olvidadas —o reducidas a eslóganes y a resúmenes— comparten una idea que se puede resumir simplemente.

El nuevo orden social inaugurado por las revoluciones políticas y económicas a comienzos del siglo XIX se caracteriza por una confusión constante entre dos tipos de

motivos dados a la acción. Por un lado, se encuentran las virtudes concedidas al comercio, que están ligadas a la génesis de individuos propietarios autónomos los unos con respecto a los otros, y con respecto a una autoridad soberana que intervendría en sus iniciativas económicas. La economía sería así ante todo un conjunto de relaciones por fin libres entre vendedores y compradores, en el marco de una competencia que se quiere sana y pacífica, porque ha sido despolitizada. Y por el otro lado, se encuentra el proyecto de una conducta racionalizada, eficaz, a gran escala, y abundantemente instrumentada, de los negocios comunes. Este proyecto en principio valoriza las competencias prácticas empleadas en el uso razonado de las cosas, de los medios, de los recursos, en la acesión colectiva a condiciones de existencia mejoradas y en las formas de asociación inducidas por este modo de relación con el mundo. La edificación de un sistema industrial amplio y al servicio de los hombres, capaz de satisfacer sus aspiraciones materiales y sociales, puede y debe ser distinguido del espíritu de empresa, del motivo de la ganancia. *Ahora bien, toda la obra de Saint-Simon como de Veblen se sostienen en la voluntad de separar estos dos rostros de la modernidad que la historia ha confundido desafortunadamente, el espíritu de comercio y el espíritu de industria, y en la voluntad de ponerle fin a la subordinación del segundo con respecto al primero.*

Ahora bien, la confusión entre estas dos dimensiones del capitalismo industrial ha sido precisamente una consecuencia del pensamiento liberal. Como lo señala el economista norteamericano John R. Commons, contemporáneo y cercano de Veblen, la trayectoria del pensamiento económico ha autonomizado y valorizado progresivamente los motivos psicológicos del actuar económico; mientras que en el siglo XVIII y en la primera mitad del siglo XIX las técnicas de mejoramiento de la relación con los recursos le dan forma profunda al análisis de las riquezas, la economía razona luego principalmente a partir de la voluntad subjetiva y de sus expectativas de futuro. Al volverse esencialmente comportamental, la racionalidad económica mantiene una afinidad con los dispositivos de gestión del capital, en tanto que abstracción, más bien que con los procedimientos de conducción de las cosas<sup>1</sup>. La esfera de la producción y del consumo, de los recursos, la cuestión de sus límites y de su valor, todo esto sale progresivamente del campo del análisis económico, y las especificidades del mundo industrial dejan de estar integradas a su epistemología. La transacción de un sujeto humano con otro se vuelve el átomo fundamental de la economía, y los intercambios metabólicos de ellos y su medio, las energías, los espacios, son proyectados a la periferia del análisis y de las preocupaciones.

Para Saint-Simon y Veblen, cada uno en el contexto intelectual y político que le es propio, la apuesta consiste en identificar la divergencia entre estos dos registros del análisis y en mostrar que una racionalidad adosada a las interdependencias materiales y productivas puede perfectamente funcionar de manera autónoma. Dicho de otra manera, hacerle frente a la transformación industrial de la sociedad requiere para el uno tanto como para el otro “encontrar un medio legal para que el gran poder político pase a las manos de la industria”<sup>2</sup>. Esta última ha dejado de ser el movimiento ciego y mal coordinado que empuja a las sociedades hacia la multiplicación de procedimientos productivos alienantes, poco eficaces y generadores de desechos, y se ha convertido en una forma de gobierno en la que los instrumentos tecnocientíficos hacen plenamente parte de la regulación social general.

---

<sup>1</sup> John R. Commons. *Legal Foundations of Capitalism*. New York: Macmillan, 1924, pp. 3-4.

<sup>2</sup> Saint-Simon. *Obras completas*. París: PUF, 2012, vol. II, p. 1638. De acá en adelante nos referiremos a esta edición y a su paginación.

Esta hipótesis tecnocrática<sup>3</sup> se puede declinar en dos aspectos. Primero se trata de una hipótesis interpretativa con respecto a la coherencia interna del sistema económico y social moderno, es decir del capitalismo, Como acabamos de verlo, Saint-Simon y Veblen proponen concebir como heterogéneas dos dimensiones de este sistema que, en el discurso oficial que las economías modernas tienen sobre ellas mismas, aparecen como indisociables. Los defensores del socialismo tecnocrático se oponen a la idea comúnmente aceptada según la cual la estimulación de los intercambios privados, la liberación de la propiedad privada y su identificación con el ejercicio de la libertad, van a la par con el despliegue de los medios que permiten conocer y explorar sistemáticamente el mundo. Según ellos, la elevación de las condiciones materiales de existencia, la conquista de la prosperidad, estaría claramente ligada a una marcha hacia la igualdad y la libertad; pero para estarlo, ella debe permanecer totalmente independiente de los dispositivos que buscan manipular libremente el capital, invertirlo en empresas que logran beneficios, y valores asociados a esos dispositivos. Aquello en lo que están de acuerdo nuestros autores es que se puede en efecto mostrar que la conducta de los negocios económicos bajo la responsabilidad creciente de contadores y de financistas, es decir de los grupos profesionales dedicados a la maximización del provecho pecuniario, entra muy a menudo en contradicción con la gestión razonada de los medios materiales y humanos. De este modo algunas fuerzas productivas pueden ser así sub-empleados o super-explotadas en función de las perspectivas dictadas por un mercado; un recurso puede llegar a ser dilapidado por una ganancia inmediata en detrimento de la seguridad y del bienestar; stocks alimenticios pueden echarse a perder en el juego de la especulación y de los cuellos de botella en el aprovisionamiento; tecnologías ineficaces y peligrosas pueden ser mantenidas a nombre de intereses económicos contra otros más eficaces o más sobrios.

La primera parte de la hipótesis tecnocrática consiste pues en sugerir que, en el despliegue de la economía moderna tal y como se lo observa, las ciencias y las técnicas no tienen poder propio; contrariamente a lo que afirma una parte de los críticos de la modernidad y lo esencial de la historiografía medioambientalista, la modernidad no es, según estos autores, la era del poder técnico sino más bien la de su impotencia. En efecto las tecnociencias muy frecuentemente no tienen la capacidad de imponer al orden económico normas que provengan directamente del contacto que mantienen las clases productivas, y sobre todo los ingenieros, con las características materiales de las cosas. Estas saberes y habilidades por el contrario están subordinados por el contrario a motivos externos al proyecto industrial *stricto sensu*, a saber la componente financiera del sistema económico. Esta reconduce en efecto un régimen de dominación que, para Saint-Simon como para Veblen, no tiene nada de específicamente moderno: la similitud más sorprendente de estos dos pensamientos es en efecto la idea de que, en el seno de la modernidad aparentemente más liberal, más racionalista, la más orientada por la consideración empírica de las cosas, el interés de las clases ociosas ajenas a las tareas productivas tiende a imponerse encima.

Mientras que Saint-Simon se apoya en el espíritu de 1789 para hacer de la emancipación de las clases productivas el punto final descarte del clero y de la nobleza, Veblen, un siglo más tarde, ve cómo se reconstituye una élite rentista (los accionistas) que compromete el proyecto de un gobierno industrialista. El contexto cambió, pero la idea sigue

---

<sup>3</sup> De entrada, es preciso pues distinguir el sentido que se le da al calificativo “tecnocrática” del que prevalece hoy y que tiende a confundirse con el “burocrática”, es decir con la autonomización de los procesos de decisión técnica contra los procesos democráticos. Por ejemplo, ver Jürgen Habermas. *The Lure of Technocracy*. Cambridge: Polity, 2015.

siendo la misma: prevenir que se tomen el poder los representantes de la economía arcaica que se fundaba en la depredación, la captura violenta y arbitraria de los productos de trabajo por parte de los que no tienen nada que ver con él<sup>4</sup>.

La especificidad de la escuela tecnocrática tiene que ver con la manera cómo ella invierte al pueblo de una capacidad para encontrar las normas de su acción en la medida en que tiene en cuenta las cosas, su uso y su reparto. El segundo aspecto de la hipótesis tecnocrática consiste entonces en apostar por la autonomía de la normatividad industrial para regular las relaciones sociales inducidas por el progreso tecnocientífico y la emergencia de una voluntad de emancipación. La propuesta analítica se prolonga así en la edificación de un plan de acción destinado a ponerle término a las formas de dominación que sacan provecho de la subordinación de las artes productivas a intereses no industriales. Este plan de organización social pasa por la identificación de un actor clave, depositario de las competencias prácticas y morales a la vez emblemáticas del espíritu moderno y susceptibles de conducir la marcha del progreso de manera justa e igualitaria: el ingeniero. Él es el conceptuador y el maestro de obra de las grandes estructuras técnicas que actualizan las promesas de tomar de poder sobre las condiciones materiales de existencia. Reina pues en la fábrica, en la planificación de las redes de transportes, pero integra también los órganos de regulación del Estado puesto que se encuentra en la intersección de los dispositivos jurídicos, ejecutivos y económicos de la nación. Ni estrictamente emprendedor ni solamente experto técnico convocado por la potencia pública, el ingeniero tecnócrata es un personaje conceptual al que se le tiene dificultad de encontrarle equivalentes históricos. Chaptal, en el entorno saint-simoniano, y Frederick Taylor (introdutor del “taylorismo”), próximo de Veblen, podrán sin embargo constituir ejemplos instructivos para reflexionar sobre lo que *no son* esas nuevas élites tecnocráticas.

### **Saint-Simon: un nuevo arte social**

Nacido en 1760, Saint-Simon llega tarde a los estudios científicos y a sus trabajos filosóficos; todo la primera parte de su vida, hasta 1800 más o menos, está dedicado a las aventuras militares e industriales, en EE. UU. primero y luego en Europa, particularmente en España. Venido de una familia aristocrática, enriquecido gracias a las oportunidades ofrecidas por la venta de los bienes nacionales, Saint-Simon sin embargo termina aquel período de su vida decepcionado, arruinado y con el sentimiento de no haber realizado la gran obra a la que estaba destinado<sup>5</sup>. El proyecto de los canales que él monta nunca se concretiza, y de ahí en adelante solo será en un plano teórico donde se van a elaborar esas visiones de porvenir. Para ello se voltará primero para el lado de las ciencias biológicas y médicas. La fisiología, tal y como se enseñaba en la Escuela de medicina bajo la influencia de Cabanis, constituye entonces el prototipo de una extensión del proceder experimental newtoniano a fenómenos más complejos que la simple física, y sobre todo más próximos de la sustancia antropológica. Como tal, ella es portadora de utopía racionalista en la que gobernantes y gobernados se someten juntos y naturalmente a un poder organizador del que los científicos son los

---

<sup>4</sup> Sobre la eventual influencia de Saint-Simon sobre Veblen, ver William E. Akin, *Technocracy and the American Dream. The Technocrat Movement, 1900-1941*. Berkeley: University California Press, p. 122, quien menciona el interés del influyente ingeniero Harold Loeb por Saint-Simon en su obra *Life in a Technocracy*.

<sup>5</sup> Olivier Pétré-Grenouilleau. *Saint-Simon. L'utopie ou la raison en actes*. París: Payot, 2001, presenta elementos biográficos importantes sobre este período.

mediadores, situados en el cruce del conjunto de las interdependencias funcionales que aseguran la cohesión del todo<sup>6</sup>.

A través de la fisiología y su extensión al organismo social, el poder espiritual, antaño acaparado por la religión, se hace pues el objeto de una transposición secular. La síntesis de las voluntades y la integración colectiva a una norma común tiene por fundamento el orden de la naturaleza, tal como se expresa ente todo en el organismo viviente. Esta política de la razón erige al fisiólogo en actor estratégico, puesto que él se encuentra a mitad de camino entre las abstracciones matemáticas y físicas puras, y la ciencia que se aplica en lo que Sieyès y Condorcet llaman entonces el “arte social”. Esta noción, que el propio Saint-Simon sólo emplea rara vez pero de la que está impregnado, condensa el ideal de una nación moderna, heredera de la Revolución que debe aceptar como irreversible la doble ambición de los derechos y de la prosperidad, y poner en operación todos los medios disponibles para actualizarla. Esta es la definición que de él da Sieyès: “se llama arte social al de disponer los derechos del hombre, o su ejercicio en una multitud de individuos sin que ellos se hagan daño, sino por el contrario de manera que todos ganen. Sin esta convención, sin el orden social, los hombres se comerían recíprocamente, terminarían siendo entre ellos por sus derechos lo que son entre ellas las diferentes especies de animales”<sup>7</sup>. Reconocemos aquí a la vez el proyecto fisiócrata de regulación sistemática de las necesidades y el ideal propuesto por el legislador revolucionario que evocaba Guizot en el pasaje discutido en el capítulo 4. Saint-Simon adopta pues una perspectiva de reconstrucción, de reorganización, que se calca sobre el modelo de las ciencias descriptivas. La asociación de los hombres va a encontrar en el conocimiento positivo de las regulaciones orgánicas y psíquicas una base empírica y un zócalo normativo.

Gracias a la fisiología erigida en arte político, “la política se volverá una ciencia positiva. Cuando los que cultivan esta rama importante de los conocimientos humanos — escribe Saint-Simon— hayan aprendido fisiología a lo largo de su educación, entonces se darán cuenta que los problemas que tienen que resolver no son sino cuestiones de higiene”<sup>8</sup>. Estas palabras de la *Mémoire sur la science de l’homme* sintetizan perfectamente al primer Saint-Simon. La medicina social que proyecta es el arte de crear un medio favorable a la expresión de las tendencias comportamentales activas del pueblo. Ella concibe al hombre como realidad material asociada a un medio y a la política como organización adecuada de sus relaciones mutuas, de la misma manera que la salud depende del buen orden de las funciones internas. Se ve ya aquí la importancia concedida a las relaciones colectivas con la naturaleza: una sociedad se desarrolla a través de los intercambios con su medio, y ese desarrollo es la única referencia que hay que tener presente para extraer un plan de organización. Es en esta vena enciclopedistas en la que Saint-Simon se deja a veces llevar a un entusiasmo epistemológico y político bastante sorprendente, puesto que llega a encarar la unificación ideal de los saberes y del poder temporal como el “desenvolvimiento de un rayo luminoso emanado del foco de la inteligencia imperial”<sup>9</sup>.

La autoridad de los médicos representa entonces la vertiente científica del espíritu revolucionario, pero Saint-Simon después de 1814 va progresivamente a abandonar el idioma de la medicina social para capturar la racionalidad propia del cuerpo social a partir del pueblo

<sup>6</sup> *Œuvres complètes*, p. 107.

<sup>7</sup> Christine Fauré (dir.). *Des manuscrits de Sieyès*. París: Honoré Champion, 1999, p. 472.

<sup>8</sup> *Œuvres complètes*, p. 1081.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 417. Por supuesto que es al Imperio napoleónico al que se hace referencia.

concebido como conjunto de *productores*. La producción, la industria, es en efecto la función cardinal del colectivo que busca instituirse luego del momento negativo de la Revolución que, aunque ha afirmado lo que ella rechazaba, no afirmaba aun con bastante claridad sobre qué debía reposar la legitimidad. La capacidad para anclar en las costumbres los principios de la política positiva no puede en efecto estar integralmente delegada a una élite científica, y entonces de aquí en adelante es más bien una actividad industrial la que va a constituir la referencia principal de un pensamiento político moderno. Por lo demás era lo que ya indicaba Sieyès desde 1789 en *¿Qué es el Tercer-Estado?* El rechazo del sistema de privilegios que caracterizaba al Antiguo Régimen se fundamenta en él sobre la idea de una desigual contribución de los grupos sociales a la obra colectiva, duplicada en una acumulación de poder y de protección jurídica y económica para los que menos contribuyen. El tercer estado, en el que Sieyès reúne a los trabajadores dedicados a la producción de bienes, a su comercio y al conjunto de las funciones de mantenimiento del medio social, constituye lo que va a llamar la “verdadera nación”, y todo lo que se le quiera añadir es superfluo.

La apuesta está entonces en encontrar las bases sociológicas de un régimen legal y moral que represente un cuerpo de asociados cuya actividad industriosa sea su expresión principal. Esta ruptura con la tradición feudal y sus justificaciones (especialmente la de la conquista militar de la tierra) da su marco a Saint-Simon, pero entonces este último reformula el principio del tercer estado poniendo el acento en la referencia al trabajo material. El término “industria”, que aparece ya en Sieyès, se vuelve central en Saint-Simon después de 1814-1815, puesto que él ve en las operaciones de transformación deliberada e instruida del mundo natural una especie de socialización y de producción normativa decisiva, susceptible de extirpar del cuerpo social sus elementos considerados como parasitarios. Liberada de sus antiguos amos la sociedad no pierde pues todos sus referentes, contrariamente a lo que piensan los pensadores contra-revolucionarios como Bonald o de Maistre, pues ella termina por volverse a centrar sobre lo que siempre ha hecho, aunque antaño esas prácticas no tuvieran valor legislativo.

Es a partir de acá que el abismo existente entre ocioso y activo va a jugar un rol estructurador en el pensamiento de Saint-Simon, y más tarde de su escuela. Una de sus formulaciones más contundente, y sin duda la más conocida, es la parábola que se encuentra al comienzo de *el Organizador*. Esta nos propone imaginar la pérdida súbita, en Francia, de las élites industriales, comerciales, artísticas y científicas, y de comparar sus efectos con la pérdida igualmente repentina (en la ficción) de las grandes familias aristocráticas, del clero y de los administradores públicos que son los prefectos, ministros, consejeros. Si bien el segundo acontecimiento “afligiría en demasía a los franceses, porque ellos son buenos”, sin embargo él no tendría ningún efecto notable en el Estado y la prosperidad social, pues él afecta a las clases ociosas. Por el contrario el primer suceso compromete de forma radical la conducción de los asuntos colectivos y la persecución del progreso económico y social; cuando se pierde el fondo común de los saberes, experiencias, habilidades necesarias para una República industriosa es la sociedad misma la amputada de sus miembros más emblemáticos y más útiles. Esta experiencia de pensamiento busca hacer sensible el parasitismo de las élites ociosas que tan caro le cuestan a la nación al mismo tiempo que no aseguran a la nación ninguna función rectora verdadera<sup>10</sup>. El ejercicio del poder, en el momento transitorio en el que se suceden República, Imperio, Restauración, aparece así en lo que tiene de fantasmático: el prestigio social de los “grandes” está en discordancia

---

<sup>10</sup> *Œuvres complètes*, pp. 2119-2124.

fundamental con las fuerzas realmente implicadas en la conducción de la nación. Por esto Saint-Simon concluye que es necesario entregarles oficialmente el poder a los que de hecho lo ejercen aunque no de derecho, so pena de seguir perpetuando la subordinación de las funciones industriales, que le convienen al Estado social moderno, a las funciones simbólicas parasitarias.

La vocación emancipadora del saint-simonismo corre por cuenta, sino de la eliminación efectiva de las clases ociosas, por lo menos de la toma de partido según la cual es posible componer una asociación política estable y justa sobre la base exclusiva de las competencias prácticas y de sus fundamentos científicos. No es asunto de eliminar lo ocioso sino de reintegrarlo en la asociación industrial, especialmente si él es detentador de capital; su riqueza puede y debe invertirse en proyectos que tengan por vocación el bien común, los mecanismos del crédito pueden y deben encontrar una utilidad social. La prevalencia de la actividad industriosa sobre la ociosa y la captación ilegítima de las riquezas induce pues una componente que se la puede llamar verdaderamente liberal, puesto que ella se quiere integradora con respecto a la clase poseedora; si los ociosos desvían una parte de las fuerzas sociales ellos deben ser reconducidos al juego de las interdependencias prácticas antes que ser excluidos pura y simplemente, y esto a nombre de la unidad fundamental del cuerpo social. En el manuscrito la Industria, Saint-Simon irá bastante lejos por esta pendiente liberal, puesto que deduce de sus propios principios que la industria no debe recibir reglas exógenas; la doctrina del menor gobierno, por entonces defendido en Francia por Say, encuentra así temporalmente en él un eco favorable<sup>11</sup>.

La industria es en sí misma un principio regulador, y esto simplemente porque las actividades que reúne son proveedoras de prestaciones a la vez económicas (satisfacción de las necesidades) y morales (producción de ideas comunes, de valores federadores). Aquí ya se precisa señalar la gran diferencia con Sieyès: la comunidad real que se puede definir como industria ya no tiene nada que ver con un orden de prácticas probadas en el tiempo y relativamente estables (típicamente la actividad agrícola) sino con la aparición de un nuevo poder técnico. Es la introducción en el cuerpo social de los nuevos procedimientos productivos y de las nuevas capacidades de disposición del territorio que constituye la oportunidad para entregarle las riendas políticas a los productores. La industria enseñada por la ciencia que se desarrolla a principios del siglo XIX es en efecto más completa sociológicamente que la de los siglos pasados, simplemente porque ella puede hacerse cargo de las relaciones colectivas en medio, de manera metódica, girada hacia el porvenir, y porque ella puede darle sentido a la acción de todos los hombres y de todas las mujeres; para Saint-Simon, la intensificación de los medios técnicos corresponde a un acrecentamiento de las virtudes sociales de la industria, puesto que un número cada vez más grande de individuos le encuentran una salida a su saber y a sus habilidades y, al hacerlo, acumulan las ocasiones de interactuar con los otros. Pero la condición de esta actualización de la razón del pueblo en la industria es la de asegurar la alianza y la participación activa de las categorías sociales nuevas: innovadores e inversores, o dicho de otro modo, los ingenieros y la gran burguesía financiera. Ahora bien, esta nunca se concretará.

En efecto, en esta época Saint-Simon desplegará esfuerzos considerables para aliarse con banqueros e industriales, con esas nuevas élites que van a aparecer entre los Cien-Días y

---

<sup>11</sup> “Todos los anhelos de la industria se limitan a desear que no nos metamos en sus negocios, que se la proteja sin dirigirla”. Cfr. *Œuvres complètes*, p. 1450. “La industria tiene la necesidad de ser lo menos gobernada posible y, para ello, solo hay un medio: llegar a gobernarla en el mejor mercado posible”. Cfr. *ibid.*, p. 1470.

la monarquía de Julio y que tendrán una importancia política hasta entonces desconocida<sup>12</sup>. Laffitte y Hottinguer, los banqueros, pero también Chaptal y Perregaux, los industriales, van a ser parte de los apoyos regulares a las iniciativas presentadas por Saint-Simon. En el contexto de las guerras napoleónicas y del aislamiento militar y económico de la nación, estos personajes han adquirido en efecto un prestigio importante al encarnar la posibilidad para Francia de salir engrandecida de esta situación humillante, por medio de sus riquezas y su capacidad de innovación. Pero, al mismo tiempo, Saint-Simon sabe muy bien que está sometiendo a estos actores a un plan político que no es reductible al ‘dejar hacer’. La fina integración de las diferentes partes del mundo industrial, las funciones estructuradoras (en particular los transportes) y productivas, dejadas a la apreciación y a la iniciativa de los ingenieros civiles, da en principio una sensación de integración también ella ideal de las voluntades y de las aspiraciones humanas. En este juego a tres entre los otros, el mundo y yo, la técnica y la ciencia aparecen como mediaciones universales, puesto que son ellas las que garantizan la aprehensión efectiva del mundo, y de rebote son ellas las que nos instruyen sobre lo que es posible hacer del mundo. La identificación de la sociedad con la industria<sup>13</sup> tiene por consecuencia la voluntad de limitar la extensión del poder político; es en este contexto en el que se inscribe la famosa máxima que quiere que se pase “del gobierno de los hombres a la administración de las cosas”.

O dicho de otro modo: si Saint-Simon desarrolla en *la Industria* una primera versión del ideal tecnocrático que se puede todavía seguir caracterizando como liberal, la autolimitación de la política de la que él hace su credo, no es suficiente para movilizar la élites económicas en el proyecto democrático y tecnocrático. Las grandes figuras de la innovación y de la banca mencionadas más arriba, van progresivamente a dejar de sostener os planes de Saint-Simon, lo que va a hacer que oscile la coloración política de su proyecto.

### **La normatividad técnica de los modernos**

Si para la economía liberal el capital debe poder invertirse en cualquier empresa prometedora, la identificación de las perspectivas de provecho no siempre encuentra su validación con las perspectivas de prosperidad general. La disociación entre, por un lado, la industria, en el sentido de la conducción eficaz de las cosas, y por el otro, el gobierno por la economía, que se apoya sobre la lógica de la maximización del beneficio para afectar indirectamente el ordenamiento material del mundo, se va a volver pues central en los textos posteriores. Si el pacto liberal pretende asociar libertad y prosperidad, es por la intermediación de los mecanismos de mercado que aseguran de manera espontánea la convertibilidad de la libertad en mejoramiento material, y recíprocamente. Pero desde que estos mecanismos se revelen materialmente ineficaces, que ellos creen atestamiento y destrucción, pena en el trabajo y pobreza, entonces el pacto se rompe. La propuesta tecnocrática consiste en en añadirle una cláusula a este pacto: quitarle la autoridad a las élites económicas para confiársela a élites

---

<sup>12</sup> En las elecciones de mayo de 1815, 23 representantes de la banca y de la industria se hacen elegir a la Asamblea, convirtiéndose en una primicia en la historia política francesa.

<sup>13</sup> Por ejemplo, *Œuvres complètes*, p. 1444: “La sociedad por entero reposa sobre la industria. La industria es la única garantía de su existencia, la única fuente de todas las riquezas y de todas las prosperidades. El estado de cosas más favorable a la industria, es pues por esto el más favorable a la sociedad”. Es también en este momento cuando Saint-Simon se da por divisa: “Todo por la industria, todo para ella”.

propiamente industriales, que tienen en la mira la disposición del mundo y la organización de los hombres.

El cambio de tonalidad del pensamiento saint-simoniano y su acercamiento a los ideales socialistas pueden ser comprendidos a partir del problema de la explotación. En efecto los saint-simonianos trataron después de todo de resumir las cosas al afirmar que la explotación de la naturaleza por el hombre debía suceder a la explotación del hombre por el hombre<sup>14</sup>. En efecto, ¿qué se produce cuando los hombres explotan manera más extensiva la naturaleza? Para Saint-Simon, las relaciones colectivas con el mundo material, con el espacio, constituyen de alguna manera un límite al principio generalmente aceptado de la división del trabajo, y por tanto de la diferenciación social y moral de las personas. Para el pensamiento liberal clásico, este proceso de diferenciación es a la vez unívoco y benéfico; si los vicios privados constituyen el bien público, es esencialmente porque ellos limitan la conflictividad, pero no hay movimiento compensatorio necesario a la génesis del individualismo moral y económico. En desquite, según Saint-Simon la interdependencia de los individuos en la esfera económica y civil sólo funciona si todos, directa o indirectamente, tienen que ver con el mundo en tanto que objeto y límite de las prácticas de subsistencia. El trabajo es objeto de una división cada vez más avanzada, pero es necesario no olvidar que todas las artes y oficios, todas las funciones que los encuadran y los facilitan, emprenden un diálogo con el mismo mundo. Por tanto, si el trabajo se divide, algo unifica el conjunto de esas diferentes tareas más allá de su especialización: es el hecho de que ellas tienen al mundo por objeto y a la sociedad por sujeto. La explotación del mundo por parte del hombre traduce conceptualmente este objetivo común del grupo que encuentra en una realidad exterior al juego de los intercambios económicos el soporte sin el cual ella no puede tomar forma.

El mundo natural reviste pues dos funciones estrechamente asociadas en la dinámica social e histórica: constituye primero al interlocutor privilegiado de las facultades activas del hombre, y por tanto el zócalo de las relaciones que él anuda con los otros; y representa paralelamente la única instancia capaz de darle un objetivo material tangible a una sociedad resuelta a desembarazarse de las justificaciones sobrenaturales o individualistas aportadas a la coexistencia colectiva.

En el marco liberal-individualista, las técnicas productivas están esencialmente ahí para acrecentar la cantidad de mercancías disponibles, para hacer bajar su precio, y por tanto para hacer accesibles bienes de consumo manufacturados. En el marco tecnocrático, la relación productiva es entendida claramente como importante, pero tiende a estar subordinada a una relación constructiva, mucho más doméstica. Sin correr un gran riesgo de equivocarse se puede suponer que el objeto técnico prototípico es no tanto para Saint-Simon la máquina que toma su lugar en la fábrica, como las infraestructuras en red, los canales, los ferrocarriles, sistemas de aducción de agua o de comunicación. Y por lo demás, hasta el momento de su muerte en 1825, la máquina responsable de la producción en serie de bienes de consumo todavía no ha hecho su irrupción de manera masiva en Francia; Saint-Simon es un contemporáneo de los proyectos de infraestructura de transportes y de higiene pública, de la pequeña manufactura que reposa sobre las técnicas químicas más bien que mecánicas, y por tanto de un estadio intermediario del desarrollo industrial aún muy diferente de lo que fascinará a Marx en Inglaterra algunos años más tarde.

---

<sup>14</sup> Ver *Doctrine de Saint-Simon. Exposition, Première année, 1829*. París: Rivière, 1924, p. 94. Sobre esta cuestión, cfr. Vicent Bourdeau, “les Mutations de l’expression ‘exploitation de l’homme par l’homme’ chez les saint-simoniens (1829.1851)”, *Cahiers d’économie politique*, n° 75, 2018, pp. 13-41.

Lo que es central para una nación industrial es lo que hoy llamaríamos el “equipamiento”, lo que una vez instalado ofrece unas prestaciones, un servicio estructural para el conjunto de la población; en efecto, la capacidad de proyectarse en un porvenir a largo plazo, típico de la voluntad modernizadora, se sostiene en efecto en una muy amplia medida en la edificación de esas infraestructuras materiales que colectan y canalizan las voluntades, y que las hacen encontrarse y converger. El territorio, a la vez como realidad geográfica y como conjunto de recursos, debe ser administrado, encuadrado, y su explotación es sólo una de las facetas de una operación más amplia de conducción razonada de los fenómenos materiales pertinentes para la acción social. La visión modernista del científico, el ingeniero y del planificador tiene pues vocación de realizarse en una forma accesible socialmente, y no solamente en los bienes de consumo privado. Es la razón por la que la técnica reviste un poder organizador ligado a su potencial de mejoramiento de las condiciones efectivas de vida: ella interviene en la red de las interdependencias y de las interacciones, ella contribuye positivamente a estructurarla. En la introducción que escriben a la *Doctrine de Saint-Simon*, Célestin Bouglé & Élie Halévy reportan así que, bajo la acción del gobierno industrialista, el mundo entero se volvería “viajable y habitable como Europa”<sup>15</sup>; el grado de integración territorial y cultural de Europa, que constituye implícitamente el sitio privilegiado de emergencia de los ideales modernos, tiene vocación de ser generalizado por todo el mundo, esta vez como condición previa al desarrollo social.

Es en este momento cuando se ve confirmarse en la obra de Saint-Simon el ideal de asociación industrial y la importancia creciente atribuida al modelo de la comuna medieval. En la historia que él reconstituye con Augustin Thierry para fundamentar la preponderancia de las relaciones industriales en una ciudad libre, el momento de las Repúblicas italianas de fines de la Edad Media y del Renacimiento juego en efecto un papel clave<sup>16</sup>: es así como aparecen por primera vez la superación de las estructuras jerárquicas feudales y la subordinación de las élites ociosas a la estructuración consciente de las relaciones productivas. “El plan de que los comunes pueden ser encarados como habiendo seguido [...] el siguiente: ocuparse únicamente de actuar sobre la naturaleza, para modificarla de la mejor manera posible en ventaja de la especie humana; tender a no ejercer acción sobre los hombres sino para llevarlos a concurrir a esta acción general sobre las cosas.”<sup>17</sup> Las ciudades libres y prosperas impusieron como orientación irreversible de la historia un poder secular que se concibe como una responsabilidad asumida por el público con respecto a su propia reproducción. Mientras que el poder político y religioso antiguos buscaba hacer respetar una providencia divina, que determinaría a la vez las existencias humanas y las oportunidades económicas, el buen gobierno se justifica a la inversa por la acción positiva que impone al curso de las cosas. Actuar sobre la naturaleza para modificarla se vuelve así el instrumento y el criterio de la política moderna y de su poder determinante sobre la historia.

Reencontramos aquí el discurso que asocia autonomía político-histórica y abundancia, o prosperidad. Pero el acento está puesto esta vez no tanto sobre las liberaciones con respecto a las limitantes naturales como sobre la capacidad para desposar el movimiento de las cosas y hacer de tal sumisión consentida a un orden exterior, un medio para subvertir toda política teológica:

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>16</sup> Florence Hulake. “Sociologie et théorie socialiste de l’histoire. La trame saint-simonienne chez Durkheim & Marx”. *Incidence*, n° 11, 2015, pp. 83-107.

<sup>17</sup> *Œuvres complètes*, p. 2172.

En el antiguo sistema, el pueblo estaba regimentado con respecto a sus jefes. En el nuevo, está combinado con ellos. El comando lo llevaban los jefes militares y los jefes industriales sólo dirigían. En el primer caso el pueblo era súbdito; en el segundo era societario. Tal es efectivamente el admirable carácter de las combinaciones industriales, que todos los que aquí concurren son en realidad todos colaboradores, todos están asociados, desde el más simple jornalero hasta el manufacturero más opulento, e incluso hasta el ingeniero más ilustrado. [...] Finalmente, tengamos en cuenta que los progresos de la industria, de las ciencias y de las bellas artes, al multiplicar los medios de subsistencia, y al disminuir el número de los desocupados, educando los espíritus y puliendo las costumbres, tienden cada vez más a hacer desaparecer las tres más grandes causas de desorden: la miseria, la ociosidad y la ignorancia<sup>18</sup>.

Aquí el punto esencial es la bifurcación entre dos regímenes políticos, y la demarcación que opera la integración social por parte de la industria. Saint-Simon emite de paso una hipótesis particularmente potente sobre las condiciones de formación de los regímenes donde prevale la verticalidad autoritaria: el recurso a la fuerza, es decir al constreñimiento arbitrario, es el único medio del que dispone una autoridad no refrendada por la prueba del mundo natural, para hacerse reconocer y obedecer. La desigualdad estatutaria que caracteriza las sociedades de tipo antiguo reposa sobre la necesidad que hay de naturalizar la autoridad en ausencia de un principio normativo tangible, o al menos elaborado a partir de las prácticas. La igualdad de los miembros de una sociedad se fundamenta en lo inverso, en el reconocimiento común de una contribución de cada uno a la obra colectiva, contribución esencialmente material, ligada a capacidades prácticas.

Una autoridad que se pone a escuchar las posibilidades económicas y organizacionales contenidas en el curso de las cosas se da en efecto una norma tangible y constatable para todos; sin llegar a disolver toda relación de autoridad, ni por lo demás todas las desigualdades, esta norma constituye un principio de integración social donde la combinación de las prácticas es prioritaria sobre los simples mandatos. En otros términos, la insuficiencia de las mediaciones técnicas y científicas con la naturaleza exponía antaño a los hombres a un poder que no tenía otro criterio y otra justificación que puras construcciones ideológicas. Y a la inversa, la intensificación de las mediaciones tecnocientíficas y la confianza que se les deposita dan acceso a una autoridad legítima, a un constreñimiento que sea la *buena obligación*.

De acá en adelante es absolutamente claro que la libertad industrial no tiene que ver con la libertad-extracción que había sido priorizada por la Ilustración y por los liberales; ella no consiste en la eliminación de los límites y de las fuerzas materiales, sino en su incorporación política via las relaciones productivas. Desde este punto de vista, la persistencia de las estructuras políticas fundadas en virtudes forjadas en la ociosidad, es un enigma sin verdadera respuesta; ¿por qué y cómo esas disposiciones evidentemente las menos socializadoras, las menos informadas sobre las posibilidades materiales, llegaron a adquirir un tal prestigio y un tal poder de mandar? Saint-Simon no tiene respuesta clara, pero al menos ve cómo se perfila la ocasión histórica imperdible de salir de este círculo vicioso.

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 2187-2188.

## La puesta en claro del esquema productivo

Antes de seguir avanzando en la historia de la hipótesis tecnocrática en sus desarrollos posteriores, tenemos que enfrentar una objeción posible. Una de las características fundamentales del desarrollo industrial en Europa occidental ha sido en efecto el tener que enfrentar las protestas muy precoces, basadas en la constatación de una nocividad de los procedimientos químicos empleados y sobre los daños físicos producidos por la máquina a los cuerpos de los trabajadores. Incluso si se admite temporalmente que el motor del uso extensivo de esas tecnologías pudo haber sido la búsqueda de ganancias, antes que la normatividad industrial misma, tal y como los tecnócratas trataban de aislarla, se sub-estima pues necesariamente la dimensión de experimentación que siempre ha tenido la industria, en lo que ella ha podido tener de más cruel y ciego a los sufrimientos. A través del concepto de desinhibición, Jean-Baptiste Fressoz explora por ejemplo los mecanismos que permitieron “ignorar” las objeciones y avanzar en una orientación productiva centrada en las tecnociencias, y esto desde el siglo XVIII; si se pone en el centro del análisis esta sordera en relación con las alertas sanitarias y medioambientales, entonces la industria adquiere un rostro totalmente diferente a lo que Saint-Simon y sus herederos encararon. En esta perspectiva, los cuerpos y los medios fueron las víctimas necesarias de un proceso que tiende conscientemente a marginalizar sus propias consecuencias y que en realidad sólo funciona si procede a lo que en términos contemporáneos se puede llamar la externalización de los riesgos<sup>19</sup>. El estudio de la medicina social del siglo XIX muestra así que los médicos estaban constantemente expuestos a las patologías inducidas por la exposición a las poluciones industriales y que la formulación de un ideal social en medio de esos actores pasaba por la idea más o menos consciente de un frenado del dispositivo adquisitivo de masa.

En el fondo lo que estaba en juego era la idea de una responsabilidad social de la industria. En Saint-Simon esta responsabilidad es manifiesta pues ella permite realizar la integración precisa de los ideales de abundancia y libertad. La centralidad sociológica e histórica del trabajo productor se prolonga bajo la forma de un gobierno tecnocrático que entraba la nefasta disociación entre la economía y la política. Ahora bien, trabajos recientes señalan no solamente que la industria nunca asumió efectivamente esta responsabilidad, sino sobre todo que ella debe ser encarada en una perspectiva completamente diferente. La verdadera responsabilidad industrial habría consistido en ponerse a la escucha de las alertas sanitarias y medioambientales, y a conducir a una modernización económica capaz de autolimitarse y a oír las protestas. Este argumento, en sí mismo perfectamente justo, hipoteca sin embargo dos aspectos del pensamiento industrialista.

Primero, al asimilar riesgo y peligro objetivo, aminora la dimensión de incertidumbre de las recaídas del desarrollo tecnológico; la clase obrera estaba expuesta a una amplia gama de presiones físicas y morales, y no siempre era fácil aislar los factores medioambientales de los factores de pura y simple explotación física de la fuerza de trabajo en la génesis de las enfermedades. Incluso si un gran número de industrias sólo prosperaban (y no siempre prosperan) con la condición de nunca compensar las externalidades medioambientales que ellas inducen, especialmente en el sector extractivo, la idea de un mercado universal del progreso permitía justificar, incluso a los ojos de sus víctimas más manifiestas, las perturbaciones momentáneas del mundo productivo. Dicho de otro modo: la industria se

---

<sup>19</sup> Jean-Baptiste Fressoz. *L'Apocalypse joyeuse*, y en una perspectiva similar, la síntesis que hizo Thomas Leroux & François Jarrige. *La Contamination du monde*.

declaraba responsable del presente y del porvenir, dibujando un mundo futuro en el que las garantías de crecimiento del bienestar y de las libertades en un futuro próximo valían más que las incertidumbres y los perjuicios presentes. Si se pierde de vista este aspecto en provecho de una crítica conducida desde un punto de vista contemporáneo, para el cual la relación entre esas garantías y estas incertidumbres se ha invertido, ya no estaremos en condiciones de dar cuenta de la configuración de las relaciones entre naturaleza y sociedad en el siglo XIX, incluidas en las ideologías políticamente progresistas. La fuerza de tracción de la pareja autonomía-abundancia era entonces tal que le exigió al pensamiento crítico que se desplegara esencialmente en su propio marco. Si ya en aquella época algunos sueños utópicos hicieron saltar a veces los candados de tal configuración para indizar la felicidad privada y pública sobre la preservación a cualquier costo de un *status quo* medioambiental, la verdad es que la mayor parte vehiculaban en realidad un pensamiento de retorno, de anulación de la modernidad, es decir una renuncia más o menos explícita al principio de autonomía<sup>20</sup>. La crítica ecológica y progresista de la industria va a pertenecer a una configuración epistémica tardía, que puede ser útil proyectar retrospectivamente sobre el siglo XIX, pero que no da cuenta por entero de la manera cómo naturaleza y política se entrecruzan en aquel momento, porque no se podría sub-estimar hasta qué punto el proyecto de autonomía era captado entonces por la adhesión al progreso por parte de las tecnociencias.

Segundo, más fundamental aún, el socialismo tecnocrático lo que buscaba ante todo era acabar con el control ideológico y práctico de la concepción extractiva de la autonomía moderna. Es la razón por la cual la hipótesis tecnocrática es *in fine* una hipótesis socialista: el ideal de extracción, de ruptura integral con la fuerza constriñente de las cosas físicas y vivientes, sólo se encuentra verdaderamente en la tradición liberal, para la cual la cuestión de la emancipación sólo se plantea a nivel de los órganos gubernamentales y representativos. Desde este punto de vista, se puede decir que una política de la representación que valida en un plano ontológico la diferencia entre lo que debe ser representado (las personas) y lo que no puede serlo (las cosas) se encuentra en una posición precaria con respecto a las exigencias propias de una sociedad industrial donde las condiciones de la libertad son esencialmente tecnológicas<sup>21</sup>. Para Saint-Simon, el valor de la libertad no es inconmensurable con el del

---

<sup>20</sup> El vínculo entre la crítica antimoderna y la preservación de la naturaleza, incluida su dimensión estética, se hace especialmente en Inglaterra por parte de John Ruskin & Thomas Carlyle, con consecuencias políticas que van desde un socialismo romántico en el primero hasta un conservadurismo para el segundo.

<sup>21</sup> Bruno Latour. *Políticas de la naturaleza. Por una democracia de las ciencias*. Barcelona: RBA, 2013. México: Arpa, 2024 < **La obra capital de uno de los pensadores más innovadores de nuestro tiempo. Un giro fascinante y audaz a los debates contemporáneos sobre la naturaleza. ¿Cómo salvar la brecha aparentemente infranqueable entre la ciencia (responsable de entender la naturaleza) y la política (responsable de regular la vida social)?** Desde hace tiempo, la ecología política pretende dar respuesta a este enorme desafío, cuyas consecuencias ponen en peligro la base de la democracia. Pero tropieza con dificultades para renovar la vida pública... La naturaleza siempre ha constituido una de las dos mitades de la vida pública; la otra mitad forma lo que llamamos política, es decir, el juego de intereses y pasiones. Por un lado lo que nos une, la naturaleza, por otro lo que nos divide, la política. Y por eso es erróneo afirmar que la preocupación por la naturaleza es el sello distintivo de la ecología política: porque las controversias científicas que suscita y la incertidumbre sobre los valores que provoca, nos obliga a abandonar la naturaleza como modo de organización pública. Para Bruno Latour, la solución reside en una profunda redefinición tanto de la actividad científica (que debe reintegrarse en el juego normal de la sociedad) como de la actividad política (entendida como elaboración progresiva de un mundo común). En este libro, Latour explora las condiciones y limitaciones de esta reformulación, lanzando un nuevo enfoque para el mantenimiento de un mundo más habitable. La editorial >

mundo, y sólo se puede promover la emancipación en la medida en que ella va a la par de una regulación activa y consciente de las relaciones colectivas con la naturaleza, con los recursos. La autonomía-integración, de la que su pensamiento propone una formulación fundamental, es un paradigma crítico cuyo alcance hay que medir más allá de su conformidad con las expectativas ecológicas propias del régimen contemporáneo de la crítica. Habrá todavía que mostrarlo pero, es seguro que el proceso de industrialización de Occidente, y luego del mundo, es indisociable de la marginalización de sus víctimas (humanas y no humanas) y de la apropiación del porvenir por el presente, al que en general se lo llama riesgo, o la catástrofe. Dicho de otra manera, la elaboración de la autonomía-integración, en su versión tecnocrática, atribuyó a la industria una forma de responsabilidad y de reflexividad que ella nunca tuvo, o más bien: que nunca se le permitió desarrollar plenamente.

¿Estamos pues ante un error de análisis con respecto al proceso de modernización tecnocientífico, de una imperdonable ingenuidad con respecto a lo que acontecía en el mundo industrial, o por el contrario habrá que ver aquí la demostración *a posteriori* de lo que Saint-Simon ya afirmaba, a saber que el despliegue de la industria sin la aplicación de filtros tecnocráticos conducía a la catástrofe? Es difícil zanjar, pero la relectura de los ideales modernizadores apunta exactamente a un punto esencial. El carácter totalizador prestado por Saint-Simon al experimento se acompaña de un no-dicho a propósito de la propia experiencia: *identificar la práctica socializadora fundamental de los pueblos modernos con la producción y la disposición de un espacio de movilidades y de conexiones vuelve invisible el corolario de esas acciones: la acumulación de los desechos, de la polución, de los riesgos, de las enfermedades*. Dicho de otro modo: la centralidad de la industria es a la vez positiva y negativa. El esquema productivo y disposicional en el que resume la acción sobre la naturaleza es un esquema parcial, que debe ser objeto de una objetivación crítica. Y es indudable que Saint-Simon no le dio a este problema la importancia que él merece, y que merecía ya en su tiempo. Pero la lección más importante de la hipótesis tecnocrática es sin embargo la clara *puesta la desnudo* de este esquema productivo y revelador. Saint-Simon procedió a un análisis de su época que le permitió aislar el núcleo de prácticas a partir del cual se orientaba entonces la historia: la fuerza emancipadora del progreso, del crecimiento, del desarrollo, sólo es a sus ojos la manifestación visible de un principio más fundamental que es este esquema de relaciones de aquí en adelante inscrito en el corazón de la sociedad. Lo que es más: es claramente este núcleo de prácticas el que tiene sentido en la actualidad cuando se trata de elaborar un pensamiento político ecológico; el cuestionamiento de las estructuras agronómicas, energéticas, comerciales actuales pasa claramente por un aumento en la reflexividad técnica y por una interrogación sobre el sentido de las operaciones productivas<sup>22</sup>. La actualidad de Saint-Simon no radica pues en que haya invertido todas sus

---

<sup>22</sup> En este sentido, se puede ver un legado saint-simoniano importante en iniciativas de transición energética radicales, como la propuesta en el manifiesto Négawatt. Elaborado por un colectivo de ingenieros, ese texto propone reintegrar en la planificación energética el conjunto de los criterios medioambientales y económicos que permiten concebir infraestructuras energéticas adecuadas a un óptimo social duradero. Association Négawatt. *Manifest Négawatt. Camino a la transición energética*. Arles: Actes Sud, 2012.

< **Hoja de Ruta para la Transición Energética Justa (Colombia):** Aunque es un documento de política pública y no un manifiesto ideológico, es el documento oficial colombiano que traza el camino para cambiar de combustibles fósiles a energías limpias, con énfasis en la justicia territorial.

**Puntos clave que comparten estos documentos:**

**Justicia Energética:** Que la transición no deje a nadie atrás y respete a las comunidades locales.

**Renovables:** Priorización de energía solar, eólica, geotermia y biomasa.

esperanzas en la industria. Se mantiene sobre todo en el hecho de que dio instrumentos para comprender la trayectoria moderna a partir del nuevo tipo de socialización de la naturaleza que pone en funcionamiento, y segundo, en la idea según la cual este tipo de socialización de la naturaleza sólo puede ser un vector de democratización si es gobernado por lo que él es, a partir de sus normas propias, y no a través del velo deformador de las políticas simbólicas antiguas.

### **Veblen y el culto de la eficacia**

Dos trayectorias bifurcan a partir de esta lecturas de Saint-Simon. Por un lado se puede aclarar cómo el pensamiento industrialista fue vuelto a aprehender en la historia inmediata del socialismo y del comunismo, o entonces buscar las prolongaciones más directas de la hipótesis tecnocrática en épocas ulteriores. Para la primera vía nos vamos a reportar al capítulo siguiente consagrado a Marx y Polanyi. Es pues de la segunda de la que nos vamos a ocupar en este momento; ¿qué pasó con la tecnocracia en el siglo XX?

El pensamiento de Thorstein Veblen se inscribe en lo que la historiografía de los EE. UU. ha bautizado como *Progressive Era*: ese período que va de los últimos años del siglo XIX a los años 1920 está marcado por el acoplamiento entre un optimismo económico nutrido por medidas de control sobre los monopolios y la consolidación democrática de la nación en torno a medidas sociales, morales y educativas<sup>23</sup>. Pero, por muy progresista que sea el aire del tiempo, el economista se afirma sin embargo como uno de los críticos más incisivos del modo de desarrollo y de las estructuras políticas en funcionamiento. Durante toda su carrera, él va a describir las formas y las consecuencias de una tensión que opera en la sociedad estadounidense. Desde su primer libro, *Teoría de la clase ociosa* (aparecido en 1899) hasta los ensayos aparecidos en los años 1920, *the Vested Interests & the Engineers and the Price System*, que ofrecerán las principales referencias de nuestros análisis, la división entre el espíritu de industria y el espíritu de comercio constituye la obsesión de una obra inclasificable, cuyo potencial analítico y crítico sigue siendo hasta hoy insuficientemente explorado<sup>24</sup>.

En la *Teoría de la clase ociosa* él se dedica a una arqueología de la competencia simbólica que practican las clases dominantes para justificar la apropiación de las plusvalías agrarias, y por tanto del mantenimiento de una posición a la vez económicamente marginal (puesto que ociosa, descargada de las responsabilidades ligadas a la subsistencia) y socialmente central. La obra saca así a la luz el mecanismo por el cual los fundamentos sustanciales de la reproducción social se han derrumbado, y al término de lo cual una élite cultiva su distinción, su honor, por medio de los comportamientos de gastos excesivos, lo que se va a llamar consumo ostentatorio. Mientras que el instinto artesano, todavía dominante entre las clases subalternas busca optimizar el uso de los recursos (humanos y naturales) escasos y sumar las voluntades individuales en un destino común, las élites ociosas legitiman su prestigio dedicados a acumular y a dilapidar riquezas. Se ve aparecer entonces un tema

---

**Descarbonización:** Salida de los combustibles fósiles para alcanzar metas climáticas (como el Acuerdo de París) IA>

<sup>23</sup> Sobre este período ver la clásica obra de Richard Hoftadter, *the Age of Reform*. New York: Vintage Books, 1955.

<sup>24</sup> Las obras completas de Veblen se publicaron en diez volúmenes bajo el título general *the Collected Works of Thorstein Veblen*, Londres: Rotledge/Thoemmes, 1994. A esta edición se refiere el autor, exceptuando la *Teoría de la clase ociosa*.

que va a permanecer predominante en su obra hasta sus últimos desarrollos, y que ya se percibía en Saint-Simon, el del consumo ostensible (*waste*)<sup>25</sup>. Se puede resumir la repartición operada por Veblen en su obra bajo la forma de una serie de oposiciones simples: entre instituciones pecuniarias e industriales, entre instintos egoístas y altruistas, entre valores ceremoniales e instrumentales<sup>26</sup>.

Veblen inscribe la distinción simbólica de las clases dominante en una historia natural de la especie humana, con respecto a la cual los desarrollos del capitalismo industrial y de la sociedad de consumo aparecen como un resultado bastante evidente, pero cuyo motivo principal sigue siendo la revolución neolítica y la emergencia de las sociedades agrarias. El pensamiento de Veblen va por tanto a evolucionar de manera decisiva, y la marca de este cuadro naturalista se va a ir ausentando. Bajo la influencia del contexto sociopolítico en el que estará inmerso, pero también por la experiencia de la Primera Guerra mundial, la contradicción entre el *business* y la industria va a cambiar de cara, y las coordenadas naturalistas van a ser traducidas en un verdadero problema sociológico e histórico. La polaridad entre los negocios y el artesanado irá encajando progresivamente en una reflexión sobre las estructuras institucionales, jurídicas, morales, que dan su justificación a las acciones, y la evolución va a dejar más lugar a la historia en el análisis.

El primer factor que sugiere a Veblen un nuevo marco de reflexión es el vasto debate que se desenvuelve en los EE. UU. a comienzos del siglo XX sobre la eficacia de la economía<sup>27</sup>. Desde la época en que escribía Saint-Simon, la historia en el fondo confirmó las predicciones de Stanley Jevons: Norteamérica se volvió una potencia económica de primer plano, y sin duda es allá donde más que en cualquier otra parte se despliega de acá en adelante la fórmula de la creciente liberación en toda su amplitud. Más precisamente, el envite que representa la “economía de energía” es allá crucial; luego de un largo período en el cual el mito de la frontera funcionó como un símbolo de los dones naturales inagotables con los que el continente estaría gratificado, la cuestión de los límites y del uso razonado de los recursos aparece en la superficie de la consciencia política y económica estadounidense. Esta inquietud interviene en el contexto progresista mencionado antes: se trata en efecto no solamente para un buen gobierno favorecer el interés común, sino de asegurar igualmente un bienestar equivalente para las generaciones futuras. Se impone pues una cierta prudencia económica para que la opulencia natural se convierta en felicidad pública, para que escape de las depredaciones y de los despilfarros, así como de las visiones cortoplacistas. El espíritu de Jevons planea allá todavía sobre el pensamiento económico, puesto que la amenaza entrevista es la de un efecto de rebote invertido que afectaría los recursos estratégicos de la nación, aunque percibidos como abundantes, no estarían siendo gestionados de manera eficaz.

Bajo el mandato presidencial de Theodore Roosevelt esta cuestión fue promovida al rango de prioridad nacional, y la corriente llamada “conservacionismo”, que por entonces reunía especialmente a ingenieros forestales, se impone como un actor clave de las políticas públicas<sup>28</sup>. Gifford Pinchot en particular, su jefe de filas, está en la promoción de una política de conservación de los sitios naturales más especiales, pero igualmente de una serie de

<sup>25</sup> Ver particularmente *Teoría de la clase ociosa*, Madrid: Alianza, pp. 45-64.

<sup>26</sup> Cyril Hédoïn. *L'Institutionnalisme historique et la relation entre théorie et histoire en économie*. París: Garnier, 2014, p. 352.

<sup>27</sup> Ver especialmente *Teoría de la clase ociosa*. Madrid: Createspace, 2017. pp. 45-65.

<sup>28</sup> Samuel P. Hays. *Conservation and the Gospel of Efficiency. The progressive conservation movement, 1890-1920*. Pittsburgh: University Press, 1959.

medidas que favorecen la utilización razonada de los recursos forestales e hidráulicos, cuya importancia es a la vez simbólica y material. Fue por esta época que los conservacionistas toman el ascendente sobre la escuela llamada “preservacionista”, principalmente representada por John Muir, en una vasta controversia con respecto al valor de la naturaleza<sup>29</sup>. Mientras que estos últimos abogan por un valor de la naturaleza salvaje, la *wilderness*, irreductible a su empleo utilitario los primeros se imponen jugando sobre los dos tableros: la naturaleza salvaje puede ser protegida como tal, pero sin que esto implique una oposición pura y simple a los proyectos de mejoramiento, de valorización económica fundados en su explotación razonada<sup>30</sup>.

Veblen, sin hacer explícitamente parte de la escuela conservacionista, quedó implicado en las políticas públicas llevada a nombres de dichos principios. Al día siguiente de la guerra, dado que no tenía un empleo universitario estable, se pone a trabajar en efecto para el departamento estadístico de la Food Administration donde se sensibiliza, en un contexto de lance económico, con el problema de las cadenas de apropiación alimenticia<sup>31</sup>. La falta de fluidez de las relaciones entre producción, transporte y distribución, el efecto desastroso de las estrategias que buscaban mantener precios elevados, todo lo que de manera más amplia entraba la integración armoniosa del ciclo económico en las infraestructuras técnicas, le parecen como una traición por parte de las élites industriales a la promesa de prosperidad de la que ellos sin embargo se ufanan. Mientras que el conflicto entre *business* y espíritu de artesanado se producía antes a nivel de los instintos humanos, Veblen profundiza su comprensión de los mecanismos institucionales que conducen a dejar que persistan rasgos arcaicos en una sociedad que se querría regida por la consideración empírica y científicamente informada de los simples hechos, por la integración en la conducta de los hombres de algunos limitantes propios de las cosas.

En la misma época la cuestión de la eficacia va a encontrar resultados teóricos y prácticos de una factura completamente distinta, en particular cuando era cuestión de integrar el trabajo humano al esquema general de la racionalización. Aparecido en 1911, el ensayo de Frederick Taylor que plantea los principios de la gestión científica<sup>32</sup> toma abundantemente de la retórica conservacionista y se coloca en el marco fijado por Roosevelt algunos años antes. Pero, por lo menos sobre dos aspectos se contradice con el sentido que Veblen busca en el mismo momento darle al proyecto eficacia. Taylor parte de la constatación según la cual los obreros proceden a un sabotaje más o menos consciente del proceso de producción, y por tanto del capital, al sólo entregarse a sus tareas con pereza. La apuesta tan antigua que constituye la disciplina en el trabajo entonces se la reformula, y su justificación se sostendrá de acá en adelante en el hecho de que beneficia en principio a la vez al emprendedor como al asalariado. En efecto, la racionalización de las tareas, es decir la economía del tiempo, permite hacer que crezcan los beneficios así como los salarios, al mismo tiempo que se garantiza en principio una mejor cualidad de las condiciones de trabajo. Según Veblen, la búsqueda de la eficacia pasa por una confrontación entre las ganancias pecuniarias obtenidas por el juego del mercado y el uso razonado de las fuerzas humanas y físicas en un proceso

<sup>29</sup> Se encuentra un buen resumen de sus posiciones en Gifford Pinchot, “the Foundations of prosperity”, *the Nort American Review*, vol. 188, n° 636, 1908, pp. 740-752.

<sup>30</sup> En 1909, la Comisión por la conservación nacional fue encargada por el presidente Roosevelt de proceder a un inventario lo más completo posible de los recursos naturales disponibles.

<sup>31</sup> Ver “a Memorandum on a schedule of prices for the staple foodstuffs”, en *Essays in our Changing Order, Collected Works*, vol. X, pp. 347-354.

<sup>32</sup> Frederick Taylor. *The Principles of Scientific Management*. New York/Londres: Harper and Brothers, 1911.

que conduce a la prosperidad de todos. El trabajo no es pues el objetivo principal de la racionalización, y es principalmente por el lado de las máquinas y de los recursos por donde se encuentran los márgenes de mejora.

El segundo punto tiene que ver con la estructura económica y social implícitamente defendida por Taylor. La figura emergente del “encargado” tal y como él la describe, juega en efecto un rol intermediario entre el empresario y el trabajador. Haciendo posible una economía de tiempo, este recurso precioso, permite proveer una nueva justificación a los ingresos generados por el capital; éste ya no sería una simple renta ociosa sino el efecto de una habilidad logística central, que debe pues ser remunerada. Si el trabajador aprovecha indirectamente de la ventaja comparativa de la que goza su empresa en el mercado competitivo, Taylor se dirige primero al *businessman* que está buscando nuevas formas de legitimidad en el conflicto latente que lo opone a los trabajadores y a su capacidad de obstaculizar el proceso productivo. La gestión científica del trabajo se concibe así como un instrumento de limitación de la palanca política de los trabajadores. Por el contrario para Veblen, se cae de su peso que toda economía de recursos a las que debe beneficiar exclusivamente son las categorías sociales directamente implicadas en el proceso productivo, por tanto que la alianza entre los managers y los propietarios de capital lo que hace es traicionar una vez más la significación sociopolítica de la eficacia al reinstaurar la distinción simbólica en su organización social.

Estas ambigüedades inherentes a la búsqueda de eficacia van a ser expuestas en vida de Veblen cuando, en los años 1920, él dicte una serie de enseñanzas sobre las relaciones entre técnica y economía en la New School Research de New York. Entonces reunirá en torno a sí algunos miembros de la American Society of Mechanical Engineers, que pronto formarán la Technical Alliance, y notablemente Howard Scott<sup>33</sup>. Incluso si solo fue después de su muerte ocurrida en 1929 que se va a estructurar un movimiento tecnocrático propiamente hablando en los EE. UU., para responder a los grandes desafíos de la Gran Depresión<sup>34</sup>, Veblen va a ser desde aquella época considerado como uno de las figuras tutelares de la emancipación de los ingenieros. En efecto, fue tras sus huellas que se puso por delante el eslogan afirmando que “la tecnocracia es la ciencia aplicada al orden social”, dejando sin embargo abierta la cuestión de saber qué forma tomaría dicha aplicación. El pensamiento tecnocrático estadounidense puede bien ser considerado como científico, autoritario, incluso para algunos milenarista, pero también como utópico<sup>35</sup> o reformista; la flexibilidad de las significaciones que se le pueden atribuir al control de la sociedad por parte de la ciencia autoriza interpretaciones que van desde el acercamiento de este proyecto de democracia industrial por entonces pensada en Europa por los socialistas, hasta las interpretaciones militaristas, por no decir proto-fascistas, donde la autonomía de los

---

<sup>33</sup> Sobre este período ver William Akin, *Technocracy and the American Dream. The Technocrat Movement, 1900-1941*. Berkeley: University of California Press, & Daniel Adair, *the Technocrats, 1919-1967. A case study of conflict and change in a social movement*. Tesis de la Simon Fraser University, Vancouver, 1970.

<sup>34</sup> Una de las principales obras en este contexto fue la de Stuart Chase, *the Economy of Abundance*. New York: Macmillan, 1934.

<sup>35</sup> También hay que anotar que el movimiento tecnocrático debe una buena parte de su audiencia al éxito de una obra de anticipación que pintó el porvenir radiante de una sociedad industrial eficaz e igualitaria. Edward Bellamy (1888). *Mirando atrás desde 2.000 al 1.887*. Menorca, es: Textos.info <https://www.textos.info/edward-bellamy/mirando-atras-desde-2000-a-1887/descargar-pdf>

individuos aparece como el factor principal de perturbación de un orden ideal<sup>36</sup>. Más allá de estas incertidumbre ideológicas hay un rasgo conceptual central que permanece: la organización tecnocrática de la sociedad busca reemplazar el sistema de precios (es decir el mercado concurrencial) por una métrica sustancial, indizada sobre la realidad objetiva de los flujos materiales producidos e intercambiados. En este punto no hay ninguna duda sobre el carácter revolucionario de la tecnocracia, como tampoco sobre la afinidad con el proyecto soviético que se ponía en funcionamiento en ese momento en el otro extremo del mundo. El ensayo sobre los ingenieros y el sistema de precios publicado por Veblen en 1921, se inscribe en este contexto y consiste en una interpretación socialista de la tecnocracia que hace resonar de manera muy clara el proyecto saint-simoniano.

## El ingeniero y la propiedad

Los esfuerzos intelectuales que va a desplegar están todos ligados desde entonces a la ambición de responder a los obstáculos que opone la gestión financiera de la economía a la realización de una democracia técnica. Dichos esfuerzos culminan en 1919 en *the Vested Interests and the Common Man* (que se puede traducir toscamente como *los intereses establecidos y el Hombre común*), y en 1921 en *the Engineers and the Price System*<sup>37</sup>.

El ensayo sobre los ingenieros plantea de entrada la cuestión de los orígenes históricos y de las formas que adopta la subordinación de la norma técnica a la de los flujos financieros, o del ciclo metabólico al ciclo económico. De manera bastante espectacular es a través de una reinterpretación del concepto de sabotaje que se realiza este análisis<sup>38</sup>. Veblen describe para comenzar el uso ordinario de este concepto, ligado a las técnicas por las cuales los sindicatos buscan frenar o incluso paralizar el proceso productivo con el objetivo de establecer una relación de fuerza en su beneficio. Es claro para él que si estas estrategias son ilegales, al mismo tiempo son legítimas en la medida en que ellas constituyen el único medio que tienen las clases obreras de hacer valer derechos. Pero él simetriza inmediatamente el análisis del recurso al sabotaje para describir esta vez la actividad, más o menos consciente, y por supuesto nunca calificada como tal, de los empresarios industriales. En efecto, estos lentifican, obstruyen el uso eficaz de las fuerzas humanas y materiales con el objetivo de optimizar sus ganancias. **Y si estos procedimientos en general no son pensados como**

<sup>36</sup> Más o menos por la misma época, el físico e ingeniero alemán Wilhelm Ostwald perfecciona una teoría del orden social que subordina toda razón política a la búsqueda del óptimo energético. Cfr. Wilhelm Ostwald. *La Energía*. Madrid, José Ruiz, 1911. <https://es.scribd.com/document/209288177/La-Energia-Wilhelm-Ostwald-Espanol>

<sup>37</sup> Estos dos textos forman juntos el volumen VII de los *Collected Works*. En inglés, “vested interests” designa los intereses de los inversores y accionistas en función de los cuales se organiza el sistema financiero y bancario, pero la expresión no tiene equivalente transparente en francés <en español por el contrario, Jacinto Benavente escribió en 1907 una divertida sátira con el título *los Intereses creados*, para remarcar cómo un par de pícaros enredan a los otros a tal punto que tienen que aceptar la boda como un beneficio para todos, así como en política, economía o sociología existen grupos de poder financieros o personas que se benefician del estado actual de las cosas y se oponen a cualquier cambio. Paláu>

<sup>38</sup> Se resume aquí el capítulo 1º, “la Naturaleza y los usos del Sabotaje”. <Por pura casualidad esta traducción paraleliza la polémica de Petro con el Banco de la República: él sostiene que la determinación “técnica” del Banco de no bajar las tasas de interés en este momento, abril del 2026, responde a los intereses del capital financiero que buscan frenar la economía en su beneficio. Nótese que Veblen habla de una técnica de sabotaje, lo que el director del banco considera una intervención indebida por parte del gobierno en la “misión neutra” de control de la inflación. Paláu>

**sabotaje, es no solamente porque son legales, sino sobre todo porque ellos derivan del derecho a disponer de su propiedad de manera absolutamente libre.** El “sabotaje capitalista”<sup>39</sup>, contrariamente al de los obreros, es pues legal pero ilegítimo, desde el punto de vista de la norma de eficacia industrial que aplica Veblen. Y él le atribuye a este fenómeno un valor estructural: en la medida en que la búsqueda de la ganancia pecuniaria dependa de oportunidades fijadas por el mercado, es decir por el “sistema de precios”, ya no se constata ninguna correlación entre el ritmo material de los intercambios en los que toman parte diferentes actores en una cadena de producción, de transporte y de consumo, y la valorización de un bien o de un servicio en la métrica monetaria.

La sub-eficacia industrial no es pues buscada como un fin en sí mismo por parte de los inversores y de los capitanes de industria, pero ella se presenta como consecuencia inevitable de una organización económica que responde principalmente a *stimuli* provistos por los precios. En el contexto del relance económico que sigue a la guerra, y como volverá a ser el caso mas tarde en el momento de la Gran Depresión, el antagonismo entre la racionalidad de mercado y la racionalidad industrial se vuelve evidente, y la subordinación de la segunda con respecto a la primera adquiere una importancia capital. Sin embargo Veblen no le atribuye este tipo de sabotaje a élites económicas privadas autónomas, puesto que ellas pueden contar para estos fines con el sostén de un gran número de disposiciones legales promovidas a nivel del Estado♦♦. Por ejemplo, las tarifas aduaneras, pueden estar protegiendo intereses económicos nacionales en detrimento de la complementariedad geográfica de los saberes y de las habilidades; restricciones, como también prohibiciones, pueden retardar el desarrollo de una filial productiva para garantizar la rentabilidad de un competido influyente, y esto incluso si este último se encuentra en retraso desde el punto de vista de la cualidad y de la eficiencia de los procedimientos productivos<sup>40</sup>. Este relato, que de manera contundente, pinta las estructuras económicas modernas como siendo ralentizadas por la ociosidad constante de las élites, sirve en un segundo tiempo de zócalo a una serie de desarrollos a la vez históricos, sociológicos y políticos.

En un primer tiempo, Veblen demuestra la pertinencia histórica de su análisis al proponer una genealogía de la dominación de los negocios sobre la industria y al defender la paradójica idea de que el desarrollo material de las fuerzas productivas ha hecho posible esta dominación. En *the Vested Interests* muestra así cómo los dispositivos éticos y jurídicos propios de la cultura liberal fundada en el siglo XVIII los han convertido progresivamente en obsoletos por medio de la industrialización, pero conservando eso sí su poder de legitimación del orden económico. En Locke, Montesquieu, Smith, para referirnos a las de las Luces liberales que él mismo pone de presente, la articulación de la civilidad con la propiedad se ancla en el contexto de la protección necesaria de los derechos naturales frente a los abusos del poder. La autonomía individual, consagrada por el derecho, aparece pues como una fuerza progresista porque la relación entre el individuo privado y su capital expresa aún algo del derecho inalienable que él tiene de proteger su vida y su libertad. Pero la sabiduría y el corpus jurídico del liberalismo han sufrido, en el curso del tiempo, de un

<sup>39</sup> *The Engineers, in Op. cit.*, p. 4.

♦♦ <Cada vez que un “interesado” o un analista político, periodista o no, habla en la Colombia de Petro de “seguridad jurídica” para cualquier inversión o negocio, se puede estar seguro que en ese punto en concreto el inversor o el actor económico lo que manifiesta es el suficiente apoyo de la ley como para que pueda disimular el “sabotaje”, o las trapisondas ilegítimas. Es decir que lo que se pide es que “los dejen hacer lo que les da la gana” Paláu>

<sup>40</sup> *Ibid.*, pp. 20-21.

fenómeno de deriva tectónica; entre más las fuerzas productivas y los arreglos de capitales se volvían complejos, pasó que la estructura de protección jurídica establecida antes fue perdiendo su pertinencia, y entonces cada vez daba menos cuenta de los arreglos concretos entre las personas y las cosas. La virtudes que se le habían concedido a la propiedad están pues funcionando en un mundo bien diferente de aquel que había visto nacer su asimilación a la libertad, principalmente porque la propiedad, en el sistema capitalista maduro del siglo XIX y de comienzos del XX, toma con mucha frecuencia la forma de la inversión de capitales privados sin responsabilidad industrial directa<sup>41</sup>.

Veblen prefigura aquí las reflexiones de Wrigley sobre Smith y sobre la exaptación del liberalismo discutidas antes: el embone de los capitales y el proceso productivo típico del siglo XIX hacen imposible la reputada afinidad natural entre propiedad y responsabilidad técnica. Por el contrario, la rentabilidad del capital reposa sobre la capacidad para delegar las tareas de gestión material a operadores especializados para irse hacia estrategias de inversión cada vez más autónomas. Los derechos personales, que al comienzo tenían una significación eminentemente política, evolucionan insensiblemente hacia una acepción económica y se vuelven derechos de conducir sus negocios libremente, a través de los dispositivos de herencia, del libre contrato. Una vez fijados en estructuras jurídicas estables, los ideales de racionalidad, de igualdad, de autonomía, vehiculados en un primer tiempo por el pensamiento liberal, pierden así su conexión con las formas concretas de la organización social y económica y se traicionan. “El venerable principio de autonomía (*self-help*) no ha perdido nada de su valor, pero es el orden de las cosas al que se aplica el que ha sido irremediamente transformado”<sup>42</sup>. Aquí los hechos remiten a la evolución de las ciencias y de las técnicas, a las modalidades de apropiación del mundo, aquello mismo que la organización comerciante pretendía explotar para generar la emancipación. Veblen identifica aquí una característica del derecho y de la moral que, en la perspectiva de una teoría política de la naturaleza y de los recursos, está llamada a asumir una importancia capital; puede ser que las condiciones materiales de existencia cambien a un ritmo tal que pongan en posición precaria los principios del derecho, y en particular la articulación entre propiedad y autonomía<sup>43</sup>. Dicho de otro modo: ¿cómo dar cuenta de estas transformaciones desde el interior mismo de la regla de derecho?

La constatación de un autoridad triunfante del capital anónimo sobre la organización económica le permite también a Veblen radicalizar la grieta identificada desde su primera obra entre los negocios y la industria. El subrayaba en efecto que en las primeras fases de la modernización económica, eran los innovadores, los técnicos, que más frecuentemente tenían la iniciativa de la creación de las empresas, y era en función de una racionalidad técnica que ellos desplegaban su actividad<sup>44</sup>. Luego, progresivamente, las funciones técnicas y las funciones contables, financieras, comerciales siguieron un proceso de especialización en el curso del cual ellas se separaron y autonomizaron las unas de las otras. Fue en este momento

---

<sup>41</sup> *The Vested Interests in Collected Works*, p. 44: “La propiedad ha sido ‘desnaturalizada’ por el curso de los acontecimientos históricos, de suerte que ella ya no asume las responsabilidades que al comienzo se le atribuyeron. Antaño era verdad que la propiedad confería al individuo una responsabilidad personal sobre las cosas, pero desde que ella se aplica a la industria y a las organizaciones a gran escala que requieren el maquinismo, la propiedad tiende a perder lo esencial de las funciones que ella tenía”.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 12: “El punto de vista moderno en materia de derecho parece estar en retraso con respecto al avance de las ciencias y de las tecnologías”.

<sup>44</sup> *The Engineers*, pp. 29 ss.

cuando la finanza de empresa (*corporation finance*) intervino en la esfera productiva con el fin de regular su ritmo y sus modalidades de desarrollo. Mientras que los “factores de producción” se reducían corrientemente a la trilogía del trabajo, la tierra y el capital, un cuarto factor hizo su aparición: el empresario, encargado de los aspectos financieros de la economía, se impuso como un actor central de la creación de valor, puesto que él se volvía capaz, a partir de unas habilidades completamente desconectadas del proceso productivo mismo, de valorizar el capital sin que aumente la cantidad de productos brutos y en circulación. El altísimo grado de especialización de las actividades financieras, inversamente proporcional a su implicación en la conducción efectiva de las cosas, es pues asimilable a la emergencia de un nuevo régimen de producción, en la que la industria sólo es como tal un sustrato desprovisto de poder normativo. El capitalismo cambió así totalmente de significación cuando su acoplamiento con las aptitudes técnicas fue relegado al segundo plano y cuando la valorización del capital por los instrumentos específicamente vinculados a los mecanismos del mercado y del crédito se ha vuelto una ocupación no solamente predominante, sino sobre todo susceptible de erosionar la valorización del trabajo y de las interacciones específicamente industriales que caracterizan a las sociedades desarrolladas.

En el plano sociológico, Veblen describe la valorización cultural, muy clara en los EE. UU., de las clases que tienen que ver con el mercado: la banca, las finanzas, pero también los servidores del capital que, por el sesgo del máquetin, de la publicidad, de las técnicas de ventas, le dan al cuarto factor de producción toda su amplitud. Irónicamente, Veblen erige estas categorías sociales en un nuevo clero, un “clero burocrático<sup>45</sup>”; bajo la apariencia gris y anónima del “jefe de oficina” se asiste a la recomposición de una dominación de los ociosos que logran llegar a legitimar su autoridad por la conquista de ganancias marginales muy deseadas en una época en que las tasas de ganancia estaban ya bien bajas. Paralelamente, en el plano más estrictamente económico, Veblen asocia la emergencia del control financiero con la aminoración de las perspectivas de crecimiento y con el espectro de la superproducción. La autonomía de los ciclos económicos ya no tiene para la época nada nuevo, y la contracción pasajera de la economía, que provoca regularmente la eliminación de una parte “inútil” del trabajo y del equipamiento industrial, es admitida como una compensación inherente al orden moderno. Pero muestra que una parte de la legitimidad social de los managers tiene que ver con su capacidad para diferir, antes que para evitar pura y simplemente, las crisis de superproducción. Entre las funciones nacidas de la especialización creciente de las tareas administrativas, se encuentra en efecto la creación artificial de salidas de las que se encargan la publicidad y el máquetin.

En el fondo Veblen permite precisar la hipótesis que hemos planteado antes sobre la pérdida de reflexividad material entre la fase agraria del liberalismo y su recuperación y reelaboración en contexto industrial. Si se admite con él que las estructuras morales y jurídicas elaboradas en el siglo XVIII han sido llevadas a subsistir en un mundo en el que las coordenadas materiales han cambiado bajo efecto de la industrialización, y que esas coordenadas no han sido integradas después de todo bajo la forma de una corrección del paradigma del dejar-hacer y de la propiedad, se puede comprender el periodo de entrada al siglo XX como un mundo al revés. Los intereses asociados a la inversión privada (los *vested interests*), de acá en adelante libres de responsabilidades materiales que incumben entonces a ingenieros industriales ocultos en el fondo de las fábricas, provocan en efecto la formación de entidades ficticias, por no llamarlas mitológicas, que no por ello dejan de ser eficaces. La

---

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 41.

principal institución que expresa este carácter ficticio del sistema económico dominante es lo que por entonces se llamaba la propiedad ausentista (*absentee ownership*), es decir el hecho de que el empresario está de acá en adelante a las órdenes del inversionista que se mantiene por fuera del proceso productivo y de sus obligaciones.

Veblen hace planear aquí el espectro de Locke: si la propiedad se justifica en principio por la capacidad de extender su dominio práctico sobre algunas cosas, sobre ciertos procesos, y valorizar una porción de realidad externa por el uso que de ella se hace, las estructuras contemporáneas del derecho de los negocios están en desajuste completo con respecto a esta justificación oficial. Naturalmente, la principal consecuencia será que una amplia parte de la ganancia, es decir la que resulta de la “eficacia técnica de la comunidad”<sup>46</sup> es desviada por los medios de negocios que gestionan los portafolios de acciones. Se plantea pues un problema de explotación simple. Pero, más específicamente, se impone la idea de que la actividad económica está estructurada por parte iguales por la valorización de activos tangibles e intangibles. La formación de un ingreso asegurado a partir del detentamiento de activos financieros que se intercambian en un mercado, es percibida como tan legítima como la extracción de un beneficio industrial a partir de saber y de habilidades mecánicas, productivas<sup>47</sup>. Tendencialmente, incluso ella se vuelve la norma del enriquecimiento y de la creación de valor, en parte porque las contabilidades nacionales que se ponen a operar en esa época no hacen ninguna distinción entre este tipo de provecho y el otro. Veblen llama *free income* a la ganancia obtenida en estas operaciones bursátiles que contribuyen a desrealizar la economía y a erosionar a la vez la cultura industrial de las sociedades modernas y la reflexividad material de la que ellas son susceptibles de dotarse. Este ingreso se lo llama *free*, libre, en el sentido que está liberado de los constreñimientos intransigentes y tercios de las artes industriales, así como de los riesgos que le son inherentes; de manera muy clara la libertad ha sido obtenida por la eliminación de las presiones técnicas que pesan sobre la acción, o más bien por su delegación hacia operadores secundarizados.

Evidentemente que, si ningún ingreso es en sí mismo independiente del proceso industrial productivo, es decir de un intercambio instrumental con recursos, con ciertas condiciones institucionales y jurídicas, en función de un cierto tipo de división del trabajo, entonces algunos tipos de ingresos van a aparecer como por arte de magia<sup>48</sup>. Veblen con frecuencia usa la expresión *getting something for nothing*, “producir ganancia de la nada”, para expresar este sortilegio de las finanzas, que lleva a su culminación la ambigüedad fundamental del derecho de propiedad moderno; mientras que éste debía consagrar las virtudes del mejoramiento y la valorización prudente de un fondo productivo (en particular la tierra), fue progresivamente reelaborado para garantizar ganancias pecuniarias<sup>49</sup>. Es la razón por la cual una crisis bursátil como la del 1929 pudo llevar a una destrucción masiva de capital, y por tanto poner en peligro el modo de vida de una nación, sin que se le pueda atribuir causas físicas o ecológicas. La regulación de las necesidades, y más ampliamente el

---

<sup>46</sup> *The vested interests*, p. 60.

<sup>47</sup> *Ibid.*, pp. 68-70.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 70.

<sup>49</sup> Esta reelaboración es el objeto de la obra de John R. Commons, *Legal Foundations of Capitalism*. Veblen se inscribe en este debate cuando discute el estatus jurídico de la empresa, definida por la noción de “*going concern*”; la razón de ser de una firma tiene que ver desde el punto de vista del derecho con su solvencia, es decir con la continuidad del flujo de capitales que transitan por ella y por su salud contable. Los factores propiamente industriales (gestión de los hombres y de los recursos) están así por fuera de esta definición. Ver *The vested interests*, p. 38.

mantenimiento de las funciones de subsistencia y de su sustrato territorial (recursos, infraestructuras de transporte, etc.) están a merced de la regulación de los flujos de capitales, cuya fragilidad es ya bien conocida por aquella época. Si Veblen no conoció la Gran Depresión, sin embargo se puede decir que sus análisis prefiguran el escenario de los años 1930, y es precisamente por esta razón que conocerá una gloria póstuma en el momento de New Deal.

La segunda consecuencia es más central para nuestros propósitos. En muchas ocasiones en los ensayos escritos después de la guerra, él utiliza la expresión “*join stock of technological knowledge*”, “el fondo común del saber técnico”<sup>50</sup>. Designa con ella una característica de las relaciones sociales indizadas sobre el espíritu industrial, que es distinto de las relaciones sociales implícitamente generadas y valorizadas por espíritu de los negocios. Como Saint-Simon, y de hecho como todos los pensadores socialistas, Veblen considera que el desarrollo de las redes técnicas cada vez más complejas acrecienta la dependencia recíproca de los individuos. Las inmensas cadenas en las que se articulan cosas, y el mandato silencioso que ellas imponen a las prácticas, a las normas y a los saberes, favorecen el desarrollo de un lenguaje común. Ponerle orden al mundo y a los hombres por medio del trabajo, por la producción pero también por el establecimiento de las infraestructuras de las que ella depende, constituye así el sustrato de la socialidad moderna, cuyas ramificaciones se extienden mucho más allá del grupo de los obreros *stricto sensu*. El sistema pedagógico, así como las funciones rectoras que se le asigne a los ingenieros, son pues mallas esenciales de la sociedad de los productores; más allá de las dimensiones jerárquicas de la civilización industrial, se constituye el zócalo de una experiencia verdaderamente común que se juega en los finos reglamentos que exige la tecnoestructura para seguir siendo eficaz y generador de justicia social. Ahora bien, para Veblen debe haber aquí una afinidad entre la centralidad manifiesta de esas cadenas sociales inducidas por la industria y la manera cómo los colectivos se gobiernan.

El sistema industrial funciona sobre la base de la eficacia mecánica, y no con referencia a los precios. Por esta razón, su control debería ser puesto en manos de quienes tengan alguna calificación en materia de tecnología, de los que por su formación y sus hábitos perciben este sistema bajo el ángulo del ingeniero. El bienestar material de la comunidad es tributario del buen funcionamiento del sistema industrial, que depende a su vez de conocimientos expertos y del juicio desinteresado de los que lo administran. Los ingenieros industriales son pues los mejor colocados que los capitanes de las finanzas para llevar las riendas<sup>51</sup>.

La conquista de la abundancia por la extensión *a priori* indefinida de las fuerza productivas se acompaña aquí de una concepción muy fuerte de la responsabilidad política inducida por esta orientación. Si Veblen aclara muy bien cómo se constituye una élite social desprendida de toda implicación industrial, y cómo ella llega a encarnar una emancipación radical, también indica la divergencia creciente entre esta autorrepresentación ilusoria de la sociedad y la norma que la sostiene a pesar de todo. Pues nunca se socializa a partir de nada, sin que no se constituya una relación ternaria entre un sujeto, el grupo al que él pertenece y aquel con el cual él intercambia saberes y bienes, y una exterioridad natural y espacial. Este

---

<sup>50</sup> Ver por ejemplo *ibid.*, p. 56, y *The Engineers*, p. 68.

<sup>51</sup> *The vested interests*, p. 89.

es el sentido de esta variante del principio de autonomía que hemos llamado “autonomía-integración”, del que Veblen termina siendo el teórico.

El pasaje citado antes responde también a una posible objeción, que ya concernía al pensamiento de Saint-Simon. La hipótesis tecnocrática reposa en efecto sobre una ambigüedad parcial entre por un lado la idea de una universalidad de las relaciones industriales y de una encarnación real del pueblo soberano en esas relaciones, y por el otro lado la aparente promoción de una nueva élite técnica, la de los ingenieros. En Veblen, esta tensión entre un populismo industrial y un elitismo tecnocrático se manifiesta en el cuidado prestado alternativamente a las clases obreras y campesinas abandonados por el poder de Wall Street y a la potencia de subversión política de la que los ingenieros serían depositarios, ilustrada en el plan para un “soviet de los técnicos”<sup>52</sup>. Por un lado, se oye resonar los acentos plenamente socialistas de un autor para el que el interés de las masas ha sido traicionado por la élites ociosas; en la medida en que la inteligencia técnica representa el zócalo del común, de una república de los productores, es ella la que debe ser reinvestida para democratizar América. A veces, en el texto, la idea de una autenticidad de las virtudes engendradas por la prueba cotidiana del suelo, o de la máquina puede parecer, y con ella la idea de una humildad espontánea de los subalternos. En este sentido, Veblen se inscribe en la filiación del movimiento llamado “populista”, que ganó una amplia audiencia en los EE. UU. en los años 1890 al captar el descontento de las masas campesinas<sup>53</sup>. Por otro lado, y esto mucho más frecuentemente en realidad, se desprende la impresión inversa, y es la implacable autoridad de los expertos técnicos la que parece ser promovida. Todo el problema es pues saber si esta alternativa entre una ética del trabajador modesto y la recta razón del industrial pragmático es realmente la buena.

Pero para Veblen, el centro de gravedad de la reorganización social que ha de venir se encuentra en la alianza entre ingenieros y trabajadores, puesto que, más allá del abismo que puede separarlos, los unos y los otros se oponen al mercado soberano. El rol del ingeniero se deduce en el fondo de su lugar privilegiado en el circuito económico sustancia. Teniendo la responsabilidad de organizar eficazmente los puntos de contacto entre el medio, la tecnosfera y la sociedad, ellos se encuentran en situación de apreciar de manera holista la red de las interdependencias industriales. Es la posición estratégica de su acción, y el hecho de que ella necesite grandes conocimientos y una gran destreza, que los habilitan para endosar responsabilidades dominantes. Secundariamente, el encargo de las funciones industriales por parte de los ingenieros de Estado, emancipados como están de los intereses pecuniarios, libera según Veblen el debate sobre las libertades civiles y la justicia social en general, del parasitismo de las clases propietarias, y juega pues un rol de preservación del espíritu democrático al limitar la corrupción del poder.

Dicho de otro modo, el proceso de democratización trasciende en este marco la separación tradicionalmente dada entre proletariado y burguesía, pues se encuentra en el seno de la segunda agentes cuya actitud con respecto a la norma industrial son totalmente heterogéneos. Un gran ingeniero encargado de las exigencias específicas de la gestión de una selva, de una fábrica de automóviles, o del mejoramiento de las tierras agrícolas, es un

---

<sup>52</sup> Ver el último capítulo de *The Engineers*. La expresa referencia a la revolución rusa se explicita en “Bolshevism is a Menace – to Whom?”, *Collected Works*, vol. X, pp. 399-415.

<sup>53</sup> El concepto de populismo recibe en el contexto norteamericano una acepción muy diferente de la que tiene en Europa y Francia. Para un análisis de los movimientos políticos estadounidenses entre fines del siglo XIX y el New Deal, ver una vez más Richard Hofstadter, *the Age of Reform*.

servidor del interés común; mientras que el empleado de banca o el publicista es cómplice del trastocamiento de los valores industriales por parte del dinero, así esté en posición de dominado. Como es invariablemente el caso en los proyectos utopistas, la realización de la tecnocracia supone que sean rediseñados completamente los contornos de la sociedad, y no se ve concretamente quien podría ser el operador de esta transformación. Pero, conceptualmente, lo esencial es el criterio definido por Veblen para conseguir su plan: al considerar que la conquista de la autonomía por la abundancia ha provocado una dislocación entre los intereses comunes y los de una nueva clase ociosa, él se dedica a imaginar las vías del restablecimiento de una conformidad entre la sustancia de la sociedad y la manera como ella se representa a sí misma.

El plan de reorganización social descrito en el ensayo sobre los ingenieros es de una radicalidad tal que no podía seriamente ser encarado como una posibilidad real. Estratégicamente, lo que Veblen veía ante todo era una manera de utilizar la amenaza creada por la revolución rusa sobre los intereses existentes para canalizar ese horizonte insurreccional bajo una forma democrática. Este plano propone abolir la propiedad ausentista y reducir la función a una unidad de cuenta; en tal caso la medida de la riqueza real estaría indizada sobre la cantidad en bruto de materia incorporada al circuito de la producción, del transporte y del consumo<sup>54</sup>. Encontramos pues acá uno de los orígenes del movimiento que consistirá más tarde en discutir los indicadores de riqueza, pero también un eco indirecto sobre los debates de la economía socialista, que se presentan por la misma época en Viena entre Von Mises y Polanyi. Desde sus primeros trabajos, en el fondo Veblen despliega todas las consecuencias de una idea muy simple que consiste en postular que la gobernanza económica instituida por el derecho de propiedad y el mercado no busca de ninguna manera optimizar el poder productivo y organizador del sistema industrial. La generalidad prestada al sabotaje, al despilfarro, a la congestión deliberada de las redes de distribución, a la lucha contra las transiciones técnicas, y por ende a la creación artificial de escasez, permite dibujar a la organización mercantil moderna como una quimera institucional, el injerto de una cabeza contable y financiera sobre un cuerpo industrial y técnico. En este infortunado ensamblaje, el potencial de democratización de la sociedad depositado en la industria está sin cesar entabado por el espíritu arcaico de distinción y de ociosidad.

\*\*\*

Uno de los problemas que plantea esta elaboración crítica es por supuesto la significación que recibe la noción de eficacia. Pues si la realización de una modernidad justa e igualitaria tiene que ver con el libre despliegue de las capacidades productivas, tenemos el derecho de interrogarnos sobre las consecuencias de un sistema político que tomará al pie de la letra la promesa de una emancipación por medio de la abundancia, una abundancia sin impedimentos. Algunas de las declaraciones de Veblen no dejan ninguna duda sobre la ambición de una liberación total de las fuerzas productivas: “el bien común, en la medida en que depende del bienestar material, es idealmente servido por el perfeccionamiento de un sistema industrial que no sufre ninguna interrupción o entaba, que alcanza su capacidad

---

<sup>54</sup> La idea según la cual el valor debe ser medido en términos energéticos ha tenido una posteridad importante en el pensamiento ecológico. Ver por ejemplo Howard T. Odum (1971), *Ambiente, energía y sociedad en el siglo XX*. Barcelona: Blume, 1980; en nuestros análisis *infra* cap. 9.

máxima”<sup>55</sup>. Y necesitamos volvernos a colocar en el contexto de una economía de reconstrucción, en la que la miseria material sigue siendo algo corriente, y que va a empeorar aún en la gran crisis de 1929. El envite que constituye la satisfacción de las necesidades elementales sigue siendo central y la idea de una patología del hiperconsumo, como la encaraba Durkheim por ejemplo, parece ser ajena al horizonte empírico de Veblen.

Pero no por esto es posible autonomizar esta búsqueda de intensidad productiva para hacer de ella una finalidad en sí, pues la justificación de una socialización por la técnica oscila siempre entre tres vectores. Para comenzar el del mantenimiento de un equilibrio frágil entre las diferentes componentes, humanas y técnicas, de la infraestructura industrial; segundo, el que se encarna en el fondo común del saber y de la habilidad productiva; y tercero el de la pura y simple eficacia, es decir del uso razonado y sostenible de los recursos. La eficacia, concebida como una de las tres puntas de un triángulo, no es pues una sumisión unívoca de la sociedad al motivo del crecimiento, sino más bien la integración lo más armoniosa posible del objetivo de crecimiento a las expectativas de integración social y de justicia, pero también a las exigencias propias de las infraestructuras modernas y del buen uso de los recursos y del territorio, decir de la articulación de las múltiples partes, espacios, funciones en un todo coherente.

La performance del sistema productivo está pues temperada por una concepción profunda de las expectativas colectivas y de la sensibilidad propia del medio natural y técnico. Por ejemplo, la eficacia así definida no comanda la explotación inmediata y máxima de los bosques o de la fertilidad del suelo, sino más la repartición en el tiempo y en el espacio de los dispositivos de explotación, que hacen posible la reconstitución gradual de esos stocks y la regeneración de esta fertilidad. En este sentido Veblen es claramente un autor conservacionista, orientado por la utilización prudente de los recursos a largo plazo, consciente de la necesidad que hay de conocer los principios de regulación propios de los medios para someterse a ella. Eficacia y adaptación son los dos aspectos, los dos momentos de una dinámica en el seno de la cual las normas técnicas, ecológicas y sociológicas encuentran su integración más armoniosa. Es la razón por la cual es preciso no ver contradicción entre el principio de actuación, o de intensificación y de extensión de las bases productivas de la sociedad, y el evitamiento del malgasto; una buena parte de las ganancias productivas tenidas en cuenta por el pensamiento tecnocrático tienen en efecto que ver con el uso económico de los recursos, con la posibilidad de integrar grandes cantidades de materia al ciclo de la producción y del consumo sin que se acumulen en la periferia de este proceso los residuos que él deja de lado. Si Veblen no desarrolla él mismo este aspecto de las cosas, es sin duda porque el peligro ecológico y sanitario que constituye la polución no era aún manifiesto, se trata de una de las perspectivas más importantes que él abre.

Los desechos, *waste*, constituyen en efecto según él el testimonio tangible de la sub-eficacia de un sistema industrial subordinado a la lógica de los precios y la propiedad privada: desde que los sub-productos de la actividad son considerados como estando por fuera de la cadena de valor —en la medida en que el costo de su gestión no es reportado al balance contable de una firma—, su acumulación puede prolongarse en el tiempo mientras pasa desapercibido. Si, como algunos economistas lo han advertido ulteriormente, es *in fine* la comunidad la que absorbe esos costes de mantenimiento y de reparación, y si una parte esencial de la ganancia industrial tiene que ver con este reporte, Veblen prefigura las apuestas de la economía de las externalidades exigiéndole al orden económico que se integre en la

---

<sup>55</sup> *The vested interests*, p. 93. Ver también la temática de la “tangible performance”, en *The Engineers*, p. 75.

esfera de las transacciones materiales entre la sociedad y su medio. Esta idea según la cual el sistema de los precios está en la incapacidad estructural de volver explícita la dependencia del sistema productivo con respecto a las limitantes que le imponen el medio y las máquinas —y que esta incapacidad se traduce en injusticia y en ineficacia— ha sido objeto de desarrollos a la vez muy numerosos y muy influyentes en la formación del pensamiento ecológico, del que Veblen es el promotor desconocido.

Por un lado se encuentra la economía ecológica, es decir el análisis de la riqueza fundado en la idea según la cual la economía es un sub-sistema de las interdependencias ecológicas planetarias<sup>56</sup>. En un comienzo puesta a punto por el economista rumano Nicholas Georgescu-Roegen en el marco de la termodinámica y de la teoría de sistemas<sup>57</sup>, este enfoque fue luego retomado bajo la forma de una convergencia metodológica entre el análisis económico y la ecología funcional<sup>58</sup>. La eliminación de las métricas monetarias se vuelve entonces radical, para dejar el campo libre a una reintegración de las relaciones metabólicas en la reflexividad económica, que dará más tarde lugar a la elaboración del concepto de “servicio ecosistémico”<sup>59</sup> sobre el que regresaremos. Por el otro lado, la crítica medioambiental de las instituciones financieras globales y de la racionalidad económica dominante, también se radicalizó, aunque bajo otros rasgos, la relación establecida por Veblen entre la concepción del valor como precio y la degradación de la atención puesta a las consecuencias sociales de la industria<sup>60</sup>. En la actualidad se encuentran pues dispersos en universos epistemológicos muy diferentes, operaciones conceptuales y empíricas que heredan de la tradición tecnocrática sin ser siempre conscientes de ello, pero que reactivan bajo formas actualizadas la vena tecnocrática bajo los rasgos de una economía de la sostenibilidad y de la justicia medioambiental.

---

<sup>56</sup> Sobre la filiación entre Veblen y esta disciplina, ver Ernst Berndt, *From Technocracy to Net Energy Analysis, Engineers, Economists, and Recurring Energy Theories of Value*. MIT, Studies in Energy and the American Economy, Discussion paper n° 11, 1982.

<sup>57</sup> *The Entropy Law* (1971), *la Ley de la Entropía y el Proceso económico*, Madrid: Visor/Argentaria, 1996 <  
<https://bfffrepositorio.unal.edu.co/server/api/core/bitstreams/c76df265-4a3d-45f9-aad3-745c1308138f/content>  
 >

<sup>58</sup> Robert Constanza. *Frontiers in Ecological Economics*. Cheltenham: Elgar, 1997.

<sup>59</sup> *Millennium Ecosystem Assessment. Ecosystems and Human Well-Being*. Washington: Island Press,, 2005.

<sup>60</sup> Ver por ejemplo en Francia, Antonin Pottier, *Comment les économistes réchauffent le climat*. París: Seuil, 2016, & Lucas Chancel, *Insoutenables inégalités. Pour une justice sociale et environnementale*. París: les petits matins, 2017.

### **¿Marx o Polanyi?**

Para los socialistas, el nuevo régimen ecológico de la industria invoca nuevos principios políticos. El desarrollo de un paisaje jalonado por minas, agrosistemas racionalmente administrados, ferrocarriles, vastas entidades urbanas dedicadas a la producción mercantil, sólo se completa con la condición de estar colocado bajo la autoridad de principios de justicia que garanticen que la conquista de la abundancia no se hace en detrimento del pueblo y de sus aspiraciones sociales.

Pero es preciso reconocer claramente que en este marco, la operación inaudita que hace sufrir la sociedad a la naturaleza ha sido percibida como una ocasión histórica sin equivalente, sin precedentes; la oportunidad ofrecida por las máquinas, por la disposición científica del espacio y la interconexión de los hombres, de acceder a una desalienación definitiva, a la consagración de una humanidad por fin autónoma. Si el mercado puro no puede asegurar esta conquista, la organización directa de las fuerzas productivas pretende conducir por otros medios a esta misma finalidad. Es este aspecto del problema el que nos queda por examinar. ¿Puede el socialismo presentarse como una superación del liberalismo en su propio terreno, como la realización de una promesa hasta entonces solventada por un ensamblaje entre economía y gobierno representativo, y que requiere de aquí en adelante otra forma de organización de las relaciones con las riquezas?

Indiscutiblemente que fue Karl Marx (1818-1883) quien, a mediados del siglo XIX, llevó más lejos la elaboración de esta hipótesis. Este proyecto pasa en él por una estrategia conceptual que consiste en conferirle al capital, y a la lógica de acumulación que lo rige, una dimensión totalizadora. El capital aparece en efecto en Marx como la instancia histórica y conceptual a partir de la cual todas las dimensiones de la experiencia social, y especialmente la dominación, pueden ser pensadas. Como tal, él está investido de un poder estructurador en la mutación de las relaciones con los recursos, con el espacio, con las ciencias que representa la industria. En otros términos, de acá en adelante aparece como el centro de gravedad de las relaciones colectivas con la naturaleza, que tienden a incorporarse a la lógica del capital. Esta toma total que el capitalismo realiza sobre las coordenadas geo-ecológicas y tecnológicas de la sociedad que postula Marx, es también el vector de una revolución por venir; habiendo logrado hacer de su socio productivo un aliado robusto en el proceso de autodeterminación, la sociedad ya no tendrá propiamente hablando exterioridad y el espectro de la heteronomía parece poderse disipar por una buena vez levantado el obstáculo de la desigualdad distributiva de la propiedad. El ideal comunista ha sido pues una manera singular de conectar, una vez más, el destino político de los modernos con el uso racionalizado de la naturaleza y de sus recursos, de suspender el proyecto de emancipación de una prosperidad compatible con la justicia social.

Esta hipótesis proyecta sobre los desarrollos posteriores de la modernidad liberal una cruda luz: la dinámica de explotación del trabajo y de la tierra se prosigue en efecto, determinando una buena parte de los destinos populares en el mundo occidental. Pero la trayectoria del capitalismo, entre el período en que Marx fue testigo, y la Segunda guerra mundial, está marcado por acontecimientos que divergen claramente con respecto al guion del materialismo histórico. Una parte de los Estados europeos se dotaron en efecto de mecanismos de protección social y de encuadramiento del capital, absorbiendo así una parte del potencial revolucionario de la lucha de clases, y las crisis económicas suscitaron rivalidades imperiales, que llevaron a los conflictos mundiales del siglo XX. Dicho de otro modo, la evolución de las relaciones entre Estados y mercados le han dado al capitalismo global una cara mucho más compleja de lo que se podía prever a mediados del siglo XIX. De una manera más radical aún, como lo recuerda Rosa Luxemburgo, la economía moderna es la “primera forma económica incapaz de subsistir sola, con la ayuda de su único medio y de su suelo nutritivo”, y su pretensión universal tropieza con el hecho de que ella simplemente ha sido tributaria de mecanismo de depredación pura y simple, de producción de valor sobre una base a la vez extralegal y no mercantil, en particular en las periferias coloniales<sup>61</sup>.

Esta “contradicción histórica viviente” de la que habla la Luxemburgo, es decir esta incapacidad del capitalismo de desplegarse históricamente de conformidad con la concepción que se hacía de sí mismo, se manifiesta pues de dos maneras diametralmente opuestas. Por una parte, los Estados han puesto a punto dispositivos reglamentarios para impedirle al capital que destruya integralmente aquello de lo que es tributario (en particular la fuerza de trabajo) y han montado un proceso de democratización que al mismo tiempo ha permitido “salvarlo”. Por otra parte, los derechos de la persona reputados como universales han sido negados cada vez que la extracción de valor ha sido presentada como un imperativo, y los mecanismos de segregación, de colonización, de depredación han logrado algo más que subsistir en el orden económico moderno, como si la “acumulación primitiva” no terminase de sostener y de acompañar la acumulación propiamente capitalista. Resumamos simplemente: el capitalismo tal y como Marx lo concibió, es decir el de Ricardo, no ha sido el actor histórico triunfante prometido. No se ha podido sostener en Europa, y si lo ha hecho ha sido temporalmente, sólo por la presencia del Estado intervencionista y protector, y por todas partes en el mundo gracias a la violación brutal del pacto entre crecimiento y emancipación.

En la entrada al siglo XX, los mejores espíritus tratan de tomar en cuenta estas mutaciones históricas fundamentales, en un debate más o menos directo con Marx: Rosa Luxemburgo, Edouard Bernstein, Otto Bauer, Rudolf Hilferding, Karl Mannheim, y una cierta escuela francesa de sociología, han construido sus reflexiones en un contexto marcado por esas tensiones entre Estados, naciones, imperios, mercados, y máquinas. Pero es sin duda Karl Polanyi quien propuso la síntesis más profunda de estas coordenadas políticas, aprovechándose es verdad de una mayor distancia histórica, de la que tuvieron los autores precedentes. Influidor por el socialismo desarrollado primero en el contexto de hundimiento del Imperio austro-húngaro, luego durante la experiencia de “Viena la Roja”, Polanyi fue puesto por los acontecimientos en el corazón de una vasta controversia sobre el destino de

---

<sup>61</sup> Rosa Luxemburgo (1913). *La Acumulación del capital*. París: Maspero, 1967, vol. 2, pp. 34-35, luego 134-135.

las sociedades de mercado<sup>62</sup>. Y su intervención puede comprenderse como una objeción al papel que Marx le hace jugar a la incorporación de la naturaleza a la lógica del capital; si para él la captación integral de las fuerzas naturales juega un rol clave en el acabamiento y en el rebasamiento de la economía capitalista, Polanyi hace del ensamblado entre el ideal de liberación de las fuerzas productivas y la dimensión territorial de las relaciones sociales, una de sus tensiones mortales. En otros términos, Polanyi hace de la naturaleza, más exactamente de la tierra, del suelo, una de las instancias principales que hacen a la trayectoria moderna reacia a toda totalización, ya sea liberal o materialista.

Este último, al mismo tiempo que le concede al contra-movimiento socialista un punto de vista político y epistemológico eminente, hace también que broten las razones de su inacabamiento y de su rivalidad con otra manera de re-politizar las relaciones colectivas con la naturaleza, la que promueve el movimiento conservador, el movimiento que busca reinscribir la modernidad en el viejo suelo nacional, en la verdad de la tierra y de la raza. Concediéndole derecho a la contingencia histórica más allá de lo que se lo ha permitido una dialéctica neo-hegeliana, Polanyi propone pues una explicación de la desviación militarista y nacionalista del porvenir democrático y opulento prometido por el liberalismo en el seno del cual la socialización de la naturaleza juega un papel crucial. En definitiva, ni la teodicea liberal ni la dialéctica marxista se despliegan *como se ha previsto*, y los accidentes de la historia pueden ser interpretados desde el punto de vista de las transformaciones de las relaciones sociales con el medio físico y viviente, con el territorio.

### **Marx pensador de la autonomía**

Se puede encontrar en el *Manifiesto del partido comunista* de 1848 un panorama general del papel que el materialismo histórico le hace jugar a las relaciones colectivas con la naturaleza. Entre las características que hacen de la burguesía una clase revolucionaria figura en efecto en un buen lugar su capacidad para transformar por completo el rostro del mundo físico:

En el siglo corto que lleva de existencia como clase soberana, la burguesía ha creado energías productivas mucho más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas. Basta pensar en el sometimiento de las fuerzas naturales por la mano del hombre, en la maquinaria, en la aplicación de la química a la industria y la agricultura, en la navegación de vapor, en los ferrocarriles, en el telégrafo eléctrico, en la roturación de continentes enteros, en los ríos abiertos a la navegación, en los nuevos pueblos que brotaron de la tierra como por ensalmo... ¿Quién, en los pasados siglos, pudo sospechar siquiera que en el regazo de la sociedad fecundada por el trabajo del hombre yaciesen soterradas tantas y tales energías y elementos de producción?<sup>63</sup>

Mientras que la dominación feudal reposaba sobre fuerzas productivas deliberadamente limitadas por la estructura de un poder que entendía respetar y hacer respetar un orden trascendente e inmutable, la burguesía alimentó su poder en la fuente de la

---

<sup>62</sup> Sobre todos estos aspectos, ver la magnífica biografía de Gareth Dale, *Karl Polanyi. A Life on the Left*. New York: Columbia University Press, 2016.

<sup>63</sup> Karl Marx & Friedrich Engels. *Manifiesto del partido comunista*. [https://www.flacsoandes.edu.ec/sites/default/files/agora/files/1309289843.flacso\\_1848\\_03\\_marx.pdf](https://www.flacsoandes.edu.ec/sites/default/files/agora/files/1309289843.flacso_1848_03_marx.pdf) pp. 14-15.

transformación permanente de las formas de subsistencia. La multiplicación de las fuerzas productivas y de los medios de comunicación simboliza el advenimiento de un nuevo mundo, puesto que este cortejo de máquinas y de procedimientos industriales hace evidente la destrucción del orden terrícola, fijista e ignorante del potencial extraordinario que recubre el mandato de producir al mismo tiempo medios de subsistencia y condiciones históricas de existencia. Es la razón por la que la apertura de un mercado mundial, incluso si temporalmente pone a competir a los trabajadores y funciona pues en su desfavor, es percibido por Marx como un aliado estratégico contra los restos bien vivos del régimen feudal. En un célebre “Discurso sobre la cuestión del libre-cambio”, fechado también él en 1848, Marx declara así que el “sistema protector” (lo que todavía no se llamaba el proteccionismo) es conservador<sup>64</sup>: la reafirmación de las fronteras económicas como medio de contener la importación de capital extranjero, y por tanto de favorecer el desarrollo de una burguesía nacional no es sino una supervivencia inútil del Antiguo Régimen y, como tal, retrasa el basculamiento revolucionario.

Marx y Engels no tienen otra cosa que subrayar la ironía histórica de una tal situación, puesto que si la “subyugación de las fuerzas de la naturaleza” ha garantizado el éxito de la clase propietaria durante algunos decenios, es por allí mismo por donde ella está llamada a desaparecer. En efecto, por medio de una interpretación maximalista de las crisis de superproducción que intervienen en el ciclo económico capitalista, los autores del *Manifiesto* describen el hundimiento sobre ella misma de la sociedad industrial. Incapaz de absorber su propia producción, es decir de transformar en dinero las mercancías que han entrado al mercado, el sistema es víctima de una huida hacia adelante que revela su imposibilidad constitutiva; la acumulación indefinida de riquezas es incompatible con la monopolización del capital por parte de una minoría de poseedores. Gareth Stedman Jones escribe “la frecuencia siempre más grande de las crisis de superproducción mostraba que más allá del umbral de la abundancia, el capitalismo ya no tenía utilidad”<sup>65</sup>. Dicho de otro modo “Las condiciones sociales burguesas resultan ya demasiado angostas para abarcar la riqueza por ellas engendrada”<sup>66</sup>. De esta manera, la abolición de la propiedad privada garantiza *in fine* que los derechos de la clase obrera sean respetados, al mismo tiempo que deja que se despliegue sin contradicción la dinámica industrial, de acá en adelante despojada de las restricciones que pesaban sobre ella *via* la propiedad.

Este resumen de la dramaturgia comunista hace que surjan dos preguntas. La primera tiene que ver con la coexistencia en el pensamiento de Marx de dos motores históricos que sin embargo son heterogéneos: por un lado la lucha de clases, y por el otro las determinaciones impuestas por el estado de las fuerzas productivas. ¿Puede la historia ser definida de manera coherente por uno y otro proceso, o hay que hacer una escogencia, dado que el antagonismo sociológico del trabajo y del capital no puede ser a la vez la causa y el efecto del estado del desarrollo tecnológico?<sup>67</sup> Va para Marx por su capacidad de sintetizar las tradiciones socialistas anteriores, puesto que la lucha de clases corresponde al legado de Proudhon, y Saint-Simon está de alguna manera absorbido en la problemática de un gobierno

<sup>64</sup> “Discurso sobre la cuestión del libre-cambio”, in *Miseria de la filosofía*. México: Siglo XXI, 1970. p. 158.

<sup>65</sup> “La imposible antropología comunista de Karl Marx”, in Vincent Bourdeau & Arnaud Macé (dir.), *la Nature du socialisme. Pensée sociale et conceptions de la nature au XIX<sup>e</sup> siècle*. Besançon: Presses Universitaires de Franche-Comte, 2018, p. 345.

<sup>66</sup> *Manifiesto...* p. 15.

<sup>67</sup> Cornelius Castoriadis plantea frontalmente esta pregunta en *la Institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets, 1975, p. 45.

adosado a las capacidades de las técnicas y de las ciencias. En este marco, el fatalismo tecnológico que se podría transparentar por ejemplo en la famosa declaración de *Miseria de la filosofía* (“El molino manual presentará la sociedad con el señor supremo; el molino de vapor, la sociedad con el capitalista industrial”<sup>68</sup>) constituye un enigma. Si se ve fácilmente cómo relaciones de dominación pueden inscribirse en las posibilidades abiertas por tal o cual estado de las fuerzas productivas, se ve menos intuitivamente cómo la subversión de esta dominación puede hacerse en ausencia de una nueva transición tecnológica (hipótesis que lanzan por ejemplo los luditas de la época). Pero el horizonte revolucionario probablemente excluye una tal transición; la conquista de la emancipación se hace en Marx contra las fuerzas políticas engendradas por la industria, pero sobre las mismas bases técnicas y materiales que las han alimentado antes.

La segunda pregunta es la de la autonomía. Mientras que Marx es a menudo presentado como un pensador indiferente al ideal de autonomía (dado que este es esencialmente liberal) vamos a encontrar en él una concepción completamente radical de ese ideal. Como lo hemos sugerido antes, nada en él es más esencial que la eliminación de las fuerzas exteriores a la sociedad. La tercera *Tesis sobre Feuerbach* expresa sin duda en su forma más simple esta concepción de la autonomía: “La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana o autocambio (*Selbstveränderung*) sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como *práctica revolucionaria*.”<sup>69</sup>. Contrariamente a la definición liberal de la autonomía, ésta ya no califica solamente al cuerpo social, es decir a la forma que toma la asociación de los hombres entre ellos. La construcción de las normas sociales y la educación de la humanidad por sí misma, su autodeterminación como sujeto histórico, van a la par con la construcción del mundo, o su reconstrucción tecno-científica. Por lo demás es acá donde la conquista de la autonomía es revolucionaria; la transformación del mundo es el fermento de la autotransformación social, y cada uno arrastra al otro en su movimiento hasta el momento de ruptura en el que el marco jurídico que había acompañado el desarrollo de las fuerzas productivas se hunde. Una vez efectuada la revolución, la tensión que se percibía operando entre la determinación sociológica (la lucha de clases) y tecnológica (por las fuerzas productivas) de la historia se resuelve, y las condiciones en las que la sociedad accede al mundo son por fin adecuadas a su estructuración interna.

A menos que sólo se vea en estas elaboraciones impulsos especulativos de juventud, hay que admitir que una parte del programa teórico de Marx tiene que ver con la manera como la exterioridad natural es tratada, incorporada y digerida por el sistema productivo y mercantil y que el principio que justifica este tratamiento es claramente la autonomía. El horizonte de una sociedad industrial desembarazada de las formas jurídicas liberales y de las desigualdades que ella comanda hace que repose sobre la concepción de la participación productiva entre los hombres y su medio una responsabilidad muy grande, cuyo eco en el plano teórico no deja de hacerse sentir.

Para que todas estas apuestas resurjan claramente se requiere pues recorrer el pensamiento de Marx dejándose guiar por el problema de la institucionalización de los medios naturales *via* el derecho, la técnica y la ciencia. Marx se mostró extremadamente atento durante toda su vida a los problemas políticos que plantean las características físicas

---

<sup>68</sup> *Miseria de la filosofía*, p. 414.

<sup>69</sup> Karl Marx. *Tesis sobre Feuerbach*, <https://www.ehu.es/Jarriola/Docencia/EcoMarx/TESIS%20SOBRE%20FEUERBACH%20Thesen%20ueber%20Feuerbach.pdf>

y vivientes del mundo en el que se despliega la ideología mercantil, y concibió parcialmente la respuesta comunista bajo la forma de una mutación de las relaciones entre estas características y la organización social. No quiere decir que esto haga de él un protoecologista, como tampoco lo fueron Proudhon o Saint-Simon, pero es suficiente para merecer una plaza importante en la historia de la reflexividad material.

### **El buen uso de la floresta**

En una serie de artículos escritos en 1842, Marx reacciona a la iniciativa tomada por la Dieta renana para hacer más rígidas las disposiciones legales que encuadraban la utilización de los bosques y de sus recursos. Hasta entonces, y como este era muy a menudo el caso en Europa, la recolección de madera muerta, de ciertos frutos, incluso de pequeños animales, estaba tolerada por los propietarios del dominio concernido. Las costumbres campesinas establecían en efecto una distinción no formalizada entre los recursos fijados al suelo y legítimamente explotados por su propietarios y un conjunto de cosas que pertenecían, por defecto, al “común”. Esta recogida de madera seca y de otros recursos locales jugaba un papel nada despreciable en la subsistencia de las comunidades campesinas, que escapaban así en parte a las fluctuaciones de los precios del grano. En 1842, el legislador decide ponerle fin a estas prácticas y se apoya para ello sobre una acepción literal de la propiedad de la tierra que, si nos atenemos al derecho latino, es individual y exclusiva; es el espacio mismo del bosque el que de aquí en adelante es inviolable, exactamente como lo es un campo cultivado o un terreno trabajado y habitado<sup>70</sup>. Una policía de las florestas se instituye entonces para hacer respetar estas disposiciones, y con ella se juega la recalificación del espiguelo al vuelo<sup>71</sup>. Inmediatamente, esta reforma aumenta las protestas populares que Marx relata en la *Rheinische Zeitung*. De los argumentos entonces empleados, algunos remiten a lo que habíamos llamado las afordancias políticas de la tierra, es decir a los relieves que ofrecen al pensamiento político las características materiales del espacio productivo y de las cosas que

<sup>70</sup> Sobre los vínculos entre esta reforma, las posiciones de Marx y el pensamiento jurídico alemán, especialmente el *Tratado de derecho romano* de Savigny, ver las aclaraciones de Mikhaïl Xifaras, “Marx, justicia y jurisprudencia, una lectura del ‘robo de madera’”, *Revue Française d’Histoire des Idées Politiques*, 2002/1, n° 15.

<sup>71</sup> Para un estudio más completo sobre un caso similar, pero mucho más antiguo puesto que tuvo lugar en 1723, ver E. P. Thompson. *Whugs and Hunters. The Origins of the Black Act*. Londres: Allen Lane, 1975. < **LOS ORIGENES DE LA LEY NEGRA: UN EPISODIO DE LA HISTORIA CRIMINAL INGLESA** E.P. Thompson. Con este libro, E. P. Thompson se adentra en el temprano siglo XVIII para develar algunos de los conflictos que, bajo la aparente calma del período, recorren la sociedad, el estado y la justicia en Inglaterra. Su tema es la Ley Negra, aprobada por el Parlamento en 1723, que introducía la pena de muerte para quienes, armados y/o con la cara pintada de negro, aparecieran en bosques o parques y cometieran delitos como talar árboles, cazar ciervos o pescar sin permiso. Tanto por su severidad como por el carácter laxo de su redacción, la ley aportaba un versátil arsenal de muerte apto para reprimir muchas formas de descontento social. A partir del relato minucioso de los incidentes ocurridos en los bosques, Thompson revela una trama de tensiones sociales, corrupción política y desigualdad características de la época. Y concluye que la ley no respondió a la existencia de una subcultura criminal que hubiera que sofocar, sino a la necesidad de la oligarquía whig de asegurar sus privilegios mediante la creación de nuevas disposiciones y la distorsión de antiguas formas legales. Experimento historiográfico y obra clásica a la vez, *Los orígenes de la Ley Negra* constituye un modelo de historia social del crimen y el derecho. Con maestría, el autor instala una pregunta inquietante: qué sucede cuando el estatus de los propietarios adquiere cada vez mayor peso en la balanza de la justicia, y cuando la justicia misma pasa a ser un instrumento para defender la propiedad y el estatus. Buenos Aires: Siglo XXI, 2010>

allí crecen. Marx escribe por ejemplo: “el recogedor de leña ejecuta simplemente el juicio dictado por la naturaleza misma de la propiedad. En efecto, Uds. sólo son propietarios del árbol, pero el árbol no posee ya aquellas ramas caídas”<sup>72</sup>. La estructura física y el ciclo de vida del árbol legitiman las prácticas campesinas al dejar caer al suelo cosas inapropiables, y la aplicación estricta del derecho de propiedad como clausura de un espacio catastral aparece desde este punto de vista como un artificio.

Este género de argumentos sin embargo no fue escuchado por la Dieta, que puede ufanarse de su claridad en las definiciones jurídicas; el título de propiedad excluye de acá en adelante sin equívoco toda extracción exterior que se ejecute en un espacio definido, y sobre él sólo se pueden acordar servidumbres. Pero bajo la controversia con respecto a la definición de propiedad, de la extensión práctica del poder de apropiación y de sus límites eventuales, emerge un debate sobre la modernización de las relaciones con la naturaleza, con los recursos y con el espacio. En efecto, la formalización jurídica tiene como consecuencia remitir las prácticas campesinas a una forma de arcaísmo; al movilizar el argumento de la antigüedad de las costumbres, ellas aparecen como incapaces de reformarse, parecen tributarias de valores tradicionalistas, ordinariamente defendidas por las fuerzas conservadoras. Peor aún, al no encarar la optimización del uso de los recursos bajo la responsabilidad de un propietario que encontrará su interés en el flujo de madera en el mercado, las poblaciones participantes de los principios de los comunes son obligadas a presentarse como premodernos. Cuando Marx tome la defensa de la regulación no mercantil de las riquezas del bosque y de los productos de la recolección, entra en un conflicto social donde se oponen intereses de clase, pero también en un debate donde se discute la orientación histórica de cada uno de los dos campos.

La propiedad encarnando el progreso; el común y las formas de vida que allí se articulan son de alguna manera indigenizadas, remitidas al pasado y a la lucha cotidiana contra la miseria de grupos sociales que ignoran sus intereses y la lógica de la historia. En sus artículos, Marx muestra claramente cómo la naturaleza se ha vuelto un espacio completo de controversia, un campo de batalla que moviliza instituciones fundamentales, y que ella ha tomado esta dimensión en un contexto de transformación rápida de las formas sociales de encuadramiento del poder productivo de la tierra. Le reprocha así al legislador “que sólo se preocupe, en los robos de madera por la leña y por el bosque y no por darle a cada cuestión material una solución política, es decir una solución conforme con la razón y con la moralidad políticas”<sup>73</sup>. Marx ve claramente en estas disposiciones una manera de escamotear los principios de justicia distributiva implícitamente contenidos en la gestión comunitaria de los bosques. Pero dado que le falta oponer al cálculo racional de los propietarios la defensa de lo que se llamaría hoy el *community-based management*, es decir un conjunto de técnicas también completamente modernas pero no alineadas sobre la racionalidad propietaria a corto plazo, Marx juega el juego de la polarización histórica de las prácticas<sup>74</sup>.

Con respecto a las posiciones defendidas en 1848 que acabamos de recordar, su defensa de los *commoners* renanos revela ambigüedades. Se comprende perfectamente por un lado que haya percibido el encajamiento de las desigualdades sociales en las instituciones

---

<sup>72</sup> Karl Marx. *La Ley sobre los robos de madera*. París: Equateurs, p. 17.

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 94.

<sup>74</sup> Se puede notar que la temática del común, tal como ella está actualmente resignificada por el pensamiento crítico (ver por ejemplo Pierre Dardot & Christian Laval. *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*. Barcelona: Gedisa, 2015), retoma el filón allí donde Marx lo había dejado en 1842.

que fijan las condiciones de acceso a los recursos. Desde este punto de vista, nadie dudará que tener la mano en el derecho es lo mismo que tener la mano sobre los recursos, y la dimensión de clase de la autoridad jurídica, de la que Marx siempre estará convencido, aparece claramente. Por otro lado, si el rebasamiento revolucionario de la estructuración capitalista de la sociedad procede de una dinámica en la que la acumulación juega un rol positivo, entonces se debe concluir que el modelo del común se encuentra irremediamente del mal lado de la historia, y que será preciso, a nombre de la teleología histórica, dejar el campo libre a la optimización de los recursos forestales. La defensa de las clases subalternas y la idea de una totalización de la experiencia histórica por medio de la organización capitalista de la producción sería así temporalmente tensionada. Pero una vez más no se trata sino de coherencia doctrinal: lo que se busca principalmente, como ha sido notado por la historia del pensamiento político, es la posibilidad de convertir a las masas campesinas a los ideales republicanos y socialistas, contra toda concepción tradicionalista de la sociedad.

Si la pertenencia a la ciudadanía moderna se concibe masivamente en la época, en el campo republicano y social, como un “arrancamiento de todas las determinaciones naturales y psico-sociales”, como una integración plena y entera al orden de la razón y de la historia, en tanto que este orden se distingue de la esfera doméstica y de la reproducción de las necesidades cotidianas, entonces el campesino puede fácilmente ser dejado del lado de las dependencias inmediatas e inmemoriales con lo que tiene que ver con las estaciones, el clima, el cuidado de los animales y los caprichos de la naturaleza<sup>75</sup>. Luego de 1848, la adhesión masiva de los campos al bonapartismo y luego al Imperio, en Francia, funciona como una confirmación de esta descalificación política de los campesinos por parte de los mismos que promocionan la igualdad. Y Marx participa de tal movimiento, como lo testimonia el famoso pasaje del 18 Brumario de Luis Bonaparte, donde pinta al campesinado como un agregado de individuos incapaces de constituirse en clase, ferozmente prendidos a su pequeña propiedad, prestos a someterse a cualquier personalidad providencial<sup>76</sup>. La autonomización de las familias campesinas luego de la Revolución francesa por el acceso a lo que él llama la “propiedad parcelaria”, produjo una clase social paradójica, puesto que es económicamente burguesa y políticamente conservadora, a la búsqueda de la pura y simple protección por parte de las autoridades tradicionales. Refractaria a la racionalización económica y ajena a los ideales sociales, el campesinado cae en los limbos de la historia, ni realmente partidario de la aristocracia terrateniente ni embarcada en el movimiento de emancipación.

Ciertamente no se trata ya para nada del mismo campesino de Renania en 1842, puesto que esta vez se ha vuelto propietario, pero el problema continúa: los grupos sociales que le deben a la tierra lo esencial de sus coordenadas económicas y sociales parecen lanzados al margen de un proceso histórico considerado como universal. Que ellos encarnen

<sup>75</sup> Chloé Gaboriaux, “Naturaleza versus Ciudadanía en el discurso republicano” in Vincent Bourdeau & Arnaud Macé (ed). *La nature du socialisme: Pensée sociale et conceptions de la nature au XIXe siècle* <Se considera que el siglo XIX es el siglo de la historia, el de sociedades modernas obsesionadas por sus producciones tanto materiales como culturales, el siglo que escapaba de las limitaciones de la naturaleza por medio del trabajo, la técnica y la ciencia. Por el contrario, nuestra obra se propone mostrar que los pensamientos sociales del período han mantenido estrechas relaciones con el concepto de naturaleza, elaborado de formas muy diversas. El socialismo es un terreno fecundo para desplegar una tal relectura, a tal punto parece aclarar —en sus numerosas variantes— las modalidades por las cuales la naturaleza es aprehendida como un medio de pensar no solamente la consistencia de lo social sino también las maneras de intervenir sobre él y de transformarlo. Presses universitaires du Franche-Comté, 2018>, p. 191.

<sup>76</sup> Marx. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.doc. <Las seis famosas páginas del cap. VII van *infra* como anexo 1>.

una resistencia de las formas de comunidad premodernas, anteriores a la separación del hombre y la naturaleza, o un triste compromiso entre el derecho burgués y el retraso ideológico, esos grupos sociales son muy difíciles de asimilar a la lógica de expansión y de superación del capitalismo. Incluso si Marx llegará a formular al final de sus días la hipótesis de un salto histórico, realizado por los campesinos rusos, del apego a la tierra directamente al comunismo sin pasar por el capitalismo, esta idea sigue estando en contradicción con la lógica del materialismo histórico; ni el principio de la lucha de clases ni el de las determinaciones infraestructurales parecen sostenerla<sup>77</sup>.

### **Tecnología y agronomía**

Todos sabemos que el pensamiento sistemático se engalga rápidamente frente a las singularidades, frente a los acontecimientos que no logra integrar a su lógica. ¿Será acaso esto lo que le sucede a Marx con la tierra y las relaciones sociales que parecen desplegarse allí? Pero si uno se gira de aquí en adelante hacia *el Capital* (publicado en 1864) se presenta la posibilidad de matizar esta idea: para analizar la lógica de la explotación, es decir de la extracción de la plusvalía a partir del proceso de producción, Marx parece apoyarse de manera aún más profunda y decisiva que antes en las mediaciones que articulan la actividad humana y el mundo.

En este estadio de su reflexión, esas mediaciones no son tanto de orden institucional (el derecho) como técnicas (la máquina) y organizacionales (el control del tiempo del trabajo). Para comprender mejor cómo los procesos naturales son incorporados al capital, es preciso pues reconstruir brevemente la lógica de la sección del libro I° consagrado a la plusvalía<sup>78</sup>. Marx define en un primer tiempo el trabajo como “un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en que éste realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza, su metabolismo”<sup>79</sup>. La mediación mínima que constituye el equipamiento corporal es luego reemplazada por una serie de innovaciones tecnológicas que aíslan una mediación exosomática. Por el sesgo de la técnica —y quizás esta sea sin duda la idea más conocida de Marx— los humanos acrecientan su imperio sobre el mundo y expresan su condición específica de artesanos de su propio desarrollo como especie histórica. Este proceso culmina con técnicas de segundo grado que ya no solamente contribuyen a perfeccionar la adquisición o la extracción de las riquezas naturales sino que permiten producir hasta los medios de producción: estamos hablando por ejemplo de la industria química, que rompe y recompone la constitución dada de la materia; pero también de las infraestructuras industriales (como canales, vías, etc.) que transforman la morfología del territorio, haciendo casi imperceptible la diferencia entre las condiciones externas de la producción y el producto de la acción humana<sup>80</sup>. Es particularmente notable que la tierra misma, en tanto que factor de producción y *locus standi* del trabajador (como la llama Marx) esté integrada a esta dialéctica de socialización del medio.

---

<sup>77</sup> Carta del 8 de marzo a Vera Zassoulitch, reproducida por Maurice Godelier en *Teoría marxista de las sociedades pre-capitalistas*. Barcelona: Estela, 1975, pp. 340-342.

<sup>78</sup> Vamos a tener en cuenta aquí la traducción que Jean-Pierre Lefévre hace del término *Mehrwert*, por otros conocido como “plusvalía”.

<sup>79</sup> *El Capital*, libro I°, cap. V: “Proceso de trabajo y proceso de valorización”. Librodot.com. p. 124.

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 125.

Paralelamente, la complejidad creciente de las mediaciones técnicas general división del trabajo y hace a la especie más tributaria aún que antes respecto a la cooperación. Pero allá donde anida la intensificación de las dependencias recíprocas entre humanos se acuna también la posibilidad de la dominación económica. Desde el momento en que los medios de producción pueden ser objeto de un control exclusivo por parte de un segmento de la población, desde que las mediaciones técnicas estén desigualmente repartidas en el cuerpo social, una parte de la contribución al esfuerzo de subsistencia se encuentra bajo la responsabilidad directa de una clase particular. Entonces el trabajo mismo se vuelve una mediación técnica en medio de otras en el proceso de producción, puesto que queda subordinado al control que se ejerce sobre la técnica. Y en un contexto en que la tierra misma, el hábitat de los humanos es el producto de un tal proceso, entonces esta alienación se vuelve sistemática. La sustancia humana de la actividad por la que la naturaleza es socializada se vuelve en efecto el objeto de transacciones económicas:

*Al comprar la fuerza de trabajo, el capitalista incorpora el trabajo del obrero, como fermento vivo, a los elementos muertos de creación del producto, propiedad suya también. Desde su punto de vista, el proceso de trabajo no es más que el consumo de la mercancía fuerza de trabajo comprada por él, si bien sólo la puede consumir facilitándole medios de producción. El proceso de trabajo es un proceso entre objetos comprados por el capitalista, entre objetos pertenecientes a él y el producto de este proceso le pertenece, por tanto, a él, al capitalista, ni más ni menos que el producto del proceso de fermentación de los vinos de su bodega<sup>81</sup>.*

Al integrar la fuerza humana en el proceso de producción que controla, nuestro capitalista puede apropiarse los frutos de los esfuerzos de los otros de la misma manera que se beneficia de las ganancias de productividad de una máquina o de una inversión infraestructural. En este estadio de desarrollo de la organización productiva, el beneficio realizado aparece como una ganancia literalmente natural, en la prolongación de las transformaciones espontáneas de la materia. Es lo que justifica la analogía con el proceso de fermentación, que añade valor a una materia que es ante todo trivial (el azúcar se vuelve alcohol, la levadura hace panificar la harina) por un fenómeno de alteración química. Aquí la afirmación de Marx está evidentemente bien distanciada, incluso es irónica; la desigual repartición de los instrumentos técnicos en la sociedad es la verdadera explicación de la explotación del trabajo, de la génesis de la plusvalía, pero la economía política clásica siempre ha naturalizado la ganancia, siempre ha visto en ella el resultado de una fermentación “natural” del capital invertido. Por lo demás este es el sentido de la importante nota añadida al final de este parágrafo; en ella ataca a James Mill, padre de John Stuart y promotor a la vez del utilitarismo y del pensamiento de Ricardo, que afirma que el trabajo no es sino una componente como cualquier otra del capital<sup>\*\*</sup>, en lugar de ver en el capital el producto de una cierta organización de las relaciones sociales de producción. Mucho más adelante, en la síntesis de los capítulos sobre la plusvalía, Marx regresará sobre el asunto asociando para ello a estos últimos, Ricardo y John Stuart Mill, con el error fundamental y fundador de la

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 128.

<sup>\*\*</sup> <nota 11: James Mill, *Elements of Political Economy*, etc., p. 70: “Cuando los obreros trabajan por un salario, el capitalista es propietario, no solamente del capital (el autor alude aquí a los medios de producción), sino también del trabajo (*of the labour also*). Incluyendo, como suele hacerse, en el concepto de capital lo que se abona como salario, es absurdo hablar del trabajo como algo distinto del capital. La palabra capital, en este sentido abarca ambas cosas: el capital y el trabajo.”>

economía política: “Ricardo no se cuida de investigar los orígenes de la plusvalía. La considera como algo inherente al régimen capitalista de producción, como la forma *natural* que cobra a sus ojos la producción social”; y Mill escribe que “la causa de la ganancia está en que el trabajo produce más de lo necesario para su sustento”<sup>82</sup>

La naturalización de la plusvalía por parte de la economía política ofrece el terreno para el análisis crítico y materialista; éste se asimila a la reconstitución del proceso por el cual la riqueza se concentra y es aspirada hacia los detentadores de los medios de producción. Ahora bien, este mecanismo sí que tiene que ver ampliamente con las propiedades de la técnica, y especialmente de las técnicas llamadas de “segundo grado”. Cuando se producen condiciones de producción (p. e. la tierra mejorada, las infraestructuras viales), los detentadores de capitales inscriben su poder en el medio de vida de los trabajadores, hacen del espacio social vivido y recorrido de los campos y de la ciudad, verdaderas fuentes de ganancia. La técnica es pues inmediatamente política, porque al autorizar ganancias de productividad, haciendo posible la delegación de un cierto número de funciones en operadores secundarios y favoreciendo la concentración espacio-temporal del proceso de producción, le ofrece a la explotación capitalista su sustrato esencial. La técnica moderna permite a la vez canalizar los flujos de capitales hacia los inversionistas (los capitalistas) y concebir equivocadamente ese flujo como una fermentación espontánea del capital. De la misma manera que la estructura económica, social y política pre-industrial sacaba provecho de las afordancias de la tierra, la que se asocia al nuevo régimen ecológico inducido por la industria extrae provecho de las afordancias de la máquina; su carácter automático hace de alguna manera lícita la confusión intelectual que conduce a considerar la ganancia como una virtud cuasi metafísica del capital, simplemente porque una realidad impersonal la hace posible.

La gran diferencia entre estos análisis y los de 1848 se sostiene en que Marx dispone esta vez de medios analíticos mucho más robustos para integrar la transformación integral de la naturaleza con el relato político de la emancipación. Ahora bien, es importante en este estadio anotar que él fue a buscar esos medios allá donde se encontraban, es decir en la reflexividad material inherente al capitalismo industrial: la que producían los ingenieros responsables de la puesta en funcionamiento de las cadenas de producción y de la disciplina fabril. Se sabe lo que Marx le debe a su lectura de la economía política inglesa, la que realiza particularmente en Londres en los años 1850. Colocando su ambición intelectual bajo el calificativo de “crítica de la economía política” (y ya no “crítica del derecho” como fue en caso en 1844), Marx le reconoce a los conceptualizadores de la gubernamentalidad liberal una forma de autoridad sobre su objeto, una capacidad para revelar a pesar de ellos la lógica de la dominación económica. Pero se sabe menos que la lectura que hizo de los técnicos e ingenieros, un poco antes, jugaba ya un rol análogo: tomando en serio los saberes tecnológicos y organizacionales puestos en funcionamiento en los años 1830 para estructurar y racionalizar las manufacturas, permite entrar con pie derecho en la racionalidad industrial. Estos saberes, como los de la economía, tienen en efecto una función rectora que da un acceso directo al régimen práctico del capitalismo manchesteriano, no tal como fue experimentado por sus operadores o teorizado por sus críticos, sino en su planificación efectiva.

A este respecto serán centrales las lecturas de Charles Babbage, *On the Economy of Machinery and Manufactures*, aparecido en 1832, y de Andrew Ure, *the Philosophy of*

---

<sup>82</sup> *Ibid.*, pp. 326 y 327. Es Charbonnier el que subraya el *natural*.

*Manufactures*, de 1835<sup>83</sup>. El análisis de la plusvalía en *el Capital* se lo puede leer como un comentario de estos autores, en particular de Andrew Ure, al que Marx califica como el “Píndaro de la fábrica automática”<sup>84</sup>. Babbage insiste sobre sobre la eficacia motriz del sistema técnico moderno, sobre las consecuencias de la economía de fuerzas que permite la máquina. La contracción y la delegación del esfuerzo, la aceleración que ha sido posible, pero también la marginalización de la acción humana en la cadena técnica, son otras tantas características del nuevo sistema productivo que se resumen claramente en la idea de una economía de medios, naturalmente convertida en beneficios. Como el propio Babbage lo indica, estas reflexiones tienen por objetivo dar una prolongación metódica y efectiva a la parábola de Smith sobre la fábrica de alfileres: lo que al comienzo aparece como una tesis filosófica sobre las ganancias de productividad generadas por la división del trabajo es retomada bajo la forma de un cuaderno de las cargas a destinación del empresario preocupado por racionalizar sus costos de producción. El aporte de Andrew Ure concierne más bien la dimensión disciplinaria del trabajo en fábrica, la aplicación de métodos de optimización de la coordinación y de la jerarquización de las tareas, el ajuste fino de las acciones y de las fuerzas mecánicas en un conjunto armonioso y, también acá, ecónomo<sup>85</sup>. Recuperando categorías introducidas antes podríamos decir que Babbage estudia las consecuencias del crecimiento extensivo, y Ure las del crecimiento intensivo.

Vemos acá cómo se desprende una tendencia que aún es bastante rudimentaria en Proudhon, y que está casi ausente de la obra de Saint-Simon, que consiste en absorber los saberes políticos específicos de la edad industrial. La teoría ricardiana de la renta diferencia, la economía política en general, no son en este sentido diferentes de la tecnología de Babbage y Ure; en términos marxistas son componentes intelectuales, o ideológicos, del modo de producción capitalista, sin los que éste no puede tomar forma. Que la primera se aplique a la tierra y la segunda a las máquinas es al respecto una distinción secundaria, puesto que la una como la otra constituyen más allá de sus diferencias condiciones ideales de acumulación. Y en lo concerniente a la incorporación de la tierra al capital, Marx va por lo demás mucho más lejos que la sola lectura de Ricardo y trata de interpretar el desarrollo de la química agrícola alemana como un saber análogo a la tecnología; si la organización consciente de las fuerzas productivas industriales se ha hecho posible por la aplicación de los procedimientos de economización del trabajo, la organización consciente de la producción agrícola (y por tanto su integración a la lógica capitalista) reposa también ella sobre una autoridad científica, que ofrecerá en este caso un poco más tarde la obra de Liebig.

Aunque los aportes de Liebig tengan una plaza bastante limitada en la economía del *Capital*, su rol estructuralmente análogo a la tecnología hace necesarias algunas aclaraciones. Recordemos también que esta referencia a la química agrícola ofrece asiento a una parte importante de la interpretación ecológica de Marx<sup>86</sup>. Marx descubre a Liebig en los años de

---

<sup>83</sup> Estas dos obras fueron muy rápidamente traducidas al francés <y al español la de Babbage, *Tratado de mecánica práctica y de economía política*, Madrid: Litografía de Martínez, 1835>; Charles Babbage, *Traité sur l'économie des machines et des manufactures*. Paris: Bachelier, 1833; Andrew Ure, *Philosophie des manufactures ou économie industrielle de la fabrication du coton et de la laine, du lin et de la soie*. Paris: L. Mathias, 1836.

<sup>84</sup> *El Capital*, p. 257 del **Librodot.com**

<sup>85</sup> Sobre el aporte de Babbage y Ure al pensamiento de Marx, ver Keith Tribe, “del Taller al proceso de trabajo. Marx, las máquinas y la tecnología”, in François Jarrige (dir.), *Dompter Prométhée. Technologies et socialismes à l'âge romantique (1820-1870)*. Besançon: Presses Universitaires de Franche-Comté, 2016.

<sup>86</sup> Ver John B. Foster. *Marx's Ecology. Materialism and Nature*. New York: Monthly Review Press, 2000.

1860 en un diálogo con Engels<sup>87</sup>. El conocimiento de los mecanismos que presiden la fertilidad de los suelos, y por tanto el dominio parcial de los procedimientos que permiten reconstituir artificialmente esta productividad “natural”, se inscriben con bastante lógica en el marco del materialismo histórico; Engels y Marx ven aquí una componente bienvenida de las ciencias modernas que, mientras juegan su rol en el proceso de la intensificación de la producción, permiten revelar sus tensiones y contradicciones. La breve sección consagrada a la industrialización de la agricultura describe una transformación en el curso de la cual “el modo de explotación más rutinario y el más irracional es reemplazado por la aplicación tecnológica consciente de la ciencia”. Marx precisa luego en un pasaje clave:

Al crecer de un modo incesante el predominio de la población urbana, aglutinada por ella en grandes centros, la producción capitalista acumula, de una parte, la fuerza histórica motriz de la sociedad, mientras que de otra parte perturba el metabolismo entre el hombre y la tierra; es decir, el retorno a la tierra de los elementos de ésta consumidos por el hombre en forma de alimento y de vestido, que constituye la condición natural eterna sobre la que descansa la fecundidad permanente del suelo<sup>88</sup>.

Estas líneas constituyen la principal incursión de Marx en un dominio de estudios entonces muy vivo y abundantemente alimentado por químicos, médicos, teóricos de la ciudad y de la salubridad. La transferencia masiva de materiales de los campos hacia las ciudades, pero también de las periferias coloniales hacia los polos industriales y comerciales (en particular el guano que era un fertilizante importante), desemboca por un lado en acumulación de desechos, de residuos materiales de la actividad humana que no regresan al suelo, y por el otro en la esterilización de porciones enteras del territorio doméstico o exterior. El aporte en nitratos y fosfatos venidos de las periferias coloniales y que se han hecho necesarios por la presión creciente ejercida sobre los suelos europeos, y especialmente inglés, para compensar la erosión de su fertilidad, juega en este sentido un papel importante en la toma de consciencia de las interdependencias químicas y orgánicas. Todos estos procesos, como lo escribe Marx, perturban el metabolismo (*Stoffwechsel*) que estructuraba de vieja data la incorporación de las actividades humanas en ciclos bioquímicos relativamente localizados y cerrados sobre ellos mismos, y por tanto auto-mantenidos.

La economía de la acumulación revela entonces una de sus dimensiones hasta entonces muy poco estudiada, que Marx resume cuando escribe que “todo progreso, realizado en la agricultura capitalista, no es solamente un progreso en el arte de *esquilmar al obrero*, sino también en el arte de *esquilmar la tierra*, y cada paso que se da en la intensificación de su fertilidad dentro de un período de tiempo determinado, es a la vez un paso dado en el agotamiento de las fuentes perennes que alimentan dicha fertilidad”<sup>89</sup>. El hacer equivalentes estas dos formas de pillaje reposa sobre la afinidad entre el proceso de extracción de la plusvalía del trabajo humano por extorsión de un tiempo de trabajo no remunerado y el proceso de extracción de la plusvalía de la tierra por forzamiento químico de los suelos y por la no-compensación de las externalidades, es decir por la acumulación de las poluciones. Desde este punto de vista se asiste a una extensión bastante sorprendente del materialismo

---

<sup>87</sup> Ver por ejemplo la carta del 13 de febrero de 1866 a Engels, en la que Marx se entusiasma a tal punto que llega a escribir que Liebig y Schönbein (científico suizo, fundador de la geoquímica) “son más importantes que todos los economistas juntos”. Marx & Engels. *Cartas sobre las ciencias de la naturaleza y las matemáticas*. Barcelona: Anagrama, 2006, p. 44.

<sup>88</sup> *El Capital*, p. 293 del **Librodot.com**

<sup>89</sup> *Ibidem*.

de Marx, puesto que la dimensión esencialmente sociológica de la alienación del trabajo por el capital se duplica en una alienación de la naturaleza misma.

Pero si nos regresamos al pasaje sobre la ruptura metabólica, y más ampliamente sobre la industrialización de la agricultura, hay que anotar que Marx no solo constata el riesgo de una desestabilización de los procesos fundamentales de la ecología agraria; lo que también está en juego es la modernización de las prácticas sociales de los campos, la eliminación de la “rutina” y de la “irracionalidad” que dominan el modo de vida campesino. Al mismo tiempo que entraba la reconstitución armoniosa de los suelos, y por tanto que corre a su ruina, el desarrollo capitalista amasa en la ciudad lo que Marx llama sin ninguna ambigüedad la “fuerza histórica de la sociedad”. Su obra civilizadora, incluso si compromete la durabilidad (o como se diría actualmente la sostenibilidad de la historia) no está descartada; la conversión a la racionalidad productiva del campesino, que como lo hemos visto representa el elemento del cuerpo social más arisco a la revolución, sigue siendo un objetivo prioritario cualquiera sea su costo ecológico, y en este sentido el empleo de los procedimientos científicos juega un rol positivo. La ruptura metabólica es pues claramente una contradicción emergente del modo de producción capitalista, pero se puede decir que es inherente a la constitución de una clase urbana más masiva, así como a la integración de los campesinos residuales a prácticas de división racional del trabajo, a una experiencia de la alienación que los hará entrar también a ellos en la historia.

\*\*\*

Si consideramos de acá en adelante el conjunto de las reflexiones de Marx sobre la tecnología y sobre la química agrícola, estamos en capacidad de confirmar una idea que ante todo se ha hecho sensible en sus escritos no-científicos. Aparece de forma clara que obtener plusvalía pasa por una reorganización planificada, coordinada e informada por saberes profundos, relaciones colectivas con las fuerzas naturales y con el espacio. La explotación capitalista, antes de ser un escándalo político, es una disposición compleja de recursos, de máquinas y de procedimientos organizacionales que logran obtener más fuerzas humanas y no-humanas ya disponibles. Este excedente, que se identifica con el provecho y que es disimulado como tal por la racionalidad económica naturalizante del liberalismo, es lo que constituye la *diferencia* del capitalismo en la historia humana. Si vamos a tener que ver claramente con un modo de producción específico, será porque ante todo el vínculo entre el hombre y las cosas es comandado por saberes y por habilidades nuevas sobre las que se enganchan asimetrías sociales. Para la mayor parte de los herederos ecologistas de Marx, hay materia para reencontrar en el materialismo histórico una temática marginalizada por el marxismo oficial, la que consiste en asociar explotación de la naturaleza y explotación del hombre. Esta presentación en paralelo no solamente está asentada en los textos, sino que también es perfectamente productiva para una empresa crítica. Tiende sin embargo a descuidar una tensión interna del dispositivo marxiano, en la medida en que se busca integrar la re-disposición espacial y ecológica de las actividades humanas con una reflexión sobre el post-capitalismo.

En efecto se ha observado que, de los textos políticos de juventud a los textos económicos de los años 1850 y 1860, las condiciones en las que se efectúa la socialización de la naturaleza están frecuentemente en tensión con las condiciones generales de la emancipación, con la manera como Marx pinta el acceso a la autonomía real. El campesino subalterno que ve cómo se le prohíbe la recolección de leña en los bosques renanos es a la

vez el símbolo de las resistencias populares contra la apropiación exclusiva de los recursos y una figura de la socialidad pre-moderna y comunitaria; el campesino propietario que la Revolución francesa y la reforma agraria hicieron posible, encarna el compromiso entre las formas burguesas del derecho y el conservatismo político más evidente; y más tarde, la aplicación de procedimientos tecno-científicos a la agricultura acelerará la integración de los campos a la racionalidad industrial, al mismo tiempo que amenazará con arruinar el soporte natural de la producción, y por ende de la historia. Cualquiera sea el nivel en el que uno se coloque, la reorganización territorial y económica que condiciona el movimiento histórico se arruga. Ya sea que se trate de proteger relaciones socio-económicas pre-industriales, y la operación dialéctica de la que es responsable el capital se entorpece; ya sea que el capital se incorpore efectivamente a la tierra, pero entonces las clases campesinas se alían estratégicamente con las fuerzas dominantes, además de que el costo ecológico de este proceso es tal que compromete el devenir social en su totalidad.

El valor socializador absolutamente central que Marx le confiere a la transformación de la naturaleza queda así suspendido a una serie de contradicciones completamente sorprendentes, que amenazan permanentemente con perturbar la lógica dialéctica de la historia.

### La conquista del globo

Otro aspecto del pensamiento de Marx revela estas tensiones internas en la crítica de la economía política. Se trata de sus reflexiones sobre el devenir global del modo de producción capitalista, consignadas en los manuscritos preparatorios y mucho tiempo inéditos de 1857-1858, llamados los *Grundrisse*. Entre los saberes y las representaciones científicas del mundo vehiculadas por el liberalismo, Marx no solo se interesa en la economía política y en la tecnología. La antropología histórica, ese gran relato que inscribe la naturaleza humana en una trayectoria evolutiva que conduce a la libre sociedad, es también objeto de una reapropiación subversiva que se puede resumir así: mientras que Smith y sus herederos cuentan la historia de una humanidad que se deshace progresivamente de sus obstáculos comunitarios para abrir libre curso al individualismo y al intercambio comercial pacífico así como a las artes industriales, Marx considera esta finalidad aparente como una etapa transitoria y negativa. No hace sino preparar la abolición de la propiedad privada y la captación del capital por parte de una élite minoritaria, rebasamiento que condiciona el acceso a la verdadera emancipación. El socialismo genera pues una contra-historia de la humanidad, tan conjetural como aquella a la que se enfrenta, pero que conduce a una redefinición de los mecanismos de acceso a la autonomía.

Esta contra-historia se apoya en una concepción muy elaborada de las condiciones sociales originarias, “anteriores a la producción capitalista”, para retomar el título de una de las secciones de los *Grundrisse*. La unidad primordial entre lo humano y las condiciones naturales se presenta como un punto de partida absoluto, él también natural, que se hace luego objeto de un proceso de escisión, de separación, identificado con la historicidad de la especie misma<sup>90</sup>. Cuando plantea este marco antropológico e histórico, Marx no se contenta con

---

<sup>90</sup> Karl Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858. I*. México: Siglo XXI, 1971. p. 449: “Las condiciones originarias de la producción (...) originariamente no pueden ser ellas mismas producidas, no pueden ser resultados de la producción. Lo que necesita explicación, o es resultado de un proceso histórico, no es la *unidad* del hombre viviente y actuante, por un lado, con las

describir un modo de producción primitivo; da una visión general de lo que puede ser la reflexividad social en dicho contexto. Según él ésta puede estar dominada por la idea de una “sociedad natural”<sup>91</sup>, de una pertenencia inmediata a una comunidad “de sangre, de idioma, de costumbres” que reposa sobre “presupuestos naturales o *divinos*”<sup>92</sup>.

La ideología espontánea de comunidades autosuficientes es pues un naturalismo terrenal que domina la consciencia de una co-pertenencia, de una indistinción, del grupo y de su *Grund und Boden* <Tierra><sup>93</sup>. Este substancialismo es luego relativizado por la emergencia de sociedades de cultivadores, que introducen cierta mediación en la relación con la tierra: la familia especialmente se vuelve entonces el zócalo de una propiedad mejor individualizada, pero que coexiste con espacios comunes, tal como el *ager publicus* de la antigüedad romana<sup>94</sup>. El espacio social se vuelve más complejo, menos indiferenciado, y con él las relaciones colectivas con la naturaleza son consideradas adecuadamente como los productos de una socialización. Se entiende entonces que “como un individuo aislado no podría tener lenguaje, tampoco podría tener propiedad del suelo.”<sup>95</sup>. Pero el anclaje territorial de la consciencia social siempre está estrechamente ligado a las condiciones económicas de existencia; el lugar donde uno vive y aquel del que se saca su subsistencia están entremezclados, y por lo demás es esto lo que garantiza que cada entidad productiva (individuo, tribu, familia) sea dueña de su proceso de reproducción.

Cuando interviene luego la “disolución del comportamiento para con la tierra - terruño- como con una condición natural de la producción”<sup>96</sup>, es decir cuando se interponen mediaciones técnicas y políticas entre los productores asociados y la exterioridad, esta unidad primordial no deja de colorearse, en la forma de un resto, de un vestigio, de la experiencia de la alienación. Si existe la separación, si en definitiva el orden económico se separa de los pequeños grupos sociales que se concebían como “naturales”, a ella sólo se la vive como tal en la medida en que la condición humana parece exigir otra cosa. El espectro de las comunidades sustanciales, del apego religioso al terruño, planea sobre el conjunto de este capítulo, como una exigencia sorda que nada ni nadie puede acallar, ni siquiera el crecimiento del producto de la industria, y que la experiencia de la separación radical iniciada por el modo de producción capitalista no hace sino más sensible.

Se ve claramente a través de este texto cómo se ha subvertido la historiografía liberal. La dinámica del progreso y de la individualización le pone fin ciertamente a las ilusiones naturalistas que enmascaran, para las sociedades primitivas, el carácter necesariamente histórico de las relaciones colectivas con el mundo. Pero si ha sido siempre así, lo que ha sido al precio de una acumulación de los procedimientos alienadores, a la cabeza de los cuales se encuentra la propiedad privada y la apropiación del sobre-trabajo, que mantiene separados el trabajo y sus condiciones materiales. El relato clásico de la autonomización de la sociedad civil frente al poder estatal es sustituido por un relato de la heteronomía económica, agravada

---

condiciones inorgánicas, naturales, de su metabolismo con la naturaleza, y por el otro, su apropiación de la naturaleza..., sino la *separación* entre estas condiciones inorgánicas de la existencia humana y esta existencia activa, una separación total que por primera vez se opera plenamente en la relación entre trabajo asalariado y capital.”

<sup>91</sup> *Ibid.*, p. 452.

<sup>92</sup> *Ibid.*, p. 434.

<sup>93</sup> Esta expresión aparece en *Ibid.*, p. 452, y es traducida por “terruño”.

<sup>94</sup> *Ibid.*, p. 434.

<sup>95</sup> *Ibid.*, p. 445.

<sup>96</sup> *Ibid.*, p. 458.

por el mercado, que confisca los beneficios de lo que en términos actuales se llamaría el “desarrollo”. Solo los mecanismos productivos son analizados de la misma manera que en la tradición liberal, como fermentos de un mejoramiento material, pero es claramente dentro de esta mejora donde toma su lugar la alienación. Ahora bien, digamos una vez más que este dispositivo conceptual sólo se sostiene si se le concede a la unidad primitiva y orgánica entre lo humano y su suelo, un valor antropológico general, cuya significación sociológica y política sin embargo es bien difícil de establecer. Los interrogantes urgentes que se plantean son en efecto los siguientes: ¿cómo transfigurar la alienación económica y jurídica de los hombres y de las mujeres en un medio natural y técnico que ya no tenga que ver con el de las comunidades primitivas? ¿Cómo hacerle justicia a la necesidad de unidad y así exorcizar la desposesión provocada por las disposiciones tecno-políticas identificadas con la “civilización”, sin comprometer las adquisiciones del progreso?

Se encuentran elementos de respuesta en los *Grundrisse*, en la sección que precede inmediatamente estos párrafos de antropología histórica. Se trata en el fondo de una breve teoría del capital como vector de conquista, de extensión ilimitada de las fuerzas productivas, hasta el punto que la lógica del capital se confunde con el orden mundial mismo. Aquí Marx afirma que “la tendencia a crear el *mercado mundial* está dada directamente en la idea misma del capital. Todo límite se le presenta como una barrera a salvar”, añadiendo luego que esta tendencia consiste en “1) ampliar continuamente la esfera de la circulación; 2) transformarla en todos sus puntos en producción fundada en el capital”<sup>97</sup>

Nada podría pues resistirse a la lógica totalizadora del capital, y estaríamos tentados a añadir: de nada sirve tratar de resistírsele. Marx entrega entonces una de las reflexiones más sorprendentes que se conozcan de la eliminación de las fuerzas del capital, que toma la forma de un pensamiento de la conquista del globo. Describe la “la exploración de la Tierra en todas las direcciones, para descubrir tanto nuevos objetos utilizables como nuevas propiedades de uso de los antiguos”, “igualmente el descubrimiento, creación y satisfacción de nuevas necesidades procedentes de la sociedad misma; el cultivo de todas las propiedades del hombre social y la producción del mismo como un individuo cuyas necesidades se hayan desarrollado lo más posible, por tener numerosas cualidades y relaciones; su producción como producto social lo más pleno y universal que sea posible”. Como rara vez en su obra, analiza el capital como “un sistema de explotación general de las propiedades naturales y humanas, un sistema de la utilidad general; como soporte de ese sistema se presentan tanto la ciencia como todas las propiedades físicas y espirituales”. Y este es el signo de la “gran influencia civilizadora del capital”; produce “un nivel de la sociedad, frente al cual todos los anteriores aparecen como *desarrollos* meramente *locales* de la humanidad y como una *idolatría* de la naturaleza”. Y Marx añade finalmente:

La universalidad a la que tiende sin cesar, encuentra trabas en su propia naturaleza, las que en cierta etapa del desarrollo del capital harán que se le reconozca a él como la barrera mayor para esa tendencia y, por consiguiente, propenderán a la abolición del capital por medio de sí mismo<sup>98</sup>

Marx describe aquí la aparición de una segunda envoltura llamada a añadirse a la envoltura terrestre natural; una esfera artificial que engloba el conjunto de las cosas y de las actividades, de aquí en adelante atrapadas en una red de producción y de intercambios que

---

<sup>97</sup> *Ibid.*, p. 360.

<sup>98</sup> *Ibid.*, pp. 361-362.

de alguna manera sólo se refiere a sí misma. La variedad de los climas y de los espacios ofrece una conexión a esta conquista integral del globo multiplicando las ocasiones de producir y de gozar, y convirtiendo en necesaria la interconexión de los lugares y de los humanos. La formación de nuevas necesidades representa en este nuevo contexto la respuesta cultural a las exigencias propias de la tecnoestructura en tanto que ella se auto-acrecienta; el humano del capital es quien confía su realización personal al orden mercantil mundial, lo que garantiza la asociación implícita entre la profundización de la cultura y la realización universal del intercambio. Es difícil encarar una negación más radical de las aspiraciones localistas, del anclaje a la tierra que sin embargo Marx señala en la consciencia social europea. Bajo la conducción de la conquista productiva, se supone que lo humano se honra de una universalidad que suplanta la pertenencia comunitaria y territorial, y que llega incluso a humillarla; por allá donde la “influencia civilizadora del capital” no ha pasado y donde reinan aún los prejuicios teológicos y tradicionalistas, el retraso queda sancionado por la incapacidad de alcanzar el movimiento universal de lo humano y de la naturaleza. Pero, al mismo tiempo, la búsqueda de una unidad fundamental entre ellos se satisface, ya no bajo la forma de la inmediatez de las comunidades de sangre y de raza, sino a través de la participación generalizada en una socialidad productiva a escala planetaria.

Estos pasajes de Marx son sorprendentes porque el filósofo no se abandona tan frecuentemente a tales impulsos descriptivos y utópicos. Sin embargo, la idea subyacente conoce actualmente un cierto éxito con el nombre de “aceleracionismo”, y a través de la denominación barroca (y para decirlo todo: humorística) de *fully automated luxury capitalism* < *capitalismo de lujo totalmente automatizado* ><sup>99</sup>; en efecto, una parte de la herencia marxista ha reinvestido esta idea de una recomposición radical de los aportes ecológicos y sociales por parte de las fuerzas técnicas, con la idea de que la emancipación (también ella radical) sólo se puede alcanzar por esta vía. Evidentemente todo esto entra en contradicción con la identificación que el propio Marx hace de una contradicción ecológica inscrita en el proyecto de incorporación del capital a la tierra. Si el suelo productivo y el territorio habitado no pueden literalmente soportar a largo término y sin patologías graves el forzamiento tecnocientífico al que están sometidos, y que estas disposiciones contienen sin embargo el secreto de un nuevo universal, entonces... el acceso a la autonomía parece comprometido. Cuando piensa las consecuencias de la “ruptura metabólica”, Marx parece darse cuenta tardíamente hasta qué punto él depende de un modo de relación con el mundo dominado por el esquema de la producción; la irreversibilidad de los procesos que esta relación entraña, a un nivel tanto sociopolítico (producir es hacer la historia) como material y ecológico (producir es acumular desechos), no deja ya ningún margen de maniobra a una relación que *no sea productiva*, por no decir *improductiva*. No es un azar si las interpretaciones actuales de su pensamiento están divididas entre una tendencia aceleracionista y una tendencia que, a la inversa, va hacia la sostenibilidad; una y otra heredan a pesar de ellas este efecto de irreversibilidad de la relación productiva, que tiene en Marx el valor de un marco ontológico insuperable. Ya sea que haya que animarlo a que actualice todo el potencial, ya sea que haya que frenarlo para preservar el zócalo ecológico de la reproducción social, será siempre esta relación de producción la que determine la concepción de un horizonte postcapitalista.

---

<sup>99</sup> Para el primero ver Nick Srnicek & Alex Williams, *Inventing the Future, Postcapitalism and a World without Work*, Londres: Verso, 2015; para la segunda, ver Aaron Bastani, *Fully Automated Luxury Communism. A Manifesto*. Londres: Verso, 2018.

La narrativa espectacular de una civilización integralmente capitalista, que es al mismo tiempo una civilización que se concede un estatus de excepción con respecto a la primera naturaleza y con respecto a sociedades hundidas en relaciones no productivas, tiene por interés principal hacer estallar a plena luz del día las tensiones internas del sistema marxista. Hace visible de forma evidente el esfuerzo que debe consentir la sociedad humana para adaptarse a las condiciones de existencia que ella misma está a punto de poner en operación (lo que algunos autores llaman hoy “capitaloceno”), esfuerzo que debe culminar en la abolición de las *formas* capitalistas, único medio de preservar sus *fuerzas*, es decir la abundancia por fin reconciliada con la autonomía. Desde sus primerísimos escritos, Marx trató de pensar juntos la manera como una sociedad organiza sus relaciones con las cosas de las que ella vive (producción) y la manera como ella se encara como cuerpo colectivo que mira hacia el porvenir (reproducción). Ahora bien, sólo existen dos estados estables de esta relación: la forma primitiva donde domina la unidad de los humanos y de sus condiciones de existencia, y la forma postcapitalista, donde se reencuentra esta unidad en la actualización de la socialización de la naturaleza, cueste lo que cueste en el plano ecológico.

Lo de la segunda envoltura terrestre, producida por el pleno desarrollo de las relaciones productivas, es una ficción ecológica cómoda destinada a acoger a la humanidad nueva pero... ante todo una ficción al fin y al cabo; porque en ella están abolidos el espacio, la diferenciación cultural, las limitantes ecológicas (y especialmente el agotamiento de los recursos sobre los que Jevons atraía la atención en aquellos momentos), es decir: todo lo que marca la condición terrícola de la humanidad. Ni la territorialidad, ni la variación cultural, ni el medio constituyen obstáculos al trabajo... de lo universal; según Marx, el único obstáculo verdadero que encuentra el capitalismo en su marcha es su propia forma política y jurídica, la propiedad privada. Sin embargo, como no tardaron en percibirlo sus herederos, la historia no confirmará sus previsiones, y la tarea intelectual que consistía en conectar la lucha por la autonomía y la economía de abundancia deberá ser retomada sobre bases diferentes.

### **Karl Polanyi: proteger la sociedad, proteger la naturaleza**

En el ensayo filosófico que concluye *la Gran Transformación*, “la Libertad en una sociedad compleja”, Polanyi evoca una serie de medidas que deberían tomar las naciones industriales para proteger la naturaleza contra los efectos de su mercantilización. Evoca también la renovación de las explotaciones rurales y de las cooperativas, pero también y más radicalmente la exclusión de los recursos de base de las lógicas de mercado, la creación de parques y de reservas naturales y, en fin la idea de que de los espacios y de las riquezas haya un encargo colectivo<sup>100</sup>. Todos estos elementos indican que el encuadramiento de la naturaleza debe ser según él colocado bajo la tutela de instituciones verdaderamente políticas, es decir de instituciones que lleguen a reflejar el hecho de que la adhesión colectiva al mundo exterior es irreductible al móvil de la ganancia.<sup>101</sup>

<sup>100</sup> *La Gran Transformación. Crítica del liberalismo económico.pdf* Buenos Aires: Quipu, 2007. p.

<sup>101</sup> Sobre esta expresión ver *ibid*, p. 68: <“El mecanismo que el móvil de la ganancia puso en marcha únicamente puede ser comparado por sus efectos a la más violenta de las explosiones de fervor religioso que haya conocido la historia. En el espacio de una generación, toda la tierra habitada se vio sometida a su corrosiva influencia. Como todo el mundo sabe alcanzó su madurez en Inglaterra, en el curso de la primera mitad del siglo XIX, en el surco labrado por la Revolución industrial. Se extendió por el Continente europeo y por América alrededor de unos cincuenta años más tarde.”>

Polanyi formula una concepción muy precoz del movimiento de protección ecológica, que le hace eco a la manera como él problematiza la historia del siglo XIX: el reino del mercado nunca ha reducido a la nada la tendencia de la sociedad a la auto-protección, y el contra-movimiento por el que el colectivo busca resistir a la competencia generalizada está muy profundamente ligado a la manera como él comprende sus relaciones con el mundo material y con el territorio. En otros términos, el valor de la naturaleza no se reduce al problema de su sobre-explotación, pues ella compromete también las adhesiones colectivas al espacio que definen las relaciones sociales. El orden productivo del capitalismo trastoca igualmente el orden espacial, aquel del que hablábamos al comienzo de nuestro recorrido a través de la cuestión de la soberanía, y es esta desestabilización la que ha hecho emerger el interrogante tan vital como tóxico a propósito de esos apegos al territorio, a la identidad.

Lo que más sorprende, si uno se regresa sobre la enumeración de las medidas de protección del medio enumeradas antes, es ver cómo figuran al mismo nivel que las disposiciones que los Estados democráticos han tomado para garantizar el derecho al trabajo sólido así como para tener monedas estables. La protección de las relaciones colectivas con la naturaleza, con la tierra, está pues al mismo rango —en el pensamiento de Polanyi— del que debe aplicarse a las otras dos “mercancías ficticias” que son el trabajo y la moneda; pone en juego a las sociedades modernas en lo que tienen de más singular al mismo tiempo que más frágil, es decir en su capacidad de subordinar sus fundamentos mismos a una razón económica. Esta afirmación nos remite a una interrogación radical sobre lo que está en cuestión cuando se habla de “protección” y, sobre todo, sobre la naturaleza misma del agente que se protege. ¿Cuál es ese *X (soi)* que sufre una agresión de parte del orden económico? ¿Por qué esta entidad debe ser captada al nivel de la adhesión colectiva a la naturaleza? ¿Este apego pre-existe al ataque, o apenas se efectúa en el momento de la prueba?

En el fondo, si *la Gran Transformación* permite anudar estrechamente naturaleza y política es porque Polanyi nos invita a concebir ese vínculo no como una respuesta a la irrupción de los riesgos medioambientales en la civilización industrial tardía, sino como un elemento inscrito de entrada en las especificidades de una política democrática. El socialismo, que según él es el que mejor asume este programa, se define por la ambición de “transcender el mercado autorregulador subordinándolo conscientemente a una sociedad democrática”<sup>102</sup>, subordinación que expresa una tendencia espontánea del cuerpo social a protegerse de lo que lo agrede. El ideal socialista es pues una norma inmanente a lo social, pero que sin embargo está suspendida de determinaciones históricas contingentes, en la medida en que la autoprotección de la sociedad es catalizada por condiciones históricas y económicas bien particulares, pero también porque ese movimiento, como vamos a verlo, puede tomar formas catastróficas, y más peligrosas aún que la estructuración mercantil misma.

Entre los autores de la tradición socialista, y entre los pensadores de las transformaciones del capitalismo en el contexto de las dos guerras mundiales del siglo XX, Polanyi es pues el único que ha ligado explícitamente el rebasamiento del mercado autorregulador y el volver a poner en juego las relaciones colectivas con la naturaleza. Para él, *la identidad filosófica y política de la tradición socialista reside en el hecho de haber dejado abierta la cuestión de las relaciones con la naturaleza, en una época en que ésta tendía a cerrarse irremediabilmente*. Los herederos liberales de Hobbes y de Locke conciben

---

<sup>102</sup> *Ibid.*, p. 367.

en efecto la apropiación por parte del trabajador de una porción de tierra idealmente libre como el motor de la socialización, más radicalmente aún que las tendencias intercambistas. Esta relación fundamental se realiza luego en la economía política, que aseguró la impermeabilidad de la frontera entre por un lado el ideal político de autonomía, al que los hombres sólo accederían una vez regulado el problema de sus relaciones con el mundo exterior, y por el otro, las bases necesitadas de la subsistencia material. Si el paradigma liberal no evacuó la cuestión de la naturaleza, sin embargo él ha limitado estrictamente su alcance. Por contraste, *la reflexión socialista buscó establecerse en un lugar conceptual que le conserva todo su carácter problemático a las formas de la subsistencia, y más generalmente a los modos de relación colectivos con el mundo, y esto contra la tendencia a sólo considerar como políticos los envites propuestos por una resolución previa del problema de la subsistencia.*

Desde entonces nos podemos hacer una idea más precisa de la diferencia que el socialismo pretende introducir en filosofía: se trata de un pensamiento en el que la conquista de la autonomía por parte del cuerpo político no presume regulada (y por tanto como exterior) la cuestión de las relaciones colectivas con la naturaleza. Es esta idea, que estructura más o menos explícitamente los esfuerzos teóricos de Saint-Simon a Durkheim, de Proudhon a Veblen, la que es recuperada, esta vez sin ninguna ambigüedad, en *la Gran Transformación*. Cuando Polanyi define la tierra como una “mercancía ficticia”, es decir cuando piensa la consciencia política de las sociedades modernas como una reacción de protección contra los efectos inducidos por el mercado a ese nivel de realidad, lo que consagra es el movimiento socialista no solamente como un pensamiento material sino como el vehículo principal de la reflexividad medioambiental moderna. La obra construye una reflexión sobre las grandes crisis económicas y políticas que van a conducir a los dos conflictos mundiales, incluyendo permanentemente en su marco las fricciones inducidas por la regulación mercantil de las relaciones colectivas con la naturaleza, y en particular con la tierra. Cuando Polanyi escribe, en un resumen brillante de su tesis general, que “para comprender el fascismo alemán, hemos de retornar a la Inglaterra de Ricardo”<sup>103</sup>, lo que significa dos cosas: primero que hay que considerar la génesis de la economía de mercado a partir de los dispositivos económicos y jurídicos que han constituido la tierra como mercancía (cuya encarnación más ejemplar a su manera de ver es Ricardo, a través de la teoría de la renta diferencial); segundo, que la genealogía terrícola del pacto liberal permite comprender mejor que su degenerescencia histórica toma de nuevo la forma de una desestabilización de las relaciones colectivas con el espacio productivo y vital. La disposición específica que se establece entre el cuerpo social, las mediaciones técnicas y las instituciones económicas, que la tradición socialista ha puesto en el centro de sus consideraciones desde comienzos del siglo XIX, es retomada por Polanyi bajo una forma desembarazada de la teleología histórica anteriormente impuesta por Marx, que tendía a sobrestimar el destino productivo de la civilización global.

La revolución industrial, escribe Polanyi “es simplemente el resultado de un único cambio fundamental: la creación de una economía de mercado. No se puede pues captar plenamente la naturaleza de esta institución si no se analiza bien cuál es el efecto de las máquinas sobre una sociedad comercial. No queremos afirmar que la maquinaria fuese la causa de lo que después aconteció, pero sí insistir en el hecho de que, desde que se instalaron máquinas y complejos industriales destinados a producir en una sociedad comercial, la idea

---

<sup>103</sup> *Ibid.*, p. 68.

de un mercado autorregulador estaba destinada a nacer”<sup>104</sup>. La intervención del maquinismo está así integrada a una transformación más general de las condiciones de acceso a la subsistencia, en las que el mercado es el analizador principal como forma institucional impersonal y específicamente económica. En el remodelado integral de las condiciones de existencia geo-ecológicas que caracteriza la modernidad, la tierra y la máquina aparecen como los puntos de focalización principales del gobierno liberal, porque ellas constituyen sólidos apoyos materiales para desencadenar la lógica de exclusión y de intensificación sobre la que él cree reposar.

Polanyi propone en el fondo un análisis histórico de la mutación sufrida por el liberalismo agrario en el momento de la revolución industrial. Y al hacerlo ofrece una contribución de las más importantes para una historia política de la naturaleza —o una historia material de la libertad— en los tiempos modernos. Pero, en el mismo gesto, propone también una respuesta a la reconstitución del paradigma liberal que ya estaba en curso de elaboración a mediados del siglo XX. Sus principales representantes son bien conocidos: Friedrich Hayek, en *la Ruta de la Servidumbre* y Karl Popper en *la Sociedad Abierta y sus Enemigos*, publicados respectivamente en 1944 y 1945, se estaban esforzando por mostrar que el proyecto de emancipación liberal seguía siendo la mejor garantía contra la constitución de los poderes coercitivos, que resultaba de un deseo de control social característico del esfuerzo de guerra. La planificación estatal y el reclutamiento social, que según ellos dos son las características comunes del socialismo y del totalitarismo, son descritas en estas obras como los efectos de una autonomía de la tecnoestructura que tiende a dictar, a través de la autoridad de los expertos tecnocráticos, su ley a una sociedad civil reducida al esquema de una movilización industrial integral<sup>105</sup>.

Este argumento, que en realidad fue puesto a punto un poco antes por el periodista estadounidense Walter Lippmann<sup>106</sup>, tiene la astucia de permitir hacer del pacto liberal un instrumento de protección contra las tendencias industriales, contra el mito de la abundancia. Hayek en particular, interpreta el dogma socialista y totalitario como una manera de obtener de manera forzada, no espontánea, una prosperidad material que termina por estar en desacuerdo con el proyecto de autonomía. Ebrios de las posibilidades de mejoramiento aportados primero por la economía política liberal e impacientes por realizar todas sus promesas, los pueblos occidentales finalmente se habrían acomodado a un sistema que les garantizaba la conquista ilimitada de la riqueza a cambio del sacrificio de las libertades públicas y personales, sistema que comenzó por perfeccionarse durante la guerra. Frente a esta deriva culpable de la codicia humana, los liberales pueden entonces reconstituir el argumento tocqueviliano clásico: las promesas de libertad, dice Hayek, “se combinaron a menudo con irresponsables promesas de un gran incremento de la riqueza material en una sociedad socialista, pero no era de una victoria tan absoluta sobre los bienes de la naturaleza

---

<sup>104</sup> *Ibid.*, p. 80.

<sup>105</sup> Antes de Polanyi, el sociólogo Karl Mannheim trató en 1940 una respuesta a este argumento en *Man and society in an Age of Reconstruction, Collected Works*, vol. 2, Londres: Routledge, 1997 <*el Hombre y la Sociedad en época de crisis*. Madrid: Centro de investigaciones sociológicas, 2018>.

<sup>106</sup> Ver por ejemplo, *the Good Society*. Boston: Little, Brown & Co., 1937. Hayek reconoce esta deuda en el *Camino de la Servidumbre*, Madrid: Unión Editorial, 2008, p. 116, lo que no le impide un cierto número de malos entendidos políticos entre ellos, puesto que Lippmann defiende un liberalismo progresista típicamente norteamericano, salido en particular de medidas de encuadramiento de la propiedad privada que Hayek rechazó todo el tiempo.

de donde se esperaba la libertad económica”<sup>107</sup>. Dicho más simplemente: el liberalismo nunca ha prometido la abundancia absoluta, porque se trata ante todo de una doctrina de la limitación del poder, tanto político como económico. Las denegaciones de Tocqueville sobre el tema del costo terrenal y ecológico de la emancipación norteamericana funcionan siempre, a mediados del siglo XX: sólo el mercado libre es capaz de hacer primar los intereses espirituales del individuo sobre sus intereses materiales, porque él tiene su propio ritmo, susceptible de ser lentificado, temperado. Se requerirá el paciente análisis de Polanyi para mostrar por el contrario hasta qué punto la sociedad de mercado que se puso en operación en la época de Ricardo y que se intensificó por la revolución industrial es indisociable de una mutación geo-ecológica decisiva.

### **El desempotramiento**

Entre las evoluciones políticas de la primera modernidad, el movimiento de los encerramientos que atravesó Inglaterra desde los siglos XVII y XVIII juega un rol decisivo según Polanyi, puesto que creó las condiciones jurídicas y demográficas de la separación entre el trabajo y la tierra. La conversión de los comunes del pueblo en tierras de pastura para las ovejas, la construcción de una economía de la renta de la tierra y del comercio, y la subordinación de las economías de subsistencia a la razón mercantil... constituyen los diferentes aspectos de un movimiento de reforma que define la primera modernidad. Este movimiento corresponde bastante bien a lo que esbozaba Adam Smith en el libro IV de la *Riqueza de las Naciones*, pero también a la tentativa de análisis efectuada por Marx bajo el concepto de acumulación originaria. En efecto, si Smith había visto bien que la economía política era solidaria de las disposiciones gubernamentales por las que Inglaterra trataba de ganar la apuesta en el espacio comercial europeo, es decir también mundial, veía en las rivalidades y en las desigualdades sociales que ellas producían una fase temporal en la conquista de la libertad y de la paz. Y de cierta manera, Polanyi es el heredero de esta reflexión sobre las relaciones entre la economía política y lo que el conviene en llamar “políticas económicas”, pero añadiendo para ello que la “paz de cien años”<sup>108</sup>, obtenida bajo el reino del credo liberal no podía ser sino un compromiso pasajero en una dinámica llamada a provocar tarde que temprano su propia explosión.

Por el lado de Marx, la afinidad es naturalmente más estrecha en la medida en que Polanyi se da por objetivo implícito desplegar históricamente el principio de la acumulación originaria definiendo para ello los marcos en los que esta dinámica se planteó. Pero la distancia introducida es cuando menos significativa, puesto que según Polanyi, es una sucesión de decisiones deliberadas por parte del Estado la que dio lugar a la formación de la sociedad de mercado, la que no es pues reductible a la acumulación del capital por los medios propios de la economía. Es esta reflexión sobre las relaciones entre Estado y economía la que puso a Polanyi sobre la pista de una idea central: la potencia pública aparece al mismo tiempo

---

<sup>107</sup> *Ibid.*, p. 113. En este pasaje Hayek opone explícitamente Tocqueville a Saint-Simon, confirmando retrospectivamente que es claramente en torno al pensamiento de estos autores que se anuda el debate sobre la materialidad de la autonomía.

<sup>108</sup> La “paz de cien años” es el período que se extiende de 1815 a 1914, y en el que el credo liberal que consistía en hacer emerger un mercado autorregulador efectivamente contribuyó a garantizar un “pacifismo pragmático” fundado en alianzas de intereses que no sobrevivieron a la polarización del juego político europeo en torno a dos grupos antagónicos. Cfr. *la Grand Transformación*, *op. cit.*, pp. 25-49.

como el impulso decisivo de la mercantilización y la instancia que será luego llamada a instituir medidas de protección contra sus consecuencias.

Pero el desempotramiento de la economía no terminó verdaderamente sino en 1834, según Polanyi. En efecto, fue en esta fecha que, luego de una campaña ideológica que moviliza a los principales representantes de la economía política, y en particular a Townsend, Malthus, Ricardo y James Mill, las Poor Laws se abolen definitivamente<sup>109</sup>. Estas leyes antiquísimas aseguraban un ingreso mínimo, principalmente financiado por las parroquias, a los trabajadores que se encontraban excluidos a la vez de la economía campesina y de las oportunidades ofrecidas por el asalariado proto-industrial. Los economistas, fundando lo esencial de su argumentario sobre la incitación negativa que constituían esas redes de seguridad sociales y sobre las pérdidas de productividad que ellas causaban a nombre de la caridad, pensaban demostrar que la aplicación estricta de las “leyes naturales” deducidas de la búsqueda individual del provecho garantizaban un óptimo social. Al abandonar los principios asistenciales que ponían trabas a la emergencia de un verdadero mercado del empleo y conducían la potencia pública a intervenir en la economía, la precisa articulación entre abundancia y libertad iba a poder aparecer.

Estas leyes naturales del intercambio que forman el telón de fondo de la lucha contra los sistemas que buscan proteger de la gran pobreza, son al mismo tiempo, como ya lo hemos evocado, leyes de la vida y de la muerte. La prueba de la pobreza no invoca en efecto una compensación fundada en el valor incondicional de las personas y de la vida, sino una sumisión a las reglas impersonales de la naturaleza, que terminan siendo al mismo tiempo las de la renta de la tierra.

La pobreza era la naturaleza que sobrevivía en la sociedad; el que la cuestión de la cantidad limitada de alimentos y el número ilimitado de hombres se haya planteado en el momento mismo en el que llovía del cielo la promesa de un crecimiento sin límites de nuestras riquezas, hace aun más amarga esta ironía. Fue así como el descubrimiento de la sociedad se integró en el universo espiritual del hombre (...)<sup>110</sup>

El “descubrimiento de la sociedad” designa aquí el esfuerzo realizado por los economistas para darle una consistencia intelectual a la ley del mercado, es decir para colocar bajo la autoridad de la ciencia los principios de justicia y los procesos de veridicción que él rige. Como lo muestra en particular el análisis de Townsend<sup>111</sup>, la regulación espontánea de la población por el acceso (o no) a los recursos constituye la trama biológica insuperable que la economía no debe buscar descartar, a no ser que quiera introducir patologías más graves aún.

Pero, para que esta ley reputada natural se concrete, todavía se hace necesario que el Estado le garantice al capital un acceso óptimo a la naturaleza y a sus recursos. Es preciso que las leyes de la renta de la tierra se puedan aplicar sin excepción, sin una presión fiscal demasiado importante. Dicho de otro modo, la concepción de la naturaleza como recurso es contemporánea de la instalación de la sociedad de mercado y constituye una de sus condiciones de posibilidad. Esto es lo que explica la centralidad de los encerramientos en esta historia; no se trata ciertamente de un punto de vista estrictamente empírico, de una faceta de la modernización social, sino que es una de las que evidencia de mejor forma la

---

<sup>109</sup> *la Grand Transformación, op. cit.*, caps. 7 y 8.

<sup>110</sup> *Ibid.*, p. 146.

<sup>111</sup> *Ibid.*, pp. 190 y ss.

focalización de actores u de instituciones sociales muy diferentes en torno a una realidad específica que es la tierra. Si el medioambiente llegó a constituir la apuesta central para los modernizadores, es en efecto porque la liberación de las riquezas de la tierra era considerada como el margen de maniobra principal de los gobernantes con respecto a un modelo feudal gravado de servidumbres, de limitaciones<sup>112</sup>. En una naturaleza finita, la economía política debe sacar un provecho óptimo de la tierra para compensar bajo forma de rentas generosas su avaricia intrínseca. El mejoramiento de la tierra, ya teorizado por Locke, y que Polanyi presenta como el objetivo central de las políticas económicas modernas<sup>113</sup>, da testimonio claro de que la formación de una nueva actitud con respecto al suelo y a sus propiedades productivas ha jugado un papel clave en la Europa de los siglos XVII y XVIII.

En un texto de 1947, “Our obsolete market mentality”<sup>114</sup>, Polanyi hace de la rareza la noción clave para captar este fenómeno. En efecto, el mercado instituye una forma de relación social específica, en donde la mercancía es una mediación primordial entre personas definidas por sus intereses y su capacidad para satisfacerlos. En estas condiciones la escasez es claramente la “forma genérica de la dependencia con los objetos tal y como la instituye la separación mercantil”<sup>115</sup>, como lo ha subrayado recientemente André Orléan. Si se adopta la interpretación de Polanyi, significa que la escasez instituida permite hacer funcionar el móvil de la carencia, incluso cuando la subsistencia no está en juego, por ejemplo cuando se constituyen los stocks. Mientras que la economía moderna se formula como una liberación, por medios políticos, jurídicos y técnicos, de las capacidades productivas de la tierra, ella hace de la carencia el resorte central del actuar económico, ella hace de la falta el resorte central de la acción económica, incluidos los momentos en los que la sobrevivencia no está en juego<sup>116</sup>. La abundancia material relativa que se ha hecho posible por la optimización del uso de las tierras no es pues una abundancia socialmente realizada, puesto que el acceso a los bienes vitales está condicionado por un mercado donde las necesidades entran en competencia las unas con las otras.

El dispositivo medioambiental, técnico y jurídico que constituye la escasez no hace sino desarrollarse cada vez más en proporciones crecientes con el paso a una economía del carbón a partir de mediados del siglo XIX. En efecto, la energía térmica obtenida de la combustión del carbón no solamente pone en marcha las máquinas sino que, por su intermediación, es el despliegue económico general el que allí se añade. Por primera vez en la historia de las sociedades humanas, la energía se vuelve una mercancía, una realidad reificada manipulable como tal, independientemente de los soportes orgánicos (hombres, animales) o técnicos (molinos) a los que estaba antes adherida. El carbón permite pues subordinar la energía misma a la lógica del mercado y de la escasez, es decir de condicionar el despliegue material de la economía a la lógica descrita precedentemente, algo que antes

---

<sup>112</sup> Sobre estas cuestiones ver una vez más los trabajos de Fredrik Albritton Jonsson & Paul Warde.

<sup>113</sup> Ver *la Gran Transformación*, cap. 3, “Moradas versus mejoras” y en especial el extracto de un documento presentado a las Cámara de los Lores en 1607: «El hombre pobre verá colmados sus deseos: la vivienda; y el gentilhomme no verá peligrar los suyos: las mejoras». Véase *ibid.*, p. 86. Se notará evidentemente el eco ulterior de la noción de mejora en el pensamiento de Locke (*cf.* cap. 2).

<sup>114</sup> Ver *Essais*, pp. 505-520.

<sup>115</sup> André Orléan. *L'Empire de la valeur*. París: Seuil, 2011, p. 133. < <http://dx.doi.org/10.18601/01245996.v17n33.19> >

<sup>116</sup> Sobre este punto ver Marshall Sahlins, *Edad de Piedra, edad de la abundancia*. Madrid: Akal, 1987.

no era posible<sup>117</sup>. Sin embargo, esta configuración confirma ampliamente el análisis de Polanyi: meter a la naturaleza en la economía aparece como la apuesta central de las políticas modernas, y esto tanto más cuanto que los medios técnicos pronto hicieron explotar la cantidad en bruto de energía socialmente disponible, y por tanto de las extracciones efectuadas en el medio. Las transformaciones agrícolas y las transformaciones industriales están separadas por un tiempo de latencia de muchos decenios, para no hablar de muchos siglos, pero, más allá de estas diferencias técnicas y cronológicas, es la misma lógica la que se amplifica.

Incluso si el socialismo hizo de la industria su referencia principal en el siglo XIX, al punto que se puede calificar de “filosofía industrial” al pensamiento socialista de la primera generación, el de Owen y Saint-Simon, el hecho de atenerse en análisis histórico en los problemas de la tierra, hace emerger un problema que Marx, tanto como los liberales, no pudo entrever: la captación de la protección de la tierra por parte del movimiento conservador.

### **Socialismo, liberalismo, conservatismo**

Ahora necesitamos regresar a ese enigmático enunciado: “Para comprender el fascismo alemán tenemos que volver a la Inglaterra de Ricardo”.

La naturalización de la sociedad por parte del credo liberal, que organiza lo esencial de las relaciones entre Estados y mercados durante la “paz de cien años”, que comanda la elaboración del derecho de propiedad moderno, pero también (y no lo podemos olvidar) una buena parte de las aventuras coloniales del Impero británico<sup>118</sup>, induce lo que Polanyi llama un contra-movimiento. Designa por medio de este término al conjunto de los mecanismos que se encajan para proteger al colectivo social contra las patologías del mercado. Este contra-movimiento es a la vez el tema y el soporte sociológico de toda la literatura socialista, que captura a fondo el deseo colectivo de instituir derechos humanos, económicos y sociales contra la sumisión al orden económico. Más allá de la emergencia de una cultura obrera de resistencia, las demandas de justicia que se escuchan sobre el fondo del sufrimiento de los trabajadores conducen a un redescubrimiento de la sociedad, que se afirma esta vez como la necesidad de trascender las leyes del mercado. Puesta al día una primera vez por los economistas bajo la forma de una entidad colectiva naturalizada, la sociedad es reconceptualizada por el movimiento social, para aparecer bajo rasgos enteramente nuevos.

---

<sup>117</sup> Ver Andreas Malm, *Capital fósil*. Capitán Swing, 2020 < Cuanto más sabemos sobre las consecuencias catastróficas del cambio climático, más combustibles fósiles quemamos. ¿Cómo terminamos en este lío? En este magistral documento de historia, Andreas Malm afirma que todo comenzó en Gran Bretaña con el auge de la energía de vapor. Pero, ¿por qué los fabricantes pasaron de las fuentes tradicionales de energía, en particular los molinos de agua, a un motor de carbón? Contrariamente a las opiniones establecidas, el vapor no ofrecía ni una energía más barata ni más abundante, sino un control superior del trabajo subordinado. Animado por los combustibles fósiles, el capital podría por fin concentrar la producción en los sitios más rentables y durante las horas más convenientes, como continúa haciéndolo hoy. Desde el Manchester del siglo XIX hasta la actual explosión de las emisiones en China, desde el triunfo original del carbón hasta el estancado cambio hacia las energías renovables, este interesante estudio se centra en el corazón candente del capital y demuestra, con una profundidad sin precedentes, que bajar la temperatura requiere emprender un derrocamiento radical del orden económico actual. La editorial >

<sup>118</sup> El principal teórico de la colonización, Wakefield, es por ejemplo un fiel heredero de la escuela ricardomalthusiana. Cfr. Edward Gibbon Wakefield (1849). *A View of the Art of Colonization*. Cambridge: University Press, 2014.

La entidad colectiva más tarde manipulada por los sociólogos, con referencia a las que deben ser pensadas las solidaridades morales e intelectuales que aseguran la cohesión de un grupo, encuentra su raíz en la puesta bajo tensión de esos lazos de cooperación por el orden económico.

Polanyi concibe pues el nacimiento de las ciencias sociales mismas como uno de los contra-golpes de ese proceso histórico de alguna manera hendido. Por “nacimiento de las ciencias sociales” es preciso entender aquí la aparición de un lugar epistémico nuevo sostenido por regularidades inmanentes, es decir irreductibles al ejercicio de un poder exterior represivo, o al despliegue de una providencia natural. La puesta a prueba de las condiciones de existencia bajo el principio de la mercantilización del trabajo y de la tierra, que a veces ha sido empujado hasta su término cuando ellas han sido reducidas a la simple sobrevivencia, ha hecho que aparezca por contraste el carácter implacable de una ley social descuidada por los economistas: la sociedad busca defenderse de lo que la agrede. De ahora en adelante disponible como categoría de pensamiento y de acción, la idea de sociedad nació de la constatación según la cual las variaciones a veces dramáticas que se imprimen en el cuerpo colectivo no hacen sino priorizar un plano de realidad específico. Si algo puede y debe reaccionar a los cambios en curso para ajustarse bien, es debido a que esa cosa existe y plantea normas a partir de ella misma. Este *cogito* sociológico fue reformulado por Polanyi al final de su vida, en un texto que designa más precisamente la técnica como operador del montaje de la prueba: “la tela de la sociedad era invisible hasta que fue revelada por su contacto con las máquinas”<sup>119</sup>. O dicho de otro modo: sólo las evoluciones técnicas y geológicas más rápidas experimentadas en el siglo XIX han estado en capacidad de poner a prueba de verdad al mundo social, y de priorizar el hecho de que “ya no se trata de un simple agregado de personas” sino de una realidad que se la puede encarar “en su permanencia”<sup>120</sup>.

La crítica socialista piensa vincular una cierta verdad con respecto al colectivo con una experiencia histórico concreta de desposesión. Y haciéndolo, devela la incapacidad del paradigma liberal para dar cuenta a las formas de socialización del mundo que prevalecen bajo un régimen de productivo y mercantil. Lo que estudiamos es lo que hemos llamado antes la exaptación del liberalismo, el desajuste entre el zócalo material sobre el que se constituyó la concepción clásica de la autonomía, la planteada por los Ilustrados y los economistas, y el nuevo zócalo material aparecido en el siglo XIX. Es la razón por la que la tesis del descubrimiento de lo social con ocasión del trastorno operado de sus relaciones con el mundo, toma una significación más profunda aún. Pues, si una conexión se establece entre el régimen de pensamiento socialista-sociológico y la reconfiguración brutal de las relaciones colectivas con la naturaleza, la organización política del contra-movimiento —la forma efectiva que van a tomar el redescubrimiento y la autoprotección de la sociedad— sólo se realiza de forma imperfecta.

Polanyi escribe: “La oposición a la movilización de la tierra constituyó la trama sociológica de fondo de esta lucha entre el liberalismo y la reacción, que tanto peso ha tenido en la historia política de la Europa continental del siglo XIX”<sup>121</sup>. El término “reacción” designa en principio a la vez el socialismo y el conservatismo, que son las dos encarnaciones políticas de la oposición al credo liberal, pero todo el problema es que la variante

---

<sup>119</sup> “La máquina y el descubrimiento de la sociedad” (1957), in Karl Polanyi, *Textos escogidos*. Buenos Aires: Universidad Nacional del General Sarmiento, 2012.

<sup>120</sup> *Ibid.*

<sup>121</sup> *La Gran Transformación*, p. 299.

conservadora, reaccionaria, se ha impuesto sistemáticamente por encima del socialismo cuando fue cuestión de introducir la tierra en el juego político.

En efecto, la presión ejercida por la economía sobre la tierra afecta no solamente sus capacidades intrínsecas de reconstitución, es decir su fertilidad a largo plazo, sino también la capacidad que tiene los hombres para pensar su organización social bajo la forma de una relación colectiva con un espacio común. Conforme a la idea según la cual la sociedad sólo se descubre a través de las modificaciones de sus relaciones con el mundo, Polanyi afirma que “la tierra es un elemento de la naturaleza inexorablemente entrelazado con las instituciones del hombre”<sup>122</sup>; en tanto que factor de producción, la naturaleza es “inseparable de los elementos que constituyen las instituciones humanas”. Si “el hombre y la naturaleza son prácticamente uno en la esfera cultural”<sup>123</sup>, es esta unidad la que se pone en suspenso debido a las transformaciones económicas modernas que le imponen al medio constreñimientos incompatibles con el mantenimiento de relaciones equilibradas, dicho en una palabra: sostenibles. Pero Polanyi completa inmediatamente sus afirmaciones escribiendo que “la función económica no es sino una de las numerosas funciones vitales de la tierra” para el trabajador. A lo que hay que añadir que ella es también el “lugar que él habita” y “una condición de su seguridad material”. Dicho de otro modo, una concepción social de la naturaleza se encuentra partida entre dos acepciones diferentes: por un lado, un esquema económico hace de la naturaleza una instancia productiva, algo de lo que se pueden obtener frutos; y por el otro lado, la naturaleza es pensada a partir de un esquema espacial, territorial, bajo el que se declinan las dimensiones del hábitat y ordenamiento territorial. Son estas dos dimensiones las que la generalización contemporánea del término “medio ambiente” ha vuelto indistintas; y si bien parece necesario pensarlas juntas, como busca hacerlo Polanyi, es también igualmente importante tener en cuenta los efectos que ha podido producir su larga disociación.

Pues en realidad, es claramente la interpolación de una naturaleza productiva con una naturaleza espacial la que está en la raíz de las dificultades que se tiene para traducir políticamente la voluntad de proteger las relaciones colectivas con el mundo exterior. En efecto, colocar la tierra en régimen de mercado, es atentar contra los modos de producción tradicionales que jugaban un rol central en la cohesión social, simplemente porque a través de ellos las masas populares pensaban al mismo tiempo su condición económica y su condición social. La disolución de este régimen histórico en el momento de los cercamientos ha afectado de manera lateral el hecho de que los individuos se vivan como estando ligados a un suelo, a un lugar, es decir a la dimensión que se podría llamar de manera muy problemática como “identitaria” de la naturaleza-espacio. Desde el momento en que la tierra sólo se incorpora al mundo social a través de contratos, y por tanto *via* la propiedad capitalista, el vínculo tradicional entre el lugar de producción y al apego simbólico a una “región” <”pays”> se rompe, para dar lugar a un universo en el que las relaciones políticas con la naturaleza debe vivirse de un modo radicalmente nuevo. Lo que se podría llamar la geografía cultural de las sociedades europeas en el siglo XVIII, que no dejaba de tener conexiones con el sistema de solidaridad y de obligaciones comunitarias que E. P. Thompson llamará “economía moral”<sup>124</sup>, es un elemento central de la manera como ellas se conciben y como

---

<sup>122</sup> *Ibid.*, p. 291.

<sup>123</sup> *Ibid.*, p. 271.

<sup>124</sup> Edward P. Thompson. “the Moral economy of the English crowd in the eighteenth century”, *Past & Present*, 50, 1971, pp. 76-136.

conciben su vulnerabilidad con respecto a las transformaciones económicas. Es a partir de esta constatación que Polanyi hace su diagnóstico: *la clase terrateniente, aristocrática, ha estado en posición de encarnar la protección de la tierra, no porque ella desarrollara un discurso sobre la vulnerabilidad del entorno o sobre su sobreexplotación, sino porque ella reactivó las temáticas tradicionalistas de la identidad local y del derecho consuetudinario para hacer uso del suelo natal, en una época en la que ya se había marchitado el vínculo arcaico entre las condiciones de subsistencia y el lugar con el que uno se identificaba.*

El movimiento histórico señalado por Polanyi es de una ironía totalmente trágica. Mientras que las clases terratenientes han estado en la primera línea del movimiento de levantamiento de cercados en el siglo XVII, y por ende de la mercantilización de la tierra, ellas lograron dos siglos más tarde volverse la voz de una resistencia a la economía capitalista hecha a nombre de la adhesión colectiva a la tierra. Esta voltereta ideológica, Polanyi la interpreta como una capacidad de la aristocracia a encontrar para ella una nueva función en un mundo profundamente trastornado por la modernización, es decir: reinventarse una vocación política en una época en que su autoridad estaba más que cuestionada. De este modo, desde el punto de vista de las clases industriales, es decir de la burguesía, pero también de los movimientos obreros, el campesinado mundial aparecía como una “masa amorfa de reaccionarios”<sup>125</sup>. Por lo demás es algo que las declaraciones de Marx sobre el tema de los campos ilustran bien. En las configuraciones políticas del siglo XIX europeo, la protección del suelo como base productiva y zócalo de las identidades se encontró asociada a la defensa de los intereses aristocráticos, así como también más ampliamente a las fuerzas reaccionarias que son el clero y el ejército, dos funciones sociales salvaguardadas por las antiguas élites privadas de sus funciones políticas. O dicho de otro modo, un juego de alianzas de intereses y de asociaciones conceptuales echó la tierra en brazos de las fuerzas conservadoras, mientras que las relaciones sociales con la naturaleza constituyen una dimensión fundamental de la experiencia colectiva, que ellas hacen parte del pliego de condiciones de la institución democrática de la sociedad.

De manera más simple, el potencial democrático contenido en la crítica del ensamblaje naturaleza-mercado ha sido desviado por fuerzas que sólo representaban intereses bien comprendidos, y la vulnerabilidad de la tierra como función económica y lugar de vida fue nuevamente traducida en un temor por la integridad de la nación, mitológicamente definida como unidad de un suelo y de un pueblo. A partir de entonces se comprende mejor cómo la búsqueda de una socialidad terrenal frente a las derivas del mundialismo financiero ha podido tener un tal efecto de confusión de los referentes políticos e intelectuales; el “retorno a la tierra” siempre fue susceptible, como Georges Canguilhem también lo había visto, de colarse en la retórica conservadora: “el honor del campesinado se sostiene en el sentimiento de que a él le toca asegurar la unión de la naturaleza con la sociedad”<sup>126</sup>; y si este honor termina siendo humillado por la subordinación (real o sentida) de esta población a élites urbanas movidas por el provecho, entonces la oscilación de los campos hacia las ideologías reaccionarias es inminente.

---

<sup>125</sup> *La Gran Transformación*, p. 298. Naturalmente que la generalización que Polanyi hace del caso inglés a toda Europa requeriría de algunos matices. La historia política de los campos europeos entre los siglos XVI y XIX no obedece de manera uniforme al modelo aquí propuesto, y la especificidad del caso francés supondría por ejemplo aclaraciones. Cfr. por ejemplo M. Agulhon, *la République au village*, París: Plon, 1970, que desarrolla un caso de adopción de la democracia republicana en una región rural.

<sup>126</sup> Georges Canguilhem, “los Campesinos y el fascismo”, in *OEuvres complètes, t. I: Écrits philosophiques et politiques, 1926-1939*. París: Vrin, 2011, p. 558.

A menudo se ha notado el carácter contradictorio del “doble movimiento” que caracteriza las relaciones entre Estado y mercado; el primero establece las condiciones jurídicas para que el segundo se autonomice (o dicho como lo escribe Polanyi: el dejar-hacer estuvo planificado), para luego imponerle límites a esa autonomía y proteger el tejido social fragilizado, imponiéndole una cierta disciplina al capital y protegiendo para ello el trabajo, la salud. Ahora bien, en lo concerniente a la tierra, estas contradicciones están elevadas al cuadrado: no solamente el movimiento de “regreso a la tierra” está históricamente comprometido con lo que él presenta como su enemigo (al menos en Inglaterra, la aristocracia fue responsable del levantamiento de los cercados y se aprovechó ampliamente de ellos), sino que presenta como fuerza crítica a un grupo social que recluta sus principales representantes entre la pequeña minoría de propietarios de tierras. Y a esto se va añadir que el movimiento de protección plantado a la tierra deja progresivamente de tener como meta los efectos específicos del mercado para dedicarse a la emergencia de un nuevo actor político potencialmente peligroso para sus intereses, a saber, el movimiento obrero. Fue así como, según Polanyi, a partir de la Primera Guerra mundial, la protección de la tierra se identifica con el proteccionismo agrario, cuyo objetivo principal es la emancipación con respecto a las dependencias económicas externas. Después de 1917, el espectro del enemigo bolchevique radicalizó aún más esos temores y las disposiciones tomadas contra ellos; mientras que la autarquía “se cernía sobre la economía de mercado desde sus comienzos”<sup>127</sup>, puesto que el ideal de abundancia y de progreso tenía por contrapartida atar juntos el destino de las diferentes naciones para lo mejor como para lo peor, este horizonte se volvía entonces la ambición explícita de numerosos gobiernos europeos.

La emergencia del fascismo, es decir de la alianza inédita entre los intereses capitalistas de los grandes propietarios, la afirmación de la nación como espacio insuperable de la soberanía, y el antiparlamentarismo... es pues el producto más desastroso de los movimientos de protección contra los efectos desintegradores del mercado, no solamente porque condujo a la catástrofe de la Segunda Guerra mundial, sino también porque corresponde al abandono de la tierra, de la naturaleza, en tanto que dimensión legítima de la autoprotección de la sociedad, es decir en tanto que apoyo para una cultura política democrática. El fracaso del proyecto socialista tal como lo entiende Polanyi, y más ampliamente de la resistencia a la tentación fascista, tuvo que ver con que no supo incorporar duraderamente el que “la tierra es un elemento de la naturaleza que está inextricablemente entrelazado con las instituciones del hombre”. En realidad, se lo impidió la apropiación y el desvío de esta problemática por parte de una clase socialmente opuesta a las que sostenían las exigencias de limitación del mercado, y por la convicción dominante en sus rangos según la cual la tierra es en sí y eternamente una preocupación reaccionaria. El abandono por parte de los movimientos democráticos, y especialmente por el socialismo, del envite político que constituye la naturaleza, ha dejado pues el campo libre a una recuperación de este desafío por parte de los movimientos contrarios.

Pero lo que constituye la potencia de la reflexión de Polanyi es que ella logra mantener juntas la idea de una alianza fundamental de la sociedad y de la naturaleza, de los hombres como actores económicos y políticos con su medio, y la oposición sociológica de circunstancias entre los portadores del conservatismo agrario y los movimientos socialistas. Esta oposición traduce pues la alternativa nefasta entre, por un lado un movimiento de protección de la sociedad contra los efectos del mercado que sacrifica lo que la sociedad tiene

---

<sup>127</sup> *La Gran Transformación*, p. 307.

que ver con la tierra, y por el otro lado un movimiento de protección de la sociedad que se formula como un ilusorio retorno a las estructuras sociales de antes de la modernidad, pero que se han vuelto extrañamente compatibles con el capitalismo<sup>128</sup>. Lo que está en cuestión implícitamente aquí es también el lazo entre el socialismo bajo su forma más amplia y más ambiciosa, y la cuestión obrera *stricto sensu*, o más precisamente la oportunidad de definir el socialismo a partir de las solas funciones industriales de la sociedad, como Marx lo había hecho.

Tenemos que reconocer que la formación de una clase exclusivamente girada hacia la producción industrial tenía en su tiempo algo de absolutamente espectacular, y es esto lo que explica en gran medida la focalización de las críticas de la economía política sobre el problema de la producción y de la suerte reservada a sus operadores; según Saint-Simon, es por y para la producción que debe darse la emancipación de los grupos subalternos. Más allá del simple interés estratégico que podía tener el designar a una categoría de la población como el motor de las transformaciones por venir, la potencia de aclaración conceptual ofrecida por este dispositivo es evidente; para Marx el concepto de producción permite captar en un solo gesto la trayectoria histórica de la humanidad, la división del trabajo tal y como ella emerge en el siglo XIX, y la razón económica que le está aneja. Desde entonces, la distancia dramática que se abre entre el rol histórico (y filosófico) asignado al proletariado y sus condiciones reales de existencia, justifica por sí solo la empresa crítica. Pero esta relación entre filosofía y política es objeto de una tensión importante en Marx, que se traduce en el estatus reservado a las clases campesinas. Si el mundo agrícola fue el primero en sufrir los efectos del capitalismo, en su fase de acumulación originaria, la ausencia de conciencia colectiva atribuida al campesinado relativiza su implicación en el proceso reflexivo y crítico, y de forma performativa dicha negligencia intelectual ha tenido efectos bien reales. O dicho de otro modo: la relación con la tierra como instancia indistintamente productiva y espacial, como realidad económica y territorial, se desdibuja en Marx en provecho de una síntesis conceptual operada *via* el asalariado industrial, cuyo alcance histórico ha encontrado limitaciones drásticas desde comienzos del siglo XX. Y por lo demás se podría generalizar esta constatación mostrando para ello que las modalidades científicas, técnicas, jurídicas, para no hablar de las religiosas, de las relaciones con la naturaleza han sido también ellas aminoradas en el materialismo histórico, mientras que ellas habían ocupado el centro en el proceder del socialismo francés anterior y en su legado sociológico.

\*\*\*

Al término de estos análisis, vamos a tener presente tres lecciones principales. Primero, cada lector en tanto esté poco implicado por las preocupaciones medioambientales actuales tendrá el sentimiento legítimo de que el encuentro entre el pensamiento socialista y la cuestión de la naturaleza ha sido ampliamente fallido. La protección de la sociedad contra los efectos destructivos del libre-mercado y de la producción de masas no siempre ha sabido prolongarse en una protección específica de los entendimientos entre las personas y las cosas. Y esto se lo puede explicar, como se lo acaba de sugerir, por el hecho de que la asociación productiva ha sido investida de un valor eminente, casi metafísico, en el siglo XIX; es desde el interior de la relación de explotación regulada desde donde se ha pensado la superación

---

<sup>128</sup> Esta expulsión de la relación política con la tierra por fuera del dominio de teorización del pensamiento progresista, corresponde a lo que Bruno Latour ha diagnosticado recientemente en *¿Dónde aterrizar?, cómo orientarse en política*. Madrid: Taurus, 2019.

del pacto liberal por parte de los socialistas, y este marco no ha estado en capacidad de integrar de manera satisfactoria las exigencias de justicia nacidas del trastorno de las relaciones con la tierra. El riesgo acá no es simplemente la antagonización de las clases obrera y campesina, que por lo demás no ha sido tan unívoca como Polanyi lo afirma, sino el campo libre dejado al discurso reaccionario, que ha prosperado sobre la asimilación de la tierra como suelo productivo y de la tierra como espacio de integración colectiva memorial e identitaria. Lo que hemos llamado las afordancias políticas de la tierra se ha revelado así explosiva en un contexto industrial en el que la autonomía del ciclo productivo y la abundancia material relativa parecerían poder ahorrarnos nuestras arcaicas necesidades de anclaje; la economía moral de las comunidades campesinas, esa red de obligaciones y de solidaridades no-mercantiles que provee el zócalo del sentido de justicia antes de la gran transformación, y que no encontró relevo suficiente en el movimiento social, terminó en la entre-guerras por ceder a la atracción conservadora. Y esta ha sido tanto más poderosa cuanto que reposaba sobre una razón política muy antigua en la que soberanía y territorialidad están adosadas la una a la otra. En este deslizamiento se juega uno de los fenómenos más importantes de la modernidad, que se puede resumir así: *la ecología política perdió un siglo, es decir más o menos el tiempo que se ha requerido para que se recomponga por fuera de la zona de atracción del conservatismo un sentido de la justicia articulado al sentido de las relaciones medioambientales.*

La segunda lección concierne la naturaleza misma del problema ecológico. En efecto se vuelve evidente con Polanyi que la historia política de la naturaleza en las sociedades modernas da una nueva significación a la polarización entre liberalismo, socialismo y conservatismo. Los abogados del mercado, de la justicia social, y de la nación, son en efecto portadores de concepciones divergentes de las relaciones colectivas con el mundo físico y viviente. Más radicalmente, se podría decir que es sobre esto que divergen: *el pacto liberal, su reorientación socialista y la captación conservadora de las afordancias políticas de la tierra pueden ser leídas como estrategias distintas que buscan edificar un sistema normativo a partir de las relaciones de subsistencia, de habitación y de conocimiento del mundo.* De esta manera las apuestas de la ecología política aparecen así bajo un día totalmente diferente a lo que nos ha enseñado la historiografía dominante. Ésta, como lo hemos recordado en el primer capítulo, se focaliza en el movimiento ético nacido de la constatación según la cual el orden industrial exige una mutilación de los medios en los que debe desarrollarse una vida digna de este nombre. La ética medioambiental, la crítica de las tecnoestructuras invasoras, todos estos movimientos cuya historia ha sido escrita abundantemente, comparten pues uno de los motivos de indignación del movimiento social, a saber: las promesas no cumplidas del proyecto de emancipación liberal. El culto de la naturaleza salvaje, nacido en el contexto de la frontera colonial estadounidense, y que a partir de la obra de Aldo Leopold se ha nutrido de un conocimiento fino de las relaciones ecológicas frágiles que definen un paisaje<sup>129</sup>, ha

---

<sup>129</sup> Aldo Leopold. *Una Ética de la Tierra*. Barcelona: Catarata, 1999 < En 1949 se publicó uno de los clásicos absolutos que ha generado el pensamiento ecologista: *A Sand County Almanac (Almanaque del Condado Arenoso)*, la obra cimera del ingeniero forestal y ecólogo estadounidense Aldo Leopold, concluida justo antes de su muerte en 1948. Este libro, donde han hallado alimento intelectual y espiritual varias generaciones de ecologistas en el mundo anglosajón (allí es considerado una verdadera "biblia"), y que dio origen a la ética ecológica como disciplina filosófica de perfiles nítidos, aúna con inimitable frescura las observaciones naturalistas de primera mano y la reflexión de fondo sobre la relación entre el ser humano y la biosfera. El esfuerzo de Leopold a lo largo de toda su vida por llegar a comprender la tierra como un sistema ecológico dinámico y, al mismo tiempo, como una comunidad moral de la que todos los seres formamos parte, culmina

dado lugar a la búsqueda de una nueva alianza con los vivientes que pasaba explícitamente por una revocación de la hegemonía mercantil. Pero, en este universo intelectual, la exigencia medioambiental se ha formulado paradójicamente como una voluntad de no jugar ya más en el mismo patio que los participantes del debate político estructurado antes del descubrimiento de la ecología en sentido estricto, es decir: una voluntad de revocar el ideal de autonomía en tanto que tal. Esto constituye toda una paradoja pues, como lo acabamos de recordar, la emergencia y el desarrollo de los grandes paradigmas filosóficos y políticos de la edad moderna no son en absoluto indiferentes al problema de las relaciones colectivas con los no-humanos. No por ello vamos a concluir pues que el movimiento ético por la protección o la preservación de la naturaleza está descalificado por una lectura en términos más políticos, sino más bien que él está recalificado como una de las manifestaciones de la tensión entre autonomía y abundancia.

Finalmente, la tercera lección consiste simplemente en retomar y resumir las principales amenazas que aparecen en la zona de fricción entre autonomía y abundancia. La primera, identificada por los pensadores de la democracia industrial tiene que ver con la dificultad que existe en darle a las sociedades una organización ajustada a su nuevo régimen geo-ecológico. Si el beneficio político del decolaje energético y material ha sido juzgado insatisfactorio por las clases inferiores y medias, es porque no se ha verificado la hipótesis liberal según la cual la limitación del poder político y la delegación de la regulación social a la economía tendría efectos emancipatorios. La emergencia de conflictos ligados a la justicia económica (Proudhon), el horizonte de anomia individualista (Durkheim) pueden en efecto ser concebidos como consecuencias de un desajuste entre, por un lado el ritmo del crecimiento económico, la intensidad de los sacrificios sociales que ella exige, y por el otro la amplitud de los trastornos que puede tolerar el tejido social y moral sin desagregarse. La segunda amenaza, identificada por los introductores de la hipótesis tecnocrática, tiene que ver con la recomposición de una élite desconectada de las exigencias propias de la organización de una sociedad técnica. A través de instituciones tales como el derecho de propiedad, y por la subordinación de la reflexividad técnica de los ingenieros a la racionalidad del beneficio inmediato, una distancia cada vez más grande ha aparecido entre la complejidad de la tecnoestructura y la capacidad colectiva para volverla social y materialmente eficaz. La persistencia de la carencia, las crisis de superproducción y la irracionalidad bursátil sólo son heterogéneas en apariencia, pues cada una de ellas revela a su manera el fracaso de las solidaridades industriales. La tercera y última amenaza, finalmente, es la que acabamos de indicar a través de la lectura de Polanyi: la apropiación conservadora de la protección de la tierra.

Cada una de estas tensiones constituye un horizonte de espera al que debe dedicarse a responder la continuación de esta historia.

---

en el famoso ensayo *La ética de la tierra*, cuyo título se ha escogido para dar nombre a esta edición castellana casi íntegra de *A Sand County Almanac*. La editorial >

## Anexo 1

<las famosas 6 páginas del cap. VII de *el 18 Brumario.doc* de K. Marx>

(...)

Pero bajo la monarquía absoluta, durante la primera revolución, bajo Napoleón, la burocracia no era más que el medio para preparar la dominación de clase de la burguesía. Bajo la restauración, bajo Luis Felipe, bajo la república parlamentaria, era el instrumento de la clase dominante, por mucho que ella aspirase también a su propio poder absoluto.

Es bajo el segundo Bonaparte cuando el Estado parece haber adquirido una completa autonomía. La máquina del Estado se ha consolidado ya de tal modo frente a la sociedad burguesa, que basta con que se halle a su frente el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre, un caballero de industria venido de fuera y elevado sobre el pavés por una soldadesca embriagada, a la que compró con aguardiente y salchichón y a la que tiene que arrojar constantemente salchichón. De aquí la pusilánime desesperación, el sentimiento de la más inmensa humillación y degradación que oprime el pecho de Francia y contiene su aliento. Francia se siente como deshonrada.

Y sin embargo, el poder del Estado no flota en el aire. Bonaparte representa a una clase, que es, además, la clase más numerosa de la sociedad francesa: *los campesinos parcelarios*.

Así como los Borbones eran la dinastía de los grandes terratenientes y los Orleáns la dinastía del dinero, los Bonapartes son la dinastía de los campesinos, es decir, de la masa del pueblo francés. El elegido de los campesinos no es el Bonaparte que se sometía al parlamento burgués, sino el Bonaparte que lo dispersó. Durante tres años consiguieron las ciudades falsificar el sentido de la elección del 10 de diciembre y estafar a los campesinos la restauración del imperio. La elección del 10 de diciembre de 1848 no se consumó hasta el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851.

Los campesinos parcelarios forman una masa inmensa, cuyos individuos viven en idéntica situación, pero sin que entre ellos existan muchas relaciones. Su modo de producción los aísla a unos de otros, en vez de establecer relaciones mutuas entre ellos. Este aislamiento es fomentado por los malos medios de comunicación de Francia y por la pobreza de los campesinos. Su campo de producción, la parcela, no admite en su cultivo división alguna del trabajo ni aplicación ninguna de la ciencia; no admite, por tanto, multiplicidad de desarrollo, ni diversidad de talentos, ni riqueza de relaciones sociales. Cada familia campesina se basta, sobre poco más o menos, a sí misma, produce directamente ella misma la mayor parte de lo que consume y obtiene así sus materiales de existencia más bien en intercambio con la naturaleza que en contacto con la sociedad. La parcela, el campesino y su familia; y al lado, otra parcela, otro campesino y otra familia. Unas cuantas unidades de éstas forman una aldea, y unas cuantas aldeas, un departamento. Así se forma la gran masa de la nación francesa, por la simple suma de unidades del mismo nombre, al modo como, por ejemplo, las patatas de un saco forman un saco de patatas. En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vivir, por sus intereses y por su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquellas forman una clase. Por cuanto existe entre

los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase. Son, por tanto, incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre, ya sea por medio de un parlamento o por medio de una Convención. No pueden representarse, sino que tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y les envíe desde lo alto la lluvia y el sol. Por consiguiente, la influencia política de los campesinos parcelarios encuentra su última expresión en el hecho de que el poder ejecutivo somete bajo su mando a la sociedad.

La tradición histórica hizo nacer en el campesino francés la fe milagrosa de que un hombre llamado Napoleón le devolvería todo el esplendor. Y se encuentra un individuo que se hace pasar por tal hombre, por ostentar el nombre de Napoleón gracias a que el *Code Napoléon* ordena: «*La recherche de la paternité est interdite*» [\*]. Tras 20 años de vagabundaje y una serie de grotescas aventuras, se cumple la leyenda, y este hombre se convierte en emperador de los franceses. La idea fija del sobrino se realizó porque coincidía con la idea fija de la clase más numerosa de los franceses.

Pero, se me objetará: ¿y los levantamientos campesinos de media Francia, las batidas del ejército contra los campesinos y los encarcelamientos y deportaciones en masa de campesinos?

Desde Luis XIV, Francia no ha asistido a ninguna persecución semejante de campesinos «por manejos demagógicos».

Pero entiéndase bien. La dinastía de Bonaparte no representa al campesino revolucionario, sino al campesino conservador; no representa al campesino que pugna por salir de su condición social de vida, la parcela, sino al que, por el contrario, quiere consolidarla; no a la población campesina, que, con su propia energía y unida a las ciudades, quiere derribar el viejo orden, sino a la que, por el contrario, sombríamente retraída en este viejo orden, quiere verse salvada y preferida, en unión de su parcela, por el espectro del imperio. No representa la ilustración, sino la superstición del campesino, no su juicio, sino su prejuicio, no su porvenir, sino su pasado, no sus Cévennes<sup>130</sup> modernas, sino su moderna Vendée<sup>131</sup>.

Los tres años de dura dominación de la república parlamentaria habían curado a una parte de los campesinos franceses de la ilusión napoleónica y los habían revolucionado, aun cuándo sólo fuese superficialmente; pero la burguesía los empujaba violentamente hacia atrás cuantas veces se ponían en movimiento. Bajo la república parlamentaria, la conciencia moderna de los campesinos franceses pugnó con la conciencia tradicional. El proceso se desarrolló bajo la forma de una lucha incesante entre los maestros de escuela y los curas. La burguesía abatió a los

---

<sup>130</sup> *Cévennes*: zona montañosa de la provincia francesa de Languedoc, donde se alzaron los campesinos en 1702-1705. La insurrección, provocada por las persecuciones a los protestantes, adquirió un acusado carácter antifeudal

<sup>131</sup> Alusión al motín contrarrevolucionario de la *Vendée* (provincia occidental de Francia), levantado en 1793 por los realistas franceses que utilizaron a los campesinos atrasados de esta provincia para luchar contra la revolución francesa.

maestros. Por vez primera los campesinos hicieron esfuerzos para adaptar una actitud independiente frente a la actividad del Gobierno. Esto se manifestó en el conflicto constante de los alcaldes con los prefectos. La burguesía destituyó a los alcaldes. Finalmente, los campesinos de diversas localidades se levantaron durante el período de la república parlamentaria contra su propio engendro, el ejército. La burguesía los castigó con estados de sitio y ejecuciones. Y esta misma burguesía clama ahora acerca de la estupidez de las masas, de la *vile multitude* que la ha traicionado frente a Bonaparte. Fue ella misma la que consolidó con sus violencias las simpatías de la clase campesina por el Imperio, la que ha mantenido celosamente el estado de cosas que forman la cuna de esta religión campesina. Claro está que la burguesía tiene necesariamente que temer la estupidez de las masas, mientras siguen siendo conservadoras, y su conciencia en cuanto se hacen revolucionarias.

En los levantamientos producidos después del *coup d'état*, una parte de los campesinos franceses protestó con las armas en la mano contra su propio voto del 10 de diciembre de 1848. La experiencia adquirida desde 1848 les había abierto los ojos. Pero habían entregado su alma a las fuerzas infernales de la historia, y ésta los cogía por la palabra, y la mayoría estaba aún tan llena de prejuicios, que precisamente en los departamentos más rojos la población campesina votó públicamente por Bonaparte. Según ellos, la Asamblea Nacional le había impedido caminar. Ahora no había hecho más que romper las ligaduras que las ciudades habían puesto a la voluntad del campo. En algunos sitios, abrigaban incluso la idea grotesca de colocar, junto a un Napoleón, una Convención.

Después de que la primera revolución había convertido a los campesinos semiservos en propietarios libres de su tierra, Napoleón consolidó y reglamentó las condiciones bajo las cuales podrían explotar sin que nadie les molestase el suelo de Francia que se les acababa de asignar, satisfaciendo su afán juvenil de propiedad. Pero lo que hoy lleva a la ruina al campesino francés, es su misma parcela, la división del suelo, la forma de propiedad consolidada en Francia por Napoleón. Fueron precisamente las condiciones materiales las que convirtieron al campesino feudal francés en campesino parcelario y a Napoleón en emperador. Han bastado dos generaciones para engendrar este resultado inevitable: empeoramiento progresivo de la agricultura y endeudamiento progresivo del agricultor. La forma «napoleónica» de propiedad, que a comienzos del siglo XIX era la condición para la liberación y el enriquecimiento de la población campesina francesa, se ha desarrollado en el transcurso de este siglo como la ley de su esclavitud y de su pauperismo. Y es precisamente esta ley la primera de las *idées napoléoniennes*<sup>132</sup> que viene a afirmar el segundo Bonaparte. Si comparte todavía con los campesinos la ilusión de buscar la causa de su ruina, no en su misma propiedad parcelaria, sino fuera de ella, en la influencia de circunstancias secundarias, sus experimentos se estrellarán como pompas de jabón contra las relaciones de producción.

---

<sup>132</sup> Alusión al libro de Luis Bonaparte "Des idées napoléoniennes" ("Las ideas napoleónicas"), aparecido en París en 1839

El desarrollo económico de la propiedad parcelaria ha invertido de raíz la relación de los campesinos con las demás clases de la sociedad. Bajo Napoleón, la parcelación del suelo en el campo complementaba la libre concurrencia y la gran industria incipiente de las ciudades. La clase campesina era la protesta omnipresente contra la aristocracia terrateniente que se acababa de derribar. Las raíces que la propiedad parcelaria echó en el suelo francés quitaron al feudalismo toda sustancia nutritiva. Sus mojones formaban el baluarte natural de la burguesía contra todo golpe de mano de sus antiguos señores. Pero en el transcurso del siglo XIX pasó a ocupar el puesto de los señores feudales el usurero de la ciudad, las cargas feudales del suelo fueron sustituidas por la hipoteca y la aristocrática propiedad territorial fue suplantada por el capital burgués. La parcela del campesino sólo es ya el pretexto que permite al capitalista sacar de la tierra ganancia, intereses y renta, dejando al agricultor que se las arregle para sacar como pueda su salario. Las deudas hipotecarias que pesan sobre el suelo francés imponen a los campesinos de Francia un interés tan grande como los intereses anuales de toda la deuda nacional británica. La propiedad parcelaria, en esta esclavitud bajo el capital a que conduce inevitablemente su desarrollo, ha convertido a la masa de la nación francesa en trogloditas. Diez y seis millones de campesinos (incluyendo las mujeres y los niños) viven en chozas, una gran parte de las cuales sólo tienen una abertura, otra parte, dos solamente, y las privilegiadas, tres. Las ventanas son para una casa lo que los cinco sentidos para la cabeza. El orden burgués, que a comienzos del siglo puso al Estado de centinela de la parcela recién creada y la abonó con laureles, se ha convertido en un vampiro que le chupa la sangre y la medula y la arroja a la caldera de alquimista del capital. El *Code Napoleón* no es ya más que el código de los embargos, de las subastas y de las adjudicaciones forzosas. A los cuatro millones (incluyendo niños, etc.) de *paupers* oficiales, vagabundos, delincuentes y prostitutas, que cuenta Francia, hay que añadir cinco millones, cuya existencia flota al borde del abismo y que o bien viven en el mismo campo o desertan constantemente, con sus harapos y sus hijos, del campo a las ciudades y de las ciudades al campo. Por tanto, los intereses de los campesinos no se hallan ya, como bajo Napoleón, en consonancia, sino en contraposición con los intereses de la burguesía, con el capital. Por eso los campesinos encuentran su aliado y jefe natural en el *proletariado urbano*, que tiene por misión derrocar el orden burgués. Pero el *Gobierno fuerte y absoluto* —que es la segunda *idée napoléonienne* que viene a poner en práctica el segundo Napoleón— está llamado a defender por la violencia este orden «material». Y este *ordre matériel* es también el tópico en todas las proclamas de Bonaparte contra los campesinos rebeldes.

Junto a la hipoteca, que el capital le impone, pesan sobre la parcela *los impuestos*. Los impuestos son la fuente de vida de la burocracia, del ejército, de los curas y de la corte; en una palabra, de todo el aparato del poder ejecutivo. Un gobierno fuerte e impuestos elevados son cosas idénticas. La propiedad parcelaria se presta por naturaleza para servir de base a una burocracia omnipotente e innumerable. Crea un nivel igual de relaciones y de personas en toda la faz del país. Ofrece también, por tanto, la posibilidad de influir por igual sobre todos los puntos de esta masa igual desde un centro supremo. Destruye los grados intermedios aristocráticos entre la

masa del pueblo y el poder del Estado. Provoca, por tanto, desde todos los lados, la injerencia directa de este poder estatal y la interposición de sus órganos inmediatos. Y finalmente, crea una superpoblación parada que no encuentra cabida ni en el campo ni en las ciudades y que, por tanto, echa mano de los cargos públicos como de una respetable limosna, provocando la creación de cargos del Estado. Con los nuevos mercados que abrió a punta de bayoneta, con el saqueo del continente, Napoleón devolvió los impuestos forzosos con sus intereses. Estos impuestos eran entonces un acicate para la industria del campesino, mientras que ahora privan a su industria de sus últimos recursos y acaban de exponerle indefenso al pauperismo. Y de todas las *idées napoléoniennes*, la de una enorme burocracia, bien galoneada y bien cebada, es la que más agrada al segundo Bonaparte. ¿Y cómo no habla de agradarle, si se ve obligado a crear, junto a las clases reales de la sociedad, una casta artificial, para la que el mantenimiento de su régimen es un problema de cuchillo y tenedor? Por eso, una de sus primeras operaciones financieras consistió en elevar nuevamente los sueldos de los funcionarios a su altura antigua y en crear nuevas sinecuras.

Otra *idée napoléonienne* es la dominación de los curas como medio de gobierno. Pero si la parcela recién creada, en su armonía con la sociedad, en su dependencia de las fuerzas de la naturaleza y en su sumisión a la autoridad que la protegía desde lo alto era, naturalmente, religiosa, esta parcela, comida de deudas, divorciada de la sociedad y de la autoridad y forzada a salirse de sus propios horizontes limitados, se hace, naturalmente, irreligiosa. El cielo era una añadidura muy hermosa al pequeño pedazo de tierra acabado de adquirir, tanto más cuanto que de él vienen el sol y la lluvia; pero se convierte en un insulto tan pronto como se le quiere imponer a cambio de la parcela. En este caso, el cura ya sólo aparece como el ungido perro rastreador de la policía terrenal: otra *idée napoléonienne*. La próxima vez, la expedición contra Roma se llevará a cabo en la misma Francia, pero en sentido inverso al del señor Montalembert.

Finalmente, el punto culminante de las *idées napoléoniennes* es la preponderancia del ejército. El ejército era el *point d'honneur* de los campesinos parcelarios, eran ellos mismos convertidos en héroes, defendiendo su nueva propiedad contra el enemigo de fuera, glorificando su nacionalidad recién conquistada, saqueando y revolucionando el mundo. El uniforme era su ropa de gala; la guerra, su poesía; la parcela, prolongada y redondeada en la fantasía, la patria, y el patriotismo, la forma ideal del sentido de propiedad. Pero los enemigos contra quienes ahora tiene que defender su propiedad el campesino francés no son los cosacos, son los alguaciles y los agentes ejecutivos del fisco. La parcela no está ya enclavada en lo que llaman patria, sino en el registro hipotecario. El mismo ejército ya no es la flor de la juventud campesina, sino la flor del pantano del lumpemproletariado campesino. Está formado en su mayoría por *remplaçants*, por sustitutos, del mismo modo que el segundo Bonaparte no es más que el *remplaçant*, el sustituto de Napoleón. Sus hazañas heroicas consisten ahora en las cacerías y batidas contra los campesinos, en el servicio de gendarmería, y si las contradicciones internas de su sistema lanzan al jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre del otro lado de la frontera francesa, tras

algunas hazañas de bandidaje el ejército no cosechará precisamente laureles, sino palos.

Como vemos, *todas las ideas napoleónicas son las ideas de la parcela incipiente, juvenil*, pero constituyen un contrasentido para la parcela caduca. No son más que las alucinaciones de su agonía, palabras convertidas en frases, espíritus convertidos en fantasmas. Pero la parodia del imperio era necesaria para liberar a la masa de la nación francesa del peso de la tradición y hacer que se destacase nítidamente la contraposición entre el Estado y la sociedad. Conforme avanza la ruina de la propiedad parcelaria, se derrumba el edificio del Estado construido sobre ella. La centralización del Estado, que la sociedad moderna necesita, sólo se levanta sobre las ruinas de la máquina burocrático-militar de gobierno, forjada por oposición al feudalismo.

Las condiciones de los campesinos franceses nos descubren el misterio de *las elecciones generales del 20 y el 21 de diciembre*, que llevaron al segundo Bonaparte al Sinaí pero no para recibir leyes, sino para darlas.

(...)